

Una novela de
VÍCTOR VALENZUELA LEIVA

RENÉ TOBAR



RENÉ TOBAR

RENÉ TOBAR

© Víctor Valenzuela Leiva

Primera edición: enero, 2025

Inscripción n.º

ISBN

Impreso en Santiago de Chile
por Grupo Donnebaum



Licencia Creative Commons

Diseño, edición y diagramación

Editorial ElOtroCuarto

www.elotrocuarto.cl

RENÉ TOBAR

Víctor Valenzuela Leiva

Ediciones **ElOtroCuarto**

PRÓLOGO

*Con cariño y estima para René Tobar,
obra del autor Víctor Valenzuela Leiva*

Hay historias que no se escriben para ser leídas, sino para ser escuchadas en voz baja, como si fueran susurros arrastrados por el viento nocturno de una ciudad que ha olvidado su memoria. En medio de una densa oscuridad, es desafiada solo por la luz rebelde de un encendedor chino.

René Tobar de Víctor Valenzuela Leiva es una de esas historias: un testimonio vibrante, crudo y conmovedor, que se escribe con el aliento de quien carga una vida entera en la espalda y todavía tiene fuerza para contarlo.

En un tiempo en que la literatura parece haberse prostituido al ritmo de algoritmos y aplausos, esta novela irrumpe como un balazo en medio del silencio. No busca consolar, ni adornar. Aquí no hay final feliz ni redención moral. Hay vida. Y la vida, tal como la conocemos en América Latina, es desigual, es dura, es brillante y es profundamente humana.

René Tobar no es un héroe —aunque en un país como el nuestro, tal vez no haya mayor heroísmo que sobrevivir—, es un carnicero, un trabajador ferroviario, un abuelo que suda la

historia en cada palabra. Es el resultado de un linaje marcado por la tierra, el comercio, la dictadura, el fútbol, el abandono y la resistencia. Su relato está tejido con la voz de un narrador que no necesita permiso para decir las cosas como son, aunque due- lan, aunque ardan. Una voz que recuerda a aquellos personajes entrañables de Donoso o a los testigos fantasmas que narran los silencios de García Márquez, porque aquí lo íntimo y lo históri- co se entrelazan como si fueran ramas del mismo árbol torcido.

Valenzuela Leiva construye su novela con el pulso de un cronista que ha escuchado demasiadas veces el mismo lamento en distintos acentos. Se mueve entre la memoria personal y la denuncia política, entre lo trivial y lo trascendente, como quien cruza una calle de Santiago sabiendo que cada adoquín guar- da una cicatriz. Su prosa no teme al barro ni al panfleto, pero tampoco a la ternura ni a lo poético. En sus páginas, el lector encontrará huesos de carne, pero también de historia.

René Tobar no es solo un personaje: es una generación. Es el Chile que se levanta cada mañana a trabajar, que ama a su familia aunque no sepa decirlo, que fue traicionado por sus líderes pero sigue creyendo en el domingo como ritual. Es el país que se ríe para no llorar, que da sin esperar, que calla lo que no puede gritar.

Estas páginas se abren como quien enciende una radio vie- ja en la madrugada: con la certeza de que, entre el ruido, apare- cerá una voz que nos recuerde quiénes fuimos, quiénes somos y lo mucho que todavía nos queda por decir.

ALEJANDRO PEÑA

NOTA DEL AUTOR

René Tobar es una historia basada en hechos reales, sin embargo, algunos personajes fueron ficcionados, a excepción de un listado de nombres en el capítulo «La fuga del fuego». En este, se presenta una lista con los nombres de los fugados, quienes encarnan en la ficción —a modo de conmemoración y consuelo— a las víctimas carcelarias del año 2010 que fallecieron en la cárcel de San Miguel producto de un voraz incendio. Quise, en este punto, cambiar la historia de manera simbólica, narrando que ellos no murieron, sino que huyeron de la cárcel y alcanzaron su libertad. Incorporé sus nombres para honrar su memoria y, de alguna manera, por medio de la ficción, entregar consuelo a las familias de aquella tragedia.

Pido disculpas por los cambios realizados a algunos registros históricos o a eventos relacionados con personas de la familia Tobar Pizarro. Estas decisiones las tomé en pos del arte.

PRIMERA PARTE

ANTES DE UN COMIENZO

Los recuerdos son algo difusos al principio, pero mi memoria es rebuena. Creo que se debe a que siempre he sido un gran lector y aficionado al cine. Desde joven me gustaba la novela negra, en general las ficciones. Leía de todo: revistas, periódicos y libros. Cultivé, en la medida de lo posible, la cultura y también otras cosas como el fútbol, por ejemplo. Podía pasar horas pegado a la tele viendo cine o partiditos.

Sin embargo, soy consciente de que todo es mercancía. Por ejemplo, un jugador de fútbol no puede, bajo ningún punto de vista, costar millones de euros cuando sabemos que millones de personas mueren de hambre a diario en el mundo. Perdón si me pongo un poco disperso pa hablar.

Para referirme a mi ciclo vital me voy a sumergir en los caudales de mi linaje, donde, para definir la fuerza de la sangre Tobar, me veo obligado a comprender la concepción de mi ser: el origen de la persona que logré ser a lo largo de mi vida.

Mi origen es completamente distinto a lo que probablemente puedan vivir mis nietos en el futuro.

Antes de comenzar, me gustaría mencionar que comprendo a cabalidad la diferencia entre el bien y el mal. Como marido, la Texia tendrá que evaluarme. Soy consciente de que en el

último tiempo le he ocultado algunas cosas respecto a lo que he venido haciendo. Como padre, mis hijos serán los únicos que me podrán criticar en el futuro, cuando podamos, quizás, volver a vernos cara a cara.

Con respecto a la justicia, creo que es demasiado ambigua, siendo, en ocasiones, más injusta que justa. Por ejemplo, el pueblo ancestral poseía todos estos territorios mucho antes de que los españoles vinieran a usurpar, saquear y además instaurar el cristianismo en un lugar donde ya existían religiones propias. No los dejan en paz.

Por otro lado, están las grandes injusticias que han ocurrido en la historia de nuestro país. Me es imposible olvidar lo pasado entre los años 1973 y 1990. ¿Usted sabe de lo que hablo, cierto? ¡Silencio! No lo diga. De ninguna forma les daré tribuna, ahora que estamos en dictablanda. Sin mencionar al innombrable tirano, genocida, puntal de las masacres que ocurrieron en nuestro querido país que, hoy por hoy, camina libremente por las calles de Santiago, siendo responsable de una de las grandes matanzas de Chile. Si crees que fue uno, estás completamente equivocado. En realidad son muchos. Lo más triste es que no muchos logran darse cuenta de lo que pasó.

Entonces, dígame usted, señorito: ¿qué es la justicia? Tú, haciendo esto, ¿crees realmente que estás haciendo justicia? Claro que no, eso es completamente falso. No es justicia tener la virtud de privar de libertad a un hombre que cometió un error. Pero esto no es lo que tú ni ninguno de estos piensa.

A partir de ahora conocerás la verdad, nada más que la verdad. Mi historia es verosímil, el problema es que esa verosimilitud, en el último tiempo, se ha ido perdiendo a punta de secretos y demás. Siempre se me ha enseñado que la verdad va por delan-

te. No se puede construir una sociedad en base a mentiras. Lamentablemente, la historia la escriben los vencedores, y como es común en los diferentes países latinoamericanos, esas mentiras se comparten. Cuando analizamos el pasado nos encontramos con que solo un grupo de personas se enriquece burdamente, asesinando y destruyendo todo lo referente a la igualdad.

Hoy nos hablan de democracia, pero ¿qué es la democracia realmente? Lo único que te podría decir de este tema es que la igualdad en este país no existe y que la democracia fue usurpada por el empresariado, que nos vendió una imagen democrática que contrasta con lo que ocurre a diario. Vivimos en un país que olvida su propia historia. El futuro me dará la razón.

Mi vida se desarrolló en la Región Metropolitana, lugar en el cual, a lo largo de los años, he visto sus cambios y cómo ha crecido la población, expandiéndose.

Nací en 1939. Cuando crecí conocí un Santiago donde lo urbano estaba en el mismo lugar. Viví mi infancia en el fundo Vital de Apoquindo —puro campo—. En aquellos años era una vertiente que alimentaba de agua a todo Santiago.

Los recuerdos de mi niñez son algo difusos por el tiempo que ha pasado, sin embargo, puedo asegurar que fueron bastante armoniosos. José de la Cruz Tobar Garre, mi padre, y Berta Pérez Lemus, mi amada madre, se encargaron de darme valores que he conservado toda la vida. En la Vital crecí como persona junto a mis hermanos: el Rolo, que era el mayor, y la Margarita, que lo seguía. Si mal no recuerdo vivimos en el fundo hasta que cumplí cuatro años.

Mis padres no fueron toda su vida de la Vital. Recuerdo claramente que mi abuelo —que tenía el mismo nombre de mi padre, José de la Cruz Tobar— era administrador del Fundo La

Bandera y que, unas cinco cuadras más arriba, por Gran Avenida, vivía mi abuela junto a mi madre, en el paradero 27, en Almirante Rivero.

Recuerdo el gran cariño que mis abuelos me tenían. Nunca logré descubrir la razón de ese sentimiento, supongo que se debía a mi forma de ser. No quiero ser egocéntrico ni nada, pero mis abuelos siempre me ofrecieron quedarme con la casa que tenían en Almirante Rivero. Sin embargo, la historia desde la muerte de los viejos deparó un destino distinto al que ellos querían.

Dentro de las familias existen muchos conflictos de interés cuando la vida de los viejos llega a su fin. En mi caso fueron unas primas las que, finalmente, se quedaron con la propiedad. Para mí no significó problema. Preferí quedarme con lo entregado en vida que terminar en una pugna familiar basada en el materialismo. No creo que lo material me dé más o menos felicidad. Esta se divide en fragmentos de nuestra vida. Es imposible que sea eterna, todo tiene su final.

Mi padre José comenzó de a poco a acercarse al rubro de las carnicerías. Se le metió el bichito, como decía él. Estaba picado con independizarse y no tener jefes, según lo que me contó él. Su patrón le ofreció quedarse con todas las parcelas que tenía más abajo de la Vital (creo que actualmente se llama Avenida Centenario), con tal que se quedara trabajando con él, pero la decisión de mi padre ya estaba tomada. Transcurrido un tiempo, nos vinimos para Santiago. Bajamos de la hermosa vertiente de mi infancia. Recuerdo, también, que mi padre tenía un gran amigo que renunció al mismo tiempo que él. Ambos tenían la intención de crecer personal y económicamente. Como ya mencioné, José quería entrar al rubro de las carnicerías y su amigo

Domingo, en los restaurantes. Puso uno cerca de la carnicería de mis padres, por Eleuterio Ramírez, entre Santa Rosa y San Francisco. Se llamaba Los Pisos Blancos.

Mis padres entregaron gran parte de su vida al comercio, a esta carnicería, específicamente. Vivieron más o menos cuarenta años dedicados al rubro de las carnes y establecieron tres locales. El primero en Eleuterio Ramírez, otros en San Isidro y en Avenida Matta, entre San Diego y... no recuerdo cómo se llama la calle.

Después de vivir en el fundo de la Vital, nos mudamos cerca de la plaza San Isidro. Ahí vivimos alrededor de doce a quince años, en la cuadra del 330, ya que la comisaría que se encontraba al lado era la 330. En el tiempo que vivimos en esta casa, llegamos a ser ocho hermanos: Rolando, al que le decíamos Rolo, e Isabel Margarita. Después venía yo —René—, Roberto, Rigoberto, Rubén, Raúl Patricio y por último el menor, al que le decíamos «Pollo», pero que se llamaba Ricardo. Como en todas las familias de aquella época, había hermanos muertos. En mi caso fue un hermano al nacer. Se habría llamado igual que yo y habría estado, según su edad, entre mi hermana Margarita y yo.

Como te habrás dado cuenta, los nombres escogidos por mis padres no fueron aleatorios. Rolando, René, Roberto, Rigoberto, Rubén, Raúl y Ricardo: empezaban todos con R. Esta situación marcó un hito en mi vida. Quizás esta sea la razón por la cual soy tan revolucionario y rupturista. Creo, fervientemente, que tenemos una misión en la tierra y debemos cumplirla, sea cual sea el costo. Aunque, a veces, las consecuencias de estos costos pasen la cuenta.

Volviendo al tema de la carnicería de San Isidro, mi intención siempre fue la de ayudar a mis padres, así que apenas co-

menzó el negocio, yo, como uno de sus hijos mayores, comencé a ser partícipe de esta empresa familiar. Mi función era repartir carne dentro de los perímetros cercanos a la carnicería. En aquellos años, en la década de los sesenta, alrededor de la carnicería, había una gran cantidad de colegios a quienes les repartíamos carne.

Mi papá vendía en el local, mientras que mi madre, la Berta, se ponía en la caja para llevar los temas administrativos. Una anécdota sobre mi madre es que era demasiado buena, siempre lo fue. Más adelante descubrí que, debido a esto, muchas personas se aprovecharon de esta marcada solidaridad. Todos los hermanos nos dimos cuenta de esto y, como consecuencia, ninguno salió tan bondadoso como lo fue mi ya difunta madre. Su solidaridad con el prójimo llegaba a tal punto que, cuando ella estaba en la caja, siempre llegaban vecinos llorando la carta, con problemas económicos, entre otros más, pidiéndole carnecita para poder alimentar a sus familias. Ella accedía siempre, al contrario de mi padre, que en ese entonces no estaba de acuerdo con este pensamiento. Mi madre regalaba carne cada vez que le pedían, un huesito por aquí, un cogote o patas de pollo por allá, entre puros cachureos, para la señora Isaura, la Rosita, la señora Juana y muchas otras.

El Rolando, al ser el mayor, tenía responsabilidades más importantes que las mías. El Rolo se encargaba de ir a buscar los insumos al matadero en Franklin. En algunas ocasiones iba solo, pero con el paso del tiempo comenzó a ir con mi padre, para evitar conflictos, ya que el Rolo siempre se veía envuelto en problemas con los distribuidores. En las entregas faltaba carne o dinero. Rolando siempre tenía excusas para justificar sus malos pasos. Nuestra madre siempre lo defendía. Este fue el principal

motivo por el que José decidió comenzar a acompañarlo, para evitar cualquier tipo de conflicto.

Fueron años hermosos. Mis padres conocieron el significado de tener algo propio, trabajar su propio dinero y de pasada poder ayudar a los más desvalidos.

En aquellos años, el sector de San Isidro estaba lleno de conventillos, conocidos en la actualidad como *cité*. A esa gente, mi madre le regalaba huesitos carnudos y menudencias de pollo para que pudieran parar la olla de alguna forma. En ese momento es cuando deciden cambiar de casa y expandirse en el rubro. Los nuevos rumbos deparaban Avenida Matta con Amunátegui. Aquí fue donde comenzarían los conflictos familiares entre mis padres y mi hermano mayor, debido a que el Rolo, como dije antes, no era de los trigos muy limpios. Fue allí que nos comenzamos a separar. Mi hermano siempre fue bastante *tránfugo*. La plata del negocio poco a poco comenzó a perderse sin razón alguna. Reconozco que al Rolo le gustaba bastante el vicio de las apuestas. Era un gran jugador de billar. De esta forma se iba ganando la plata. Siempre estaba en el salón de pool que quedaba cerca de Santa Rosa con Américo Vespucio, apostando. El problema es que, aunque era bueno para el billar, siempre hay alguien mejor, como en todo. Por ejemplo, tú, en tu pega de andar buscando a supuestos delincuentes, ¿crees que eres el mejor? No eres el jefe. Eres un simple subordinado, un huevón *goma*, para los mandados, la suela del zapato del subprefecto o como cresta se llame. ¿Me entiendes, García?

Ese era el problema del Rolo. Creía ser el dueño del mundo. Como era bueno para el billar, muchas veces ganaba, pero cuando se topaba con alguien mejor perdía mucha plata. ¿A quién recurría cuando estaba desbancado? Obviamente reven-

taba el negocio de mis padres. Cuando lo pillaron, se fue de la casa. Salió arrancando cobardemente, sin ni siquiera pedir perdón y asumir el grave error que estaba cometiendo.

Con respecto a mis otros hermanos, en realidad, una de las cosas que menos les importaban en la vida eran la riqueza y la posesión material; la avaricia no formaba parte de ellos. Creo que esta situación se debió a que desde niños siempre lo tuvieron todo. Mis hermanos más chicos no ayudaban a mis padres en la empresa familiar, a ellos lo único que les interesaba era jugar a la pelota. Eran muy deportistas, de esos que juegan babyfútbol en la semana y el fin de semana se ponen la camiseta de sus amores: el equipo del barrio fundado por ellos. Si mal no recuerdo, se llamaba Segundo Ruiz, que era uno de los caballeros que reparían bebidas CCU en esos tiempos.

Uno de los grandes problemas que yo podía ver en el comportamiento de mis hermanos era que mis padres eran bastante machistas y nos criaron con esta concepción de la vida. Debo reconocer que a mí personalmente me perjudicó mucho. El machismo se veía en mi madre, quien era la única que hacía las cosas de la casa: el aseo, cocinar y planchar; labores en las que solamente la Margarita podía participar. Incluso, ni cocinar nos dejaba. Mi padre se sentía orgulloso de este tipo de crianza. Sin embargo, lamentablemente no pudo ver el daño que nos estaba haciendo como personas. Mis hermanos, al llegar de la cancha, todos los domingos, exigían que el plato de comida estuviera servido en la mesa, a la temperatura perfecta, con un pan y un vaso de jugo o agua para pasar el cansancio que traían de su agotador día. Lamentablemente, esto no acababa ahí. Si la comida no tenía la temperatura correcta o no había pan, jugo o agua, la molestia por parte de estos era máxima. De hecho, ten-

go recuerdos donde el Rigo o el Roberto tomaban los platos y los lanzaban por sobre la mesa para dar a conocer su malestar. Estas costumbres las puedo retribuir al anticuado y troglodita comportamiento que siempre tenía mi padre con respecto a mi querida Bertita.

Saliéndome un poco del tema familiar, y considerando la situación en la que estoy, quiero mencionar que yo siempre he sido una persona muy trabajadora, como todos mis hermanos, exceptuando el Rolo, que a ese siempre le gustó la plata fácil.

Esta gran ciudad no siempre fue como ahora. En mi infancia, no había ningún edificio, solo las casonas de las grandes familias, que eran como palacios. Por ejemplo, en San Isidro con la Alameda estaba la casa de los Matta. Cerca de ahí estaba la casa de los Gumucio, una de las familias que tiene su origen en Santiago a partir de 1847, o algo por ahí; una familia antigua. Poco más arriba había una casona de unos españoles, que no puedo recordar su apellido. Estos españoles tenían un emporio, lo que actualmente sería un supermercado, donde traían licores, entre otras cosas, importadas directamente desde Europa.

En aquellos años, en la Alameda, no existían edificios grandes como ahora. El único que marcaba la diferencia con el resto de las construcciones era el Teatro Santa Lucía. Allí siempre nos ganábamos una moneditas extras, trabajando en lo que fuera; vendiendo helados, calugas, chocolates, lo que fuera que se pudiera vender en las galerías del teatro, donde se proyectaban los grandes estrenos que llegaban en esos años. El Teatro Santa Lucía era el único lugar de Santiago donde pasaban las películas de Cantinflas; se podían ver en matinée, vermouth y noche. Mis papás me enviaban al colegio, pero yo me iba a trabajar al teatro para que me llegaran algunas moneditas.

El colegio donde estudiaba era la Escuela número 3 que quedaba en Carmen con Santa Isabel. Creo que aún existe. El estudio nunca fue mi prioridad, para mis padres sí. Yo siempre le ponía el hombro al trabajo, desde chiquitito; vendía hasta diarios en las micros. Recuerdo a la señora Carmen que tenía un kiosco ahí en San Isidro frente a la iglesia. En Mapocho retirábamos Las Últimas Noticias y La Segunda. Como a los 12 años, andaba arriba de los tranvías, más tarde en los trolebuses, que ya no hay en Santiago. Si mal no recuerdo, llegaban hasta Bilbao, hasta que los eliminaron después de tantos remezones, temblores, terremotos, qué sé yo. Tengo recuerdos escuetos con respecto al terremoto de Chillán de 1939. Ahí yo era guagüita, ese lo pasé en la Vital, allá arriba; luego vino el de Valdivia y uno de Concepción.

Lo bueno es que en el colegio no me retaban por llegar atrasado, ya que sabían que yo andaba repartiendo carne. En el caso de que se me pasara la hora, era fácil: les llevaba a las viejas de la cocina de la escuela unos huesitos carnudos, un poquito de carne molida y estaba completamente perdonado. Como podrán darse cuenta, la vida para mí no ha sido nada fácil, soy una persona a la cual le ha costado todo lo que ha construido. Pese a eso, acepto mi error.

Recuerdo que también trabajé con unos norteamericanos, ahí en Teatinos, haciendo artículos de oficina, cerca de donde estaba El Mercurio y la Mutual de la Armada. Ahí arriba trabajaba yo, en el tercer piso. La empresa se llamaba Wego. Producía gomas, lápices, cinta para las máquinas, entre otras cosas. Creo que tenía alrededor de 20 o 19 años. Mientras yo trabajaba con este gringo, paralelamente, mis padres tenían la carnicería ahí en San Isidro. Siempre que pude les tendí una mano, ya que

comprendí el gran sacrificio que ellos hicieron para formarnos como personas. Lo que finalmente terminamos siendo, fue el camino el cual nosotros mismos escogimos. Uno, como hijo, es propenso a cometer muchos errores, sin embargo, se tiene que dar cuenta que son los padres los que siempre están ahí para poder darnos una mano. Bajo esta premisa es que intenté retribuirles en vida lo que ellos siempre hicieron por mí y por cada uno de mis hermanos. Teniendo en cuenta que mi padre José era un gallo mujeriego. En ocasiones se perdía un mes, mi vieja no sabía si es que estaba muerto o algo por el estilo. Y ahí estaba la Bertita poniéndole el hombro solita. ¿Cómo iba a ser tan bruto para no tenderle una manito, considerando que siempre ella fue muy buena?

Como te mencioné antes, mi padre se había peleado con el Rolo por su vicio. Este se erradicó en el norte. Como el siguiente en la lista era yo, por mi edad, me tocaba apretarme los pantalones y ser el hombre de la casa, haciéndome cargo de la carnicería y mi propio trabajo. Alguien tenía que ordenar el gallinero. Hasta que, de repente, aparecía mi padre con la cola entre las piernas. Como mi madre era una santa, a nadie le decía que no, lo aceptaba tranquilamente, volviendo todo a la normalidad hasta que se desaparecía de nuevo y vuelta a repetir la historia.

No exagero al decir que mi madre era una santa. Era tan solidaria que, en su propia casa —que en ese entonces era una casona bien grande—, aceptaba y alimentaba a personas que llegaban a suplicarle una ayuda. Tal como a las viejas de los conventillos cercanos a las que les regalaba uno huesitos carnu-dos, aceptaba jovencitas que venían a probar suerte del sur o del norte a la capital. Era buena del alma. Eso te lo puedo afirmar. Sin embargo, la bondad tiene su límite y eso todos los sabemos.

Ella les decía: «Ya, acomódense nomás, pero les voy a decir una cosa, ahí hay varias piezas, tienen que ver con qué chiquillo se acomodan».

La gente era más buena, no existía tanta maldad como ahora; los únicos maldadosos éramos nosotros, que primero nos hacíamos amigos de las lolitas y luego se armaban las parejas. Mi madre era tan buena que hasta nos traía chiquillas para que distrayéramos la vista y pensáramos en otra cosa que no fuera el fútbol. Entre los nombres que recuerdo estaban la Marcela, la María y la Juana. Ahí el que pudo agarró no más. Mi madre era un ángel, pero, para los hijos hombres, esa era una gran tentación. Mi madre nunca les cobró ni un peso.

Conocí a la Texia, mi señora, cuando yo trabajaba en el Caupolicán. Ella llegó a vivir al frente de mi casa y tenía dos hermanas, la Ulda y la Sonia. No tengo muchos recuerdos de ellas, pero la Ulda cantaba hermoso e incluso llegó a sonar en las radios de la capital; era una picarona. La Sonia, es mi comadre, madrina de mi hija Pamela. Creo que ella va a estar muy dolida conmigo cuando sepa lo que está pasando. Siempre intenté darle lo mejor a mi hija. Yo la he perdonado; espero ella pueda hacerlo alguna vez.

Pololeamos con la Texi algún tiempo y luego nos fuimos a vivir a la casa de Matta, que les mencioné anteriormente, con toda la familia. Transcurrido un tiempo, mis padres decidieron cambiarse de casa a Cuevas, porque a la Bertita no le gustó que la casa tuviera un segundo piso, ya que tenía problemas asmáticos, y al subir la escalera se cansaba demasiado. En esta casa tuvimos a nuestros tres hijos. Rubén Mauricio. Ese era un Ángel. Tenía la piel tan blanca que llegaba a brillar, sus cabellos eran como rizos, tan rubios como el oro. Esa guagua no lloraba. La-

mentablemente, para nosotros, mi hijo murió a los ocho meses de una peste fulminante; creo que fue la peste cristal. Murió en el Exequiel Cortés en San Ignacio. Perdonen si me emociono un poco, pero no hay dolor que se pueda comparar en el mundo con la pérdida de un angelito tuyo. Pese a esta gran pena, la vida me regaló a dos hijos más: la Pame, mis ojos; y el Cristian, mi loco. A ese fue al que pillaron con el bacallo de marihuana. Disperso, bohemio y flojo. Además, es el regalón de la Texi. Les aseguro que él no tiene nada que ver en esto, este problema es solo mío.

La casona de Matta era inmensa. Tenía alrededor de siete piezas que la Texi arrendaba a familiares, como a la señora Elena, entre otras viejas. Así que imagínate, no veíamos ni un peso de los arriendos, ya que mi señora no se atrevía a cobrarles y yo no podía hacerlo, porque eran familiares. Claramente, ellos se aprovecharon de esa situación, así que le dije a la Texi que no iba a pagar más el arriendo para que nos echaran. Como ella no se atrevió nunca a echarlos, me vi en la obligación de tomar esa determinación. Luego de que nos corrieran por no pago, nos cambiamos, sin familiares, al frente del Club Hípico.

Cuando vivía ahí, trabajaba en un restaurante llamado El Sirena. Estuve ahí durante varios años y terminé siendo el administrador del local. El edificio era de dos pisos: en el primero, había un restaurante; y en el segundo, un bar donde trabajaban La Cubanacán y Mario Córdova, con la orquesta típica. Había hartas vedettes, según recuerdo.

Mi jefe me entregó a la vez el cargo de cajero porque el hermano de don José (don Lizardo), que hasta entonces era el cajero, era un huaso bruto que no le pegaba mucho a los números. Si mal no recuerdo, ellos eran de Cauquenes. Siempre don José

me decía que lo ayudara hasta que me dio el cargo. Tenía que hacer de todo en ese local, pero siempre me entregaron mucha confianza y, para uno como trabajador, eso es importantísimo.

Recuerdo cuando don Pepe me dijo para las fiestas de fin de año: «Ya, René, aquí tienes la llave. Tienes que hacerte cargo de todo». La ocasión hace al ladrón, como dicen ustedes. Este gallo tenía dos cajas que, durante el período de las fiestas, se repletaban, pero debo confesarles algo: nunca les robé un peso. ¿Y saben por qué? En primer lugar, no necesitaba el dinero y, en segundo lugar, don Pepe siempre depositó toda su confianza en mí.

Recuerdo claramente que su hijo, el Carlos, me decía: «Oye, Tobar, pásame las llaves». Yo le contestaba que de ninguna forma se las daría antes de realizar el depósito. Él aludía a que era el hijo de don José; sin embargo, mi negativa fue siempre rotunda. Le decía que la única responsabilidad que tenía era depositar la plata del bar del segundo piso en el Banco Español, que en ese entonces quedaba en Irarrázaval con Vicuña Mackenna. Como te digo, siempre fui un empleado completamente responsable.

Ese huevón sí que era un maricón con su padre. Siempre que podía se lo cagaba y se sobregiraba. Recuerdo que tenía un amigo que era tira, de la PDI, un colega tuyo, que traficaba cocaína y unas pastillas que te mantenían despierto toda la noche. Le gustaba el leseo al Carlos. El problema es que todo el hueveo se lo costeara don Pepe. Este no sabía nada, y yo tampoco me podía meter ahí, ya que era un simple empleado. Sin embargo, con el pasar del tiempo lo pillaron con las manos en la masa, echándolo de la casa y del trabajo por ladrón.

Luego de andar deambulando como administrador en los restaurantes de don Pepe, que tenía repartidos por todo Santia-

go, me fui a trabajar a los trenes. En una primera instancia, a los coches-comedor, cumpliendo la función de garzón. Conocí gente y viajé a diferentes lugares del país. Hasta que un día el dueño de la concesión me dijo que por qué no trabajaba en los diarios y las revistas. «Yo creo que realmente te conviene, ya que los dividendos serían solamente para ti», me dijo. Frente a esta situación quedé completamente sorprendido, porque ese trato me favorecía en demasía. Le pregunté si por casualidad este trato tenía una letra chica donde, quizás, yo tendría que darle alguna comisión a la concesión, pero nada: era todo para mí. Así que no me quedó otra opción que aceptar esta suculenta propuesta.

En Ferrocarriles comencé a trabajar durante el año del mundial de Chile de 1962. Trabajé alrededor de diez años, hasta 1972, en un automotor italiano que recorría desde la Estación Mapocho hasta Viña del Mar; era un viaje hermoso. En el Estadio Sausalito de Viña se jugaron todos los partidos del grupo C. Todo lo relacionado con fútbol lo recuerdo como la fecha de mi cumpleaños. ¿Sabén quién fue el cabeza de grupo? Brasil, acompañado de México, España y Checoslovaquia. Así que imagínense. Los viajes desde Santiago iban repletos cada vez que jugaba Brasil. Todos querían ver al gran Pelé o a Garrincha, causando euforia total en los espectadores. Como ya deben saber, Brasil salió campeón ese año acá en nuestro país, trayendo positivas consecuencias para mí. Se incrementaron mis ganancias por la venta de diarios y revistas deportivas, que en ese entonces eran el boom, además del garzoneo de siempre.

Llegábamos una hora antes de los partidos a Viña. Se bajaban los pasajeros y quedábamos libres hasta el final del cotejo, cuando traíamos a los pasajeros de vuelta a la capital. Así nos ganamos la vida durante un largo tiempo.

Luego del mundial, comencé a trabajar con mi hermano, Rubén Fernando, en el negocio de los diarios y revistas en los automotores, generalmente en viajes hacia la Quinta Región y sus interiores. Llay-Llay era un lugar recurrente. Apenas llegaba, me iba en otro automotor a la Estación Mapocho, aprovechando al máximo el tiempo para poder ganar más dinero. El diario no nos dejaba tanto; con lo que verdaderamente ganábamos era con las revistas. En ese tiempo vendíamos *Cosas*, *Rider*, *Caras*, *Confidencias*, *Vea*, *Vanidades*. Generalmente quienes escogían leer estas revistas eran las mujeres. Los hombres teníamos *Condorito*, *Deporte Total*, *Estadio*. Dábamos una vuelta en el automotor y se nos iban todos los diarios. Los automotores traían alrededor de cinco carros y cada uno tenía capacidad para unas ochenta personas. Teníamos que estar recargando constantemente las revistas y diarios. Fueron bastantes años los que trabajé en la Estación Mapocho, pero todo tiene su fin. Hablé con mi jefe y emprendí nuevos rumbos.

Continué en el rubro de la venta de diarios y revistas, pero cambié la Estación Mapocho por la Estación Central. Allí trabajé entre 1973 y 1992. Los viajes ya no eran hacia la Quinta Región: en este nuevo trabajo los paraderos apuntaban hacia el sur, unos más extremos que otros. Estaba el rápido a Puerto Montt, el rápido a Valdivia, Temuco. Como eran muchos viajes, tenía a varios compañeros que trabajaban conmigo. Como los viajes eran más largos que los que yo estaba acostumbrado a hacer, cada uno se subía a los trenes con una caja llena de revistas. Vendíamos, entre todos, como tres millones diarios. Sin embargo, este no era el único trabajo que se hacía en los viajes: el jefe me decía que tenía que dar dos funciones a lo largo del camino. En esos años transmitíamos *Las aventuras de Indiana Jones*, entre

otros títulos que no recuerdo. Eran dos funciones: la primera de Rancagua hacia el sur y la segunda desde Chillán.

Así que, si tienes un poquito de masa cerebral y la utilizas correctamente, te podrás dar cuenta de que siempre he ganado plata. Honestamente, no he tenido necesidad de hacer nada *tránfugo*. Soy una persona que se ha ganado todo lo que tiene.

Como trabajé tantos años en ferrocarriles, le pedía a mi jefe que me diera la posibilidad de pegarme un viajecito con mi Texi para el sur, para despejar la mente y distraernos un rato. La respuesta siempre era positiva, con pasajes gratis para las vacaciones. Recorrimos tantos lugares con mi señora. La amo con toda mi alma. Si pudiera sumar años de mi vida para estar junto a ella, lo haría mil veces.

Así que eso es todo. La vida me ha tratado de excelente forma, como puedes ver. No he hecho nada más. Ya conoces mi vida. No me falta plata ni nada de eso, así que me retiro...

—A ver, a ver, Tobar —dijo García—, tienes que colaborar. Aquí te escuchamos tranquilamente y nos has insultado. ¿Ahora nos sales con esto? No te hagas el huevón. Así que te vas a sentar aquí y nos vas a contar quién cresta es la Luz Mamani Justiniano. No quiero más rodeos, René. Contesta con honestidad o te vas a secar en la cárcel. Ya estás viejo. Hay posibilidades de que mueras adentro si no colaboras. ¿Qué has hecho los últimos dos años?

SEGUNDA PARTE



000
00A

TOBAR-PIZARRO

Esta historia se desarrolla en Santiago Centro, en la tradicional calle San Pablo, número 2069, lugar donde vivía una familia común, compuesta, tal como lo exige el dogma de la religión y la sociedad, por un padre, una madre y sus hijos.

Vivían en una casona bastante amplia del casco antiguo de la capital. La casa tenía cuatro piezas de adobe de gran tamaño, con arreglos de madera en el suelo y el techo. Los roperos eran de gran envergadura, dentro cabían fácilmente dos personas. Durante su infancia, los hijos, Cristian y Pamela, revoloteaban por las grandes habitaciones jugando con sus amigos del barrio.

El baño era un verdadero lujo de la antigüedad. Tenía una tina enorme. René y su señora Texia refaccionaron el sistema de calefacción instalando un calefón Mademsa. En el comedor y el baño también realizaron remodelaciones en el último tiempo. René compró una biblioteca gigante, donde podía poner, de una vez por todas, esa gran colección de libros, enciclopedias, películas y revistas que poseía; colección recolectada durante los largos pasajes de su vida.

René tenía 54 años. Amaba a su mujer cada día de su vida y de igual forma a sus hijos. La Pame era su regalona; tenía 29 años. Siempre tuvo una gran esperanza puesta en ella. Durante

su infancia fue muy aplicada y ordenada. Creyó siempre que su hija iba a llegar mucho más lejos que él, así que se esforzó durante largos años para, de una forma u otra, costearle una carrera de Técnico en Enfermería, de la que se graduó con honores. Siempre fue muy aplicada. En ese entonces, Pame tenía dos hijos: Rodrigo, que tenía 12 años, y Lya, de 3 años. Se desempeñaba trabajando en el Hospital Sótero del Río, donde encontró el amor en Cristian Parraguez.

Cristian, su hermano, tenía 27 años. Era el hermano menor y no siempre fue muy aplicado en el colegio. De hecho, nunca llegó a terminarlo. Nunca le gustó eso del estudio; lo detestaba. Tenía grandes problemas con la autoridad y siempre estaba a la defensiva con todo el mundo. Le gustaba mucho la bohemia. La cerveza y la marihuana eran su debilidad. Sin embargo, era un gran hombre y le apasionaba la cultura de la misma forma que a su padre. A René le molestaban algunas cosas de su hijo, como a todo padre, pero, lamentablemente, era intocable. Era el regalón de su madre Texia. Lo que menos quería era tener conflictos con su amada. Probablemente por eso era bueno para carretear.

Texia Pizarro tenía 47 años —siete menos que René—. Amaba con todo el corazón a su pareja. Siempre lo acompañaba en sus emprendimientos y en la vida en general. Se conocieron cuando Texia decidió emprender nuevos rumbos y buscar éxito en su vida, viajando desde Concepción a la gran capital. Se puede decir que esta chica fue muy afortunada al encontrar a Berta, quien sería su suegra.

EL CUMPLEAÑOS (13 DE JULIO DE 1994)

El día 13 de julio era muy importante para toda la familia, ya que Rorro, el nieto mayor de René y Texia, cumplía años. La noche anterior, como todo niño, no pudo dormir nada debido al gran nerviosismo que significaba celebrar junto a su familia y amigos. Rodrigo siempre fue un niño muy curioso y travieso, por lo que Cristian, su padre, le prometió llevarlo junto con su hermanita Lya, a primera hora de su cumpleaños, al Parque Forestal. Luego irían a comer a algún lugar cercano, donde él podría elegir lo que quisiera. Para finalizar la tarde, pasarían a los juegos Diana.

Este paseo tenía una doble intención por parte de Cristian: la primera, compartir un día hermoso con sus hijos, fortaleciendo los lazos de padre e hijo; la segunda, darle tiempo a Pamela para los preparativos del evento familiar a las seis de la tarde.

La noche transcurrió lentamente y el anhelado día comenzó temprano, con Rodrigo y René bastante nerviosos e indicios de insomnio en sus rostros. Se encontraron en la cocina:

—Hola, tata —dijo Rodrigo—. ¿Qué haces despierto tan temprano?

—Es la vida, mijito. Cuando uno es más viejo, llegan las preocupaciones; la consecuencia de nuestros actos. A veces amanezco con el corazón apretado y no logro dormir —dijo René.

—Discúlpame, tata, pero no entiendo nada de lo que me dices —exclamó el niño, confundido.

—Es mi vida, pequeño —mencionó René, con cierto letargo y arrepentimiento—. Cuando eres adulto, tienes muchas responsabilidades; todo se vuelve más difícil. Y hay veces en que cometemos errores, hijito mío, que son imborrables. Sin embargo, siento que todos mis problemas deben pasar a segundo plano, ya que hoy es tu día. Siempre recuerdo aquel día en que tu madre me contó que estaba embarazada. Al principio no me pareció buena idea, por lo joven que era, pero con el tiempo te ganaste mi corazón con tu forma de ser: llena de travesuras y felicidad. ¡Ven aquí y dale un abrazo a tu abuelo, que da todo por ti y su familia!

Rodrigo se acercó y abrazó profundamente a su abuelo.

—El lazo de un abuelo con su nieto puede ser incluso más fuerte que el de un padre a su hijo, y más siendo tú el primer hijo de mi primera hija. Además, el cariño que siento por mis nietos es mucho más potente que el que pude sentir por mis hijos a tu edad. Resulta algo inexplicable, pero estoy seguro de que nace desde el fondo de mi ser. El amor que siento por ti es la manifestación absoluta de amor incondicional: ¡Feliz cumpleaños, señorito! Espero caminar siempre junto a ti, a pesar de nuestra diferencia de edad. Te amo con todo mi corazón. Espero que podamos estar juntos el mayor tiempo posible para ayudarte en lo que necesites. Ahora, cuéntame, ¿qué quiere que le regale su tata para este día tan especial?

—Tú sabes, tatita, me conformo con que tú, mi mami y mamita estén conmigo. Ustedes siempre me regalonean y ayudan. Aunque, si tuviera que elegir, me encantaría un autito a control remoto —dijo Rodrigo.

—¿Con tan poco te conformas, mijito? Estás en el camino correcto. Tu mamá te está enseñando muy bien; eso me hace sentir doblemente orgulloso. Mi corazón está lleno de amor.

Aun así, debes saber que, pese a que tu abuelo no es de los que compran y compran, bajo ningún punto de vista te regalaría solo un auto a control remoto. Creo que los abuelos tenemos la misión de regalar a nuestros nietos. Debemos malcriarlos, sobre todo porque criamos estrictamente a nuestros hijos. Ahora solo quiero disfrutar contigo y con Lya. He estado recorriendo tiendas intentando encontrar un regalo adecuado para mi nieto más grande y regalón. Ya lo tengo identificado, ¿se te ocurre cuál podría ser?

—No se me ocurre nada, tata —dijo Rodrigo.

—Piensa un poco. Lo único que te puedo decir es que es un súper regalo. Siempre lo mejor para ti, señorito.

—¿Será una autopista? —respondió, algo confundido.

—Mijito, no tiene nada que ver con autos ni controles remotos. Es algo espectacular. Para que adivines más fácil, te daré pistas: es cuadrado y plomo, lo usan mucho los jóvenes y niños —dijo René.

—¿Será un personal stereo, tata?

—Señorito, tampoco es un personal stereo. Pero sí es un artefacto tecnológico, así que te estás acercando. Otra pista: es cuadrado y plomo, con mandos cuadrados, plomos, y botones rojos. ¿Se te ocurre algo?

—¡Aaaah! Ya sé, tata. ¡Un Atari! —dijo Rodrigo, casi en éxtasis.

—Te acercas mucho, Rorríto. Es una consola, pero no es el Atari. La última pista: comienza con la décima cuarta letra del abecedario.

—A-B-C-D-E-F-G-H-I-J-K-L-M-N... ¡Tata, tú siempre haciéndome pensar! Comienza con la letra N, entonces... ¡es un Nintendo!

—¡Acertaste, querido mío! —dijo René—. Viendo tu rostro, creo que te va a gustar mucho.

—¡Qué genial, tata! ¿Pero te alcanza para comprarla? —preguntó Rodrigo.

—El dinero va y viene, señorito. Además, gastarlo en ti no me molesta. He estado ahorrando para poder sorprenderte. Te mereces esto y mucho más. Además, es tu cumpleaños. Doy todo por ti y por mi familia. Siempre debemos mantenernos juntos. La vida nos puede separar, pero siempre debemos volver a unirnos. Debes entender que pocas familias en este barrio podrían comprar algo así. Así que, Rorrito, considérate afortunado. Y no seas egoísta: comparte tu regalo con tus amigos. ¿Comprendes?

—Tata —dijo emocionado Rodrigo—, entiendo. Compartiré mi regalo. Gracias, tata, eres lo máximo. Te amo mucho, pero... me asustas un poco. ¿Por qué sudas? ¿Te sientes bien?

—No es nada —respondió René—. Dormí mal anoche y tengo la presión un poco alta. Pero no te preocupes, tu regalo estará listo para la fiesta. Yo soy como un roble; nada me pasará.

René se retiró supuestamente hacia el médico y luego a comprar el regalo. Rodrigo se quedó en casa, muy contento. Se sirvió un vaso de leche fría y un pan con queso para comenzar su gran día. El reloj marcaba las 8:45 de la mañana.

Rodrigo se fue a bañar; no podía comenzar su día especial si no estaba perfectamente perfumado. Mientras estaba en la ducha, escuchó golpes en la puerta. Pensando que era una emergencia, quitó el seguro. Entró Pamela con un pequeño trozo de torta y una vela, cantando *Cumpleaños feliz*.

Al culminar el cántico, Rodrigo pidió sus deseos: que su abuelo nunca muriera y que siempre pudieran estar juntos. Su

madre lo abrazó emocionada, felicitándolo por sus 11 años. Luego Pamela bañó a Lya para que estuvieran listos para la salida.

A las 9:45 llegó el momento tan esperado: su padre, Cristian, apareció en su taxi. Rodrigo y Lya, de apenas 4 años, saltaron de emoción. Rodrigo salió corriendo hacia la calle San Pablo, seguido por su madre y hermana. Cristian esperaba con una patineta como regalo de cumpleaños. La sorpresa fue absoluta. Su padre quería canalizar la energía de Rodrigo con un hobby que lo mantuviera activo y concentrado.

Hubo un silencio incómodo: tras dos semanas separados, Pamela y Cristian se veían frente a frente. Hablaron de la rutina, acordaron los horarios y se despidieron con un beso en la boca antes de que los niños subieran al taxi. El reloj marcaba las 10:10 de la mañana.

—¿Crees que pueda aprender a andar en skate? —le preguntó Rodrigo a Cristian.

—Por supuesto. Tu mamá siempre te reta porque saltas por los sillones y destrozas cosas. Tienes mucha energía, así que debes canalizarla con actividad física. Aprenderás rápido, solo sé constante.

—¡No te defraudaré! —dijo Rodrigo.

Cristian encendió el radio del taxi y dijo: «DR 10-57 a Parque Forestal». Los niños sonrieron.

En el Parque Forestal, Rodrigo tomó las riendas de las actividades. Sus primeros intentos con la patineta fueron trágicos, con algunas heridas, pero su equilibrio y tolerancia al dolor mejoraban con cada práctica. Cada caída venía acompañada de risas.

Cristian intentó enseñarles algunos trucos, recordando su infancia. Apenas se subió a la tabla, esta se dobló debido a su

peso, pero no fue obstáculo para demostrar lo aprendido. «Me dicen el Tony Hawk chileno», les dijo. Los niños lo animaban.

Luego, jugaron a imaginar mundos fantásticos en la pequeña colina del parque, rodeada de árboles nativos. Se inventaban pantanos y monstruos, y su padre actuaba como antagonista. Entre risas y gritos, escaparon hasta la cima, lanzándose de nuevo hacia el pantano. A las 13:00, tenían hambre y fueron a comer pollo con papas fritas.

Cristian aprovechó el almuerzo para expresarles cuánto los extrañaba durante las semanas separados. Incluso improvisó una torta con vela en la caja de papas fritas y cantó *Cumpleaños feliz*. Rodrigo pidió deseos dirigidos a su padre, deseando que siempre estuvieran juntos.

Tras almorzar, a las 14:00, se dirigieron a los juegos Diana, cerca del Parque Almagro. Rodrigo estaba ansioso; Lya, curiosa y algo temerosa, se animó con la ayuda de su hermano y su padre. Subieron a la ruleta rusa y a otras atracciones, incluyendo avioncitos y un pasillo de espejos que deformaba sus cuerpos, provocando risas constantes.

Finalmente, se acercaron a las máquinas de arcade. Rodrigo y Lya observaban a su padre jugar *Street Fighter II*. Cristian enfrentó a un joven rival y, aunque perdió, su destreza fue admirada por todos. El público gritaba «K-Y-N», abreviación de Küyen, «luna» en mapudungun, nombre que Cristian eligió por su fascinación con el astro.

A las 16:00, subieron a los avioncitos, disfrutando del vaivén y la seguridad de Lya. Luego continuaron jugando en flippers, pelotas de básquetbol y el carrusel, terminando la tarde con el corazón lleno. A las 17:00, regresaron a casa, sin saber qué les esperaba, pero felices y unidos en esa jornada inolvidable.

TERCERA PARTE

LOS SUEÑOS DE TEXIA

Texia inició su viaje desde la región del Biobío con claras intenciones de dejar la vida plana, sin sobresaltos, que tenía en el sur del país. Así seguiría los sueños que compartía con sus hermanas Ulda y Lucía. Eran talentosas. En Concepción formaban un triunvirato cantando en diferentes eventos en las cercanías de su casa. Eran aficionadas a la trova chilena popular de Violeta Parra y Víctor Jara. Cuando Texia dejó su amado hogar, partió con una guitarra bajo el brazo y una gran esperanza.

Al bajarse del bus sabía que no sería fácil. Esta vez, alejada de su familia, la música era lo que le quitaba el sueño; sin embargo, no sabía si con este camino iba a solventar todos los gastos para sobrevivir en un lugar ajeno, mucho más urbanizado que su Conce querido.

Las primeras semanas fueron muy difíciles. Golpeó muchas puertas. Fue de boliche en boliche intentando demostrar sus capacidades artísticas. Lamentablemente, las puertas de la bohemia santiaguina se le cerraron constantemente.

Sin embargo, la oscuridad en su expansión no duraría para siempre. En Concepción, a los 15 años, descubrió un don que cambiaría su vida. Las circunstancias que precedieron a la iluminación de su ser fueron algo complejas.

Transcurría el verano de 1960. Fue un año sorprendentemente caluroso. Las temperaturas rondaban entre los 30 y 36 grados Celsius. Aunque Concepción es una ciudad costera, bañada por el océano Pacífico y atravesada por el gran río Biobío, no se salvó de uno de los veranos más calurosos de la historia.

Texia, debido a las altas temperaturas, tanto de día como de noche, padeció durante dos meses un molesto insomnio. La falta de sueño provocó un estado de letargo en la adolescente que, con el pasar de los días, se acrecentó.

Era el día 27 de enero, el mes más caluroso de todo el verano. Las personas que vivieron ese día no lo olvidarían jamás, ya que el termómetro marcó, a las 14:50 horas, la no despreciable cifra de 36,6 grados Celsius. Sin duda, aquel día fue como estar en el infierno. Debido a la gran cantidad de incendios forestales, se quemaron más de cien hectáreas y hubo trece personas muertas por la cercanía de algunas casas a los focos de incendio. El apego, en algunos casos, los condujo a la muerte. Ese día ocurrió un evento más: desapareció, en las cercanías de Concepción, una mujer de cincuenta años llamada Marta Guerra. Su cuerpo fue encontrado cinco días después en el mar con la ayuda de Texia Pizarro.

Conciliar el sueño durante aquel desafortunado mes fue un tormento constante para Texia; sin embargo, logró dormir un par de horas entre el quince y el veintiuno de enero. Esos días, cuando se entregaba a los brazos de Morfeo, tuvo su primera visión. En un principio no logró comprender, pero con los acontecimientos que ocurrieron luego, todas las piezas de aquel rompecabezas comenzaron a calzar.

Soñó con seis huemules y siete cóndores en un gran prado. La inmensidad de la naturaleza se veía en su plenitud. El lugar

se asemejaba al paraíso; todo era perfecto. Los ríos cristalinos, la inmensidad de árboles nativos y milenarios, y las montañas nevadas que daban origen a ríos fértiles sin intervención humana: un mundo perfecto.

Para Texia, la visión de esa noche no significó absolutamente nada hasta que logró conciliar el sueño la noche siguiente. Veía mucho fuego, pero no era un incendio forestal ni nada por el estilo; el fuego provenía de una parrilla gigante en la que ardía un carbón encendido donde se asaban restos de grasa, que el fuego no era lo suficientemente fuerte para derretir. Cada descomunal anticucho tenía ensartadas tres cabezas de huemul, perfectamente descueradas y doradas. Había, a su vez, corazones y fetos de huemul, tres huevos de cóndor, trutros gigantes y contres del emblema nacional. Dentro de la parrilla había unos huevos que, con la fuerte temperatura del carbón, comenzaron lentamente a resquebrajarse. Había seres extraños alrededor de la parrilla que se notaban expectantes, además de fatigados, como hambrientos. Bebían alcohol de manera desenfrenada y miraban extasiados la parrilla sin quitarle los ojos de encima.

De un momento a otro, uno de los huevos comenzó a resquebrajarse, pero su cocción no estaba lista y desde su interior comenzó a emerger, bajo una abundante mucosidad verdosa, una criatura desconocida para cada uno de ellos. Escuchó que los seres le dieron un nombre: le llamaron Ser Humano.

Cuando Texia despertó, inmediatamente comprendió que ambos sueños guardaban relación entre sí. Texia relacionó los cóndores y huemules en ambos sueños. Le parecía bastante extraño. Su intuición le dijo que algo pasaba con ellos. ¿Por qué en el primer sueño era todo perfecto y en el segundo los animales estaban muertos y quemados?

Debido a su sorpresa, Texia se acercó a sus hermanas para contarles. Sin embargo, Ulda y Lucía no tuvieron interés y consideraron que le estaba afectando demasiado el calor. Le recomendaron que se bañara con agua helada antes de irse a dormir, para que no se acalorara tanto. Esa noche, Texia siguió al pie de la letra el consejo de sus hermanas y, antes de acostarse, se duchó con agua helada.

La visión de esa noche tuvo relación con la visión anterior. Ser Humano no poseía anatomía humana: caminaba en cuatro patas, no tenía ningún vello en la piel ni boca ni oídos, solo un ojo y un orificio muy pequeño para respirar en la espalda.

La imagen mostraba a Ser Humano con un grupo de personas tomando sol en la playa y consumiendo medicamentos, alimentos procesados, alcohol, tabaco y carne cruda. El grupo se quedó dormido a la orilla de la playa. Cuando despertaron, hacía un calor espantoso; se estaba quemando todo. Las olas de fuego estaban por todas partes, consumiendo todo a su paso. Las llamaradas comenzaron a quemar cada grano de arena en la playa. El grupo corrió hacia el mar. Ser Humano fue el único que logró escapar de las llamaradas, ya que se separó del grupo y se refugió en una cueva de rocas cercana. Todos sus amigos fueron alcanzados y calcinados, ya que el fuego llegó hasta ellos. Ser Humano corrió la misma suerte.

Luego de esa noche, logró dormir un par de horas durante algunos días y no volvió a soñar ni pensó más en ello, hasta aquel fatídico veintisiete de enero. Cuando estaba almorzando junto a su hermana Ulda, escuchó en la radio lo que estaba sucediendo respecto a los incendios y las muertes de las trece personas: siete mujeres, tres de ellas embarazadas, y seis hombres, entre ellos dos menores de edad. En el preciso instante en que escuchó

esa información, supo que sus sueños podían ser premonitorios, aunque aún lo dudaba. Siguió escuchando atentamente; se trataba de tres familias de diferentes lugares, pero cercanos.

En ese momento, Texia supo que incluso los tres sueños podían estar relacionados, ya que los animales del primer sueño coincidían con la cantidad de víctimas que aparecían calcinadas en la segunda visión. Por otro lado, en el último sueño Texia pudo visualizar un gran incendio que calcinó gran parte de un lugar donde había playa, tal como ocurría en ese momento.

La primera familia se conformaba por cinco personas: Miguel Farías y Juana Córdova. Miguel Farías era un padre trabajador y hombre de mucho esfuerzo, hijo de campesinos y trabajador de la tierra, dedicado a sus hijos. Con su pareja, Juana Córdova, estaban esperando un retoño.

Juana era una gran dueña de casa, siempre preocupada de todos los detalles. Pero no se sentía completa. El complemento entre su vida familiar y la tranquilidad del campo no le eran suficientes. Ella quería sentirse realizada por algo hecho por sus propias manos. Le gustaba crear y pensaba que en la literatura y en la pintura no había nada nuevo bajo el sol. Sin embargo, esa inquietud por dejar algo en esta vida sacudía diariamente su ser. Se sumaba a ello el hecho de que en sus entrañas se gestaba una nueva vida que se iba a llamar Olivia. Por otro lado, los hermanos mayores eran gemelos y se llamaban Juan y Luis, de 16 años. Eran traviesos, risueños, buenos para el trabajo y, ante todo, buenas personas.

En la televisión de la casa de Texia se anunciaba que la segunda familia estaba compuesta por cuatro personas y que no se pudo definir su identidad debido al nivel de calcinación. Sin embargo, posterior a la investigación, se pudo identificar

que uno de los integrantes de la familia era una mujer que se encontraba en cinta. Algunas informaciones hacían referencia a una familia de inmigrantes de la isla cubana, probablemente ilegales hace un par de años. La investigación no arrojó nada más que esto.

La tercera familia estaba compuesta por cuatro integrantes, también campesinos, que vivían en el sector de San Pedro. La pareja tenía 50 años cada uno: Marta Guerra, José Valenzuela y sus tres hijos. Fernando, el menor, de 3 años recién cumplidos. María tenía 15 años y era la hija regalona de la pareja, ya que desde pequeña demostró aptitudes artísticas. Tocaba la guitarra y el acordeón. Acompañó desde pequeña las reuniones familiares, complementándolas con trova campesina, corridos, rancheras y guarachas. Generó momentos inolvidables para toda la familia. La hermana mayor se llamaba Brenda y tenía 21 años. Ella guardó secretos imborrables en su vida. El incesto forma parte del folclore campesino en nuestra cultura; sin embargo, este hecho desató recurrentes discusiones entre paredes en el hogar de esta familia.

Fue así como, ese fatídico 27 de enero, al salir a la luz la situación impune de José, Marta, movida por la ira, inició uno de los focos de incendio presentes en ese caluroso mes. De manera irracional, en la madrugada de ese día, tomó un acelerante que tenían en la leñera y, en el silencio de la oscura y calurosa noche, roció cada uno de los rincones de la casa, por dentro y por fuera, para dar inicio a un día terrible para la ciudad de Concepción.

Se pudo visualizar una gran cantidad de fuego que se propagó rápido por gran parte de San Pedro de la Paz. Lamentablemente, las casas de alrededor corrieron la misma suerte. Cuando Marta vio que el fuego se extendía, no sintió lástima, pena ni

arrepentimiento. La descompensación emocional y mental la llevaron al colapso. Marta dejó su casa, perdió el juicio, ya no podía más, quería que todo el mundo ardiera tal como su alma en ese momento. Tomó el acelerante y corrió en shock hacia el mar. Aproximadamente unos treinta metros antes de llegar a la playa había una cueva escondida tras mucha vegetación. Marta se ocultó en ese lugar y tuvo el mismo trágico final. El cuerpo estuvo perdido durante cuatro días sin que se supiera absolutamente nada de ella.

La búsqueda salió en televisión. Texia estaba muy ansiosa, hasta que por fin pudo encontrar el sentido a sus sueños premonitorios. Logró conectar sus visiones con la realidad. En ese momento supo exactamente dónde estaba Marta Guerra. Según recordaba, en San Pedro de la Paz había una cueva en las cercanías de la playa.

Primero no se atrevió a ir a Carabineros, que en ese momento realizaba una incansable búsqueda. Aún no reconocía realmente que existía la posibilidad de prever algo o la ubicación de alguien. Sin embargo, luego de un rato se armó de valor y le dijo a su hermana Ulda que la acompañara a la playa. Le explicó que sabía dónde estaba el cadáver de Marta Guerra. Su hermana se negó efusivamente a acompañarla, creyendo que Texia había enloquecido. No obstante, luego de una tensa conversación, Texia logró convencerla.

Cuando se encontraban cerca de la playa vieron los vestigios del incendio de los días anteriores. Texia no estaba completamente segura de dónde buscar el cuerpo. Sintió una energía de odio y lúgubre en el lugar. Se le puso la piel de gallina. Después de un rato buscando descubrieron la cueva. Estaba todo quemado alrededor. Se desprendía una energía indescriptible al

acercarse más. Cuando entraron, distinguieron un ente carbonizado. Ambas, al mismo tiempo, lloraron. Sus sensaciones eran confusas. Saber que eso podía ser un ser humano las perturbó enormemente. A ello se sumaba la impresión por el don o habilidad que se había despertado en Texia. Inmediatamente después de ver el cuerpo, fueron a Carabineros.

LUZ MAMANI Y LA BANDA

—La Luz... la Luz... ¿Qué quieres que te diga? Era boliviana. ¿Eso lo sabías, cierto? ¿Que era traficante? ¿Que la movía? Ya todo eso lo sabes. Esta situación no es normal. La verdad es que ni siquiera puedo comprender por qué chucha estoy aquí.

—Soy bien bueno para hacerte el huevón, vo, Tobar —se escuchó la voz de García en el fondo de la sala mientras buscaba unos papeles.

A veces, la vida se nos complica, cometemos errores. Le tomé el gusto a la plata fácil, pequé por ambicioso. Lamentablemente, para mí, todo se remite a mi hermano mayor. Ya te he hablado de él: el Rolando. Este huevón era amigo de la Luz; se conocieron en el norte. Cuando mi hermano se fue de la casa (no recuerdo bien si lo mencioné) se peleó con mi papá porque siempre se les estaba perdiendo plata de la carnicería. Cuando se fue, encontró trabajo en Calama, en la minería, según había dicho. Conoció el dinero fácil y cayó en la tentación del norte del país.

Según lo que yo he escuchado, cuando uno trabaja o vive en lugares cercanos a los países limítrofes, por el norte de Chile, se encuentra fácilmente con drogas duras. No se puede comparar la marihuana con la cocaína, mucho menos con la pasta, esa que metió seguramente tu queridísimo general. ¿Comprendes?

Mi hermano cayó en los placeres de la cocaína y, probablemente, la pasta base, pero no solo consumía. Lo que pasa es que cuando el Rolo conoció a la Luz, se abrieron las puertas de la avaricia en su ser. Tuvo mucho dinero, muchas mujeres, muchos excesos. Comprendió que, si lograba bajar un ladrillo u ovoides de cocaína desde Calama hasta Santiago, podría hasta quintuplicar las ganancias —incluso un poco más—, siempre y cuando lo moviera donde la gente pudiera pagar más por el producto. En Calama, el costo de la vida es súper alto; sin embargo, ya existían demasiados distribuidores en esa ciudad.

Así que durante varios años, esta parejita se dedicó a enviar ovoides desde Calama a Santiago, alrededor de los años 80, cuando los gringos estaban vueltos locos con los alucinógenos del momento.

A la Luz le dieron diez años y al Rolo le dieron seis por tráfico de drogas. Según lo que ellos me contaron, mandaron un camión con más de 150 kilos de cocaína. Al camionero lo pillaron entrando a Santiago. Todo resultó ser una investigación que duró alrededor de un año, donde se identificó a los cabecillas de la banda delictual: la Luz Mamani y Rolando Tobar, el orgullo familiar. Ambos pagaron todos sus años, salieron de sus penas y se dedicaron a realizar una vida normal por separado; pero la verdad es que nunca se distanciaron, siempre estuvieron en contacto y trabajando en conjunto.

Para ser bien honesto con ustedes, no saco absolutamente nada con echarle la culpa al Rolo. Debo reconocer que fue él

quien me hizo conocer la codicia. Cuando estaba trabajando en la Estación Central, gané mucho dinero, pero al mismo tiempo me endeudé enormemente. Me envié con los night club y casas de remolienda de aquellos años. Me gustaba gastar platita con las chiquillas, usted me entiende. El problema es que uno, cuando ve a muchas mujeres hermosas, se vuelve loco. Lo mío fue principalmente gastar lo que no tenía para comprarle cosas a estas jovencitas. Uno, con el tiempo, se aburre de comer la misma carne todos los días e intenta innovar un poco. No considero que sea infiel con Texia, ya que ojos que no ven, corazón que no siente. Sin embargo, para ser honesto, quizás Texia lo sabía de todas formas, ya que ve lo que otros no. El problema es que no pude parar de ir a esos lugares, a tomarme un traguito, conversar y recrear la vista en algunos momentos, y en otros, algo más, quién sabe.

Debía alrededor de ochocientos mil pesos en diferentes locales. La lujuria inundó mi ser y me llevó al borde del colapso. En realidad, para mí fue como el principio del fin. Ya sabía dónde terminaría todo esto. Estoy muy arrepentido de esta doble vida que llevé durante algún tiempo y la que llevo en estos momentos. La avaricia y la lujuria me han traído hasta donde estoy. Las deudas me tenían acogotado. Me andaban buscando por todos lados. Incluso pensé en suicidarme. Ya no podía vivir tranquilo. Estaba al borde de la muerte, hasta que apareció el Rolo.

Llevaba viviendo algunos años en Las Condes y tenía dos hijas. La vida, con los costos que tenía, aun así le sonreía. Supo del problema económico que yo estaba viviendo. La verdad es que no tengo idea quién fue la persona que le comentó. Siempre he sospechado de mi madre. Hay veces que las madres son capaces de hacer lo que sea, incluso lo que va en contra de sus propios

ideales, para sacar del abismo a un hijo que no se encuentra pasando un buen momento.

Ese día se acercó a mí diciéndome que él conocía la situación por la cual estaba pasando, y que si no fuera porque sabía que algunos matones de Santiago Centro me andaban buscando, él no habría pensado en ofrecerme esa oportunidad. Me dijo que conocía a una ciudadana boliviana que se llamaba Luz y que era una de las pasadoras de coca más conocidas de Santiago. Manejaba todo lo que puedan imaginar, desde helicópteros hasta embarcaciones. También me mencionó que, anteriormente, en algunas ocasiones habían trabajado juntos, y que todo había resultado bien. El negocio consistía en lograr que la droga llegara sin ningún problema a Las Condes. Su trabajo en el negocio era, básicamente, ser el cocinero: el químico.

El cocinero se dedicaba a crear la más pura cocaína de esta parte de América del Sur. Cocinaba la denominada, en aquellos años, «alita de mosca». Este gran producto se vendía como pan recién salido del horno. La Luz se encargaba de hacer llegar los insumos necesarios para poder crear la grandiosa mezcla y obtener, a través de un proceso químico, la coca de alta pureza.

Cuando me propuso trabajar con la Luz, él me prometió que en dos meses yo podría cancelar todas las deudas de los placeres carnales de las casas de remolienda y los night club. Lamentablemente, siempre me dijo que si la plata fácil me gustaba, él no podría hacer nada. Si las personas caen en la codicia, difícilmente pueden volver atrás. Con eso me avisaba que no se haría responsable en caso de que esa situación ocurriera.

Debido a la dificultad económica que estaba pasando durante aquellos años, no tuve opción y acepté la participación en los turbulentos negocios guiados por la Luz y mi hermano. Mi

misión en el trabajo, que duró dos años, fue variada. Durante el primer año me dediqué, básicamente, a transportar la mercadería llegada desde el norte. Nos juntábamos en una casa, en las cercanías de la Estación Central, a un costado de General Velásquez, en la población Los Nogales, donde nos recibía el Rafa, quien prestaba la bodega y preparaba los despachos para el barrio alto. Ahí me tenía que juntar con él y distribuir la mercadería, principalmente para Las Condes, La Florida y La Dehesa, entre otras localidades que no recuerdo bien. Esos eran los principales puntos de distribución.

Yo tomaba siempre un vehículo diferente entre los que había: un Hyundai Pony, un Lada y un Peugeot 404. Llevaba la mercadería y subía a las zonas de distribución. A veces llegaba a un departamento de Isabel La Católica; me entregaban la plata y, después, tenía que depositarla en una cuenta específica.

Durante el segundo año, me dediqué solamente a entregar el dinero. En esas ocasiones, viajaba no solo dentro de Santiago, sino también al norte del país, para llevar la coca preparada por el Rolo en Santiago. Por ejemplo, viajé muchas veces a Arica a buscar la plata, donde el indio José, entre otros.

La situación era la siguiente: yo en ningún momento transportaba la mercadería; los camiones salían desde la casa del tío Rafa, ahí en Los Nogales. El camión viajaba desde la capital hacia el norte, muchas veces a Iquique, Antofagasta y Arica. Entregaban la merca, yo tomaba un viaje en avión, llegaba al lugar, me juntaba con el contacto, me entregaba la plata, me quedaba un día en la ciudad para poder hacer otro negocio y luego volvía a la capital para depositar el dinero en dos cuentas diferentes. Eran alrededor de veinte cuentas distintas que iban cambiando aleatoriamente. A eso me dedicaba principalmente.

Uno de los mayores conflictos fue que el primer mes ya tenía pagada mi deuda. Todo el tiempo que seguí después fue solamente porque la avaricia me superó; el dinero fácil. Tenía una vida de inconsciencia. Esto de ninguna forma podría beneficiar a mi familia. Comencé a pensar que los estaba exponiendo demasiado. Cuando me di cuenta de que estaba equivocando el camino, ya era demasiado tarde. Ustedes me encontraron, porque encontraron al chofer que transportaba la droga. Lo pillaron ahí en Portugal con Matta. Creo que ese huevón vivía por ahí en Santa Elena, ahí ustedes lo pillaron. Más encima, me terciaron a mí. Con el Pedro nos íbamos a juntar en su casa para pagarle sus servicios, y ustedes ya estaban ahí. Cuando estaban en la puerta de su casa, el muy maricón no me hizo ninguna señal de que los tiras ya lo habían cachado. Cuando me di cuenta de que eran ustedes, ya me tenían atrapado. Más encima llevaba en efectivo quinientos mil pesos. Era mucha plata, no tenía nada que hacer. Lo que me gustaría, en todo caso, es que ustedes puedan comprender que no soy el cabecilla. Le hablo en su jerga para que usted me pueda comprender. ¿Me entienden?

—Mira, René. ¿Te puedo decir René, cierto? —dijo García con cierto hastío—. La verdad es que me importa un carajo tu opinión; te voy a contar lo que aquí está sucediendo y cuáles van a ser los procedimientos que vamos a seguir. El Pedro cagó, el huevón. ¿Sabí cuántos kilos transportaba en cada viaje? Más de 250 kilos. Se va a pudrir en la cárcel. Es imposible que le den menos de quince años. Aunque narraste tu historia desde la infancia, intentando justificar tu inocencia, nosotros te encontramos con medio palo, que supuestamente le ibas a entregar al Pedro. ¿Quieres que sea honesto? ¿Quién me afirma que tú no

eres uno de los principales líderes intelectuales de la banda? ¿Me comprendes? ¿Quién me dice a mí que no tienes la cocina en tu casa y andas repartiendo la droga? ¿Y que Luz y Rolando no trabajan separadamente pero juntos al mismo tiempo? Según estos datos, como líder intelectual del negocio, también te darían unos quince años, al igual que a tu amiguito. René, colabora con nosotros, dinos dónde podemos encontrar a la Luz Mamani y a tu hermano, y te podríamos rebajar la condena por colaborar con la investigación. ¿Comprendes lo que te estoy pidiendo? ¿Colaborarás con nosotros? La justicia es simple: si no pillamos a los verdaderos líderes de la banda, según tu versión, caerás tú como el cabecilla, para así silenciar a los medios. Con ello aumentaríamos la reputación de nuestra institución en la guerra contra las drogas, desbaratando bandas y devolviendo la paz a la ciudadanía. Así que, por lo mismo, suelta todo lo que sabes. Tú eliges, ¿cinco o quince?

—Es lo que he estado haciendo todo este tiempo. Yo llegué por casualidad a esta banda. Nunca antes en mi vida había trabajado con el Rolo. Conocía que no era de los trigos muy limpios. Él hizo todos sus contactos en el norte. Lo de sus negocios *tránfugos*, definitivamente no sabía absolutamente nada.

—René, nuevamente te digo que dejes de hacerte el huevón —dijo García bastante molesto—. Eres un verdadero especialista. Tú estás aquí siendo interrogado por nosotros por la simple razón de que llevas dos años trabajando con la Luz y el Rolando. ¿Cómo mierda me dices que no sabes nada de su turbiedad? No seamos cínicos. La única huevía verdadera que confesaste es que necesitabas pagar por sexo, andar con chicas hermosas para olvidar la mierda que eres. Pagarás en la cárcel si sigues mariconeando. Te vamos a tirar a los leones. Tú ya estás

preso, René, resígnate. Te pillamos con las manos en la masa. Ibas a pagarle la pega al Pedro, así que olvídate de que hay la más remota posibilidad de salir libre de esta. Declara como hombre y asume las consecuencias.

—Tienes toda la razón. Ya no queda otra. Hay ocasiones en que uno se aferra a lo inexistente, como cuando eres un fiel devoto de la iglesia. Vas siempre a misa o a la reunión de turno, predicas todos los días la palabra del Señor; sin embargo, en tu vida golpeas a tu mujer, evades impuestos, tienes una amante y hablas de moralidad delante de tus hijos diariamente. De esta forma me he sentido todos los días el último año y medio. Apenas pagué mi deuda, debí haberme retirado y nadie se hubiese arriesgado; nada de esto estaría pasando, yo no andaría metido en forros. Todos los actos tienen consecuencias. Me di cuenta demasiado tarde. Le voy a decir algo: sabe que en ocasiones, durante muchas noches, no logré conciliar el sueño debido a la intranquilidad de mi conciencia. Al otro día, veía esas centrífugas viejas llenas de plata que tenía escondidas atrás de la casa. Con ello quitaba mi culpa; le daba todo a mi familia, compraba cosas para la casa, hacía regalos costosos, para tranquilizar mi mente y lograr conciliar el sueño la noche siguiente. Mi familia no sabe absolutamente nada de mi doble vida, eso se lo aseguro. Hoy es el cumpleaños de mi nieto mayor, el hijo de la Pamela, el Rodrigo. Antes de que ustedes me pillaran con el Pedro, yo le prometí a mi nieto que le iba a regalar un Nintendo para su día. Nada de eso va a ocurrir. Me da una pena enorme saber que uno, como abuelo, finalmente no va a poder responder. La vida se me va entre las manos. Tener que pagar una pena en la cárcel de quince años, el simple hecho de imaginarlo ya me rompe el

corazón. Ahora mismo tengo 54 años. Me voy a perder ver a mis niños lindos crecer. Quizás vengan más. Realmente es una pena.

René hizo una pausa.

—La relación que yo tenía con el Rolando y la Luz era estrictamente de negocios, como ya le mencioné. El Pedro era el que transportaba la merca. El Rafael era el distribuidor de las grandes cantidades; repartía para el norte y dentro de Santiago. Yo, René Tobar, fui transportista y además me encargaba de ir a pagarles a nuestros socios. La Luz Mamani era la que verdaderamente la llevaba. Tenía todos los contactos en el extranjero, directamente en Bolivia y Perú, como le dije anteriormente. Se encargaba de traer los insumos desde el extranjero para el Rolando. Durante su experiencia como traficante, en el último tiempo (en realidad, alrededor de quince años), mi hermano aprendió a cocinar coca, realizar labores químicas en procedimiento para hacer un producto de la más alta pureza; «alita de mosca» le decíamos. El tío Rafa es de Los Nogales, de la comuna de Estación Central. Llegar a la bodega es súper fácil; además, el Rafael vive al lado... Si quieren que les diga todas las direcciones, para que les caigan encima a los maricones por los que estoy aquí, van a tener que hacer algo por mí. Teniendo en cuenta que ya están todas las cartas sobre la mesa, no quiero ser culpabilizado como el líder de esta banda. No lo soy. El Rolando tampoco. La cabecilla, como usted ya lo habrá supuesto, es la Luz. Otra cosa, ¿cuántos años cree que me tirarán por lo que hice si colaboro con la información que poseo?

—Mira tú, hace un rato haciéndote el huevón y ahora intentando negociar los años de condena. Tobar, no tienes ni un pelo de tonto —mencionó García—. Pero falta una cosa. Queremos la dirección de tu casa para ir y asegurarnos de que

no tienes nada allá relacionado con la venta de la cocaína. Si nos dieras todo eso, yo sería capaz de interceder por ti, por tu colaboración; por ejemplo, si yo te dijera que serías procesado solo como transportista, que nosotros llegamos porque estabas conversando con el Pedro, nada más. ¿Te gusta esa versión, cierto? Ahí te darían, como máximo, cinco añitos. En comparación con los quince que te puedo dejar caer, si es que la versión de la ley te menciona como uno de los líderes de la banda o de otro modo se te vincula con los kilos encontrados a Pedro. Son quince años, Tobar. La justicia dictaminará correctamente, tal como lo ha hecho siempre. ¿Comprendes quién tiene verdaderamente el poder? ¿Qué dices?

—Todo está corrompido. Ustedes son los que tienen el toro tomado por las astas, de eso estoy claro. Yo soy el que está entre la espada y la pared. Tienen todo para culparme. ¿Crees que soy estúpido? En mi vida nunca me he dejado influenciar por lo que debo o no debo hacer. Seré muy sincero contigo. Hoy, 13 de julio, está de cumpleaños parte de mi vida, mi Rorrito, y yo no tengo absolutamente nada en la casa, solo la plata que he guardado de los negocios truchos, que está en las centrífugas viejas, atrás de la casa. Mi familia no sabe absolutamente nada, por favor, no vayan hoy.

—La decisión ya está tomada, Tobar; hoy vamos a entrar a tu casa, a la buena o a la mala, al igual que a la de todos tus amiguitos, para que caigan de una vez por todas. Nos tienes que entregar toda esa información lo antes posible, ya que ellos no saben que tú con el Pedro cayeron. Sigue atentamente lo que te estoy diciendo. El reloj marca las 14:45 horas. Llevas poco más de dos horas en este interrogatorio. Si realmente quieres colaborar, ahora es el momento. Ya tenemos a todo el personal

disponible para hacer los allanamientos en las direcciones que tú nos debes entregar. Ellos aún no tienen idea de que los tenemos. Debemos aprovechar la oportunidad. Necesitamos las direcciones lo antes posible. Ya sabes: lo hacemos a la buena o va a tener que venir mi amigo, el impaciente, a interrogarte. El tema es que esta persona tiene un grave problema con el control de la ira. En realidad, no puede controlarla. Me dices ahora o lo llamo, tú eliges.

—Colaboraré. La dirección de Rafael Jara es al frente de la cancha de la Población Los Nogales, justo en la esquina de Padre Vicente Irrarrázaval y Capitán Gálvez. Es una casa roja con la reja bajita y blanca. Al lado de esa casa hay una especie de galpón de lata, bastante amplio en comparación con las casas del sector. Lo van a identificar inmediatamente. Es ahí donde están todos los kilos que va preparando semana a semana el Rolando.

—Unidades 1, 2, 3, 4, 5, diríjense inmediatamente a la comuna de Estación Central —dijo García—. Población Los Nogales, esquina Padre Vicente Irrarrázaval con Capitán Gálvez. Continúa rápidamente, Tobar, por favor.

—Según los datos que tengo, el Rolando tiene dos direcciones. La primera está ubicada en la comuna de Las Condes; la dirección es Cristóbal Colón número 1500. Su otra casa se encuentra en la comuna de Providencia, en la avenida Eliodoro Yáñez número 0257. Finalmente, la Luz tiene su domicilio en la comuna de Las Condes, en Isabel La Católica con Flandes, en una esquina. La casa es de dos pisos, amarilla y con reja negra; la identificarán inmediatamente, ya que todas las demás son solamente de un piso.

En ese momento, García pidió atención a todas las unidades para que se dirigieran a la brevedad a las direcciones. Le dijo

a Tobar que corroborara la información. Le aseguró que no lo pasaría nada de mal en la cárcel y que, como máximo, le darían cinco años. Prometió supervisar los procedimientos y volver a la brevedad.

—Nosotros sabíamos que las direcciones de los cabecillas estaban en el barrio alto de la capital, pero no conocíamos dónde estaban; esta información será de gran utilidad. Caerán luego de años de delitos y tráfico. Aunque no sea la primera vez que visitan la prisión, me causa placer hacerlos volver donde siempre tuvieron que estar —dijo García, sincerándose con Tobar.

Las dos personas que se encontraban con René en aquella habitación oscura se retiraron prometiendo volver dentro de un tiempo relativamente corto. Por seguridad admitieron a dos funcionarios de la PDI. Lo dejaron esposado de pies y manos para que no fuera a cometer algún tipo de locura y esperara el tiempo que se demoraran en volver. Lo dejaron sentado y encadenado a una silla. No podía hacer absolutamente nada, solo llorar.

Comprendió que todo se estaba yendo a la mierda. Hace un tiempo había estado reflexionando con dejar los negocios turbios, pero la codicia lo encegueció, de eso estaba absolutamente seguro. Lamentablemente, todo esto ya era una realidad; lo vio demasiado tarde. La vida lo hizo volver de un golpe fuerte y doloroso a la realidad. No a la imaginaria que él estaba viviendo en su interior, con un ego radiante, bajo el cual la propia personalidad se moldeaba. Creía tener siempre la razón, que el dinero puede comprar la felicidad, pero no cuando está todo perdido.

René pensó en la posibilidad de morir en ese instante. Consideraba que no merecía vivir. No merecía el amor de su familia. Se sentía un traicionero, un vil vendepatria. Quebrantar

la confianza del núcleo más confiable de su vida lo hacía sentir despreciable, avergonzado; cargaría con eso toda su vida. Él creía que nadie de su familia lograría comprender que siempre intentó darles lo mejor. Nunca perdonarían el error que había cometido.

LA CAÍDA DE RENÉ TOBAR

La vida, junto con la soledad, cayeron sobre sus hombros. Sentía que en los días venideros ya no habría motivos por los que levantarse; se sentía morir. Lloró durante treinta minutos, cuando de un momento a otro entró uno de los sujetos. Le mencionó que debía acompañarlo. Le desató las cadenas y esposas, excepto las que tenía en sus manos, y salieron de aquella oscura y húmeda habitación.

Antes de salir de la habitación, René pensaba que los tiras y los pacos eran unos huevones que nunca lo iban a pillar; probablemente su ego le tenía la visión un poco nublada. Sin embargo, se dio cuenta de que ya era demasiado tarde: todos los oficiales lo conocían. Miró una pizarra que había en la pared de la oficina de la PDI e identificó los rostros de Luz, Rolando, Rafa, Pedro y el suyo. Al contemplarse en aquella pizarra, logró comprender el nivel de ceguera al que lo había llevado su ego y la avaricia. Nada le faltaba. Nada le faltaba a su familia. Siempre comprendió que aquel traspié económico fue el detonante de aquel gran error. Su vida pasó por su mente durante algunos minutos. Ahora solo le quedaban los recuerdos. Sabía que, por ahora, solo vendría en su horizonte una larga oscuridad.

Se subió a uno de esos grandes autos utilizados por la Policía de Investigaciones, con dos uniformados, de los cuales uno era un desconocido y el otro era García, que en ese instante iba conduciendo el vehículo. Él iba sentado en la parte trasera. El desconocido estaba ubicado en el asiento del copiloto.

El chofer le mencionó, de un momento a otro, que efectivamente las direcciones que había dado en el interrogatorio eran verdaderas. Una de ellas sirvió como un hecho verídico en pro de la investigación. También le dijo que en la avenida Eliodoro Yáñez número 0257 encontraron a Rolando, quien se entregó sin poner resistencia alguna. En esos mismos instantes estaba siendo interrogado por personal de la PDI. Sin embargo, en las otras direcciones que entregó no lograron encontrar a la boliviana. Cuando le entregó esta información, el reloj marcaba las 16:00 horas y se encontraban en San Pablo número 2069: la casa de René Tobar.

—Ya, Tobar —mencionó el chofer—, se me había olvidado decirte que tu hermanito, el Rolando, en sus declaraciones de la banda delictual, cuando se le preguntó respecto al líder, ¿sabes a quién adjudicó el liderazgo de la organización? Dijo que eras tú, René. Además, mencionó que eras un conspirador, que ni siquiera te hacías cargo de tus propios hijos, ni mucho menos de tus nietos, que no tenías alma. Te adjudicó como líder, ya que mencionó que fuiste tú, René Tobar, quien lo contactó a él y a Luz Mamani para realizar un negocio que no podía fallar. Consistía en cocinar y distribuir coca en el barrio alto de Santiago. Luz tenía los contactos en el extranjero para traer los insumos necesarios y se encargaba de que estos elementos llegaran sin novedad a Santiago desde Ecuador y Bolivia principalmente. Él, al igual que en tu versión, se definía como el cocinero. Negó

rotundamente tener relación alguna con la señorita Luz. Mencionó que la conoció hace tres años, en 1991, cuando Colo-Colo se coronaba campeón de América al adjudicarse la Copa Libertadores. Se reconoció como un adicto a la coca. Dijo que, en la compleja búsqueda de aquella droga, fue como conoció a Luz, ya que tenían amigos en común. Desatado el frenesí del triunfo de Chile, deseaban continuar la fiesta, conseguir algo de droga y quizás algunas mujeres. Así fue cómo contactaron a Luz para obtener la mercadería y continuar la joda. Afirmó que desde ese año la conocía y negó rotundamente cualquier tipo de relación de negocios con ella; negó lo de Calama y todo lo que se dijo en tu declaración. Dijo que tú organizaste todo y que siempre eras el que menos se arriesgaba y el que más créditos sacaba del negocio, caracterizándote como un líder autoritario. Rafael, en su declaración, hizo referencia a ti como el líder intelectual de la banda. Mencionó que fuiste tú quien le ofreció una suma desproporcionada por el arriendo de la bodega junto a su casa. Pedro te mencionó como el encargado de las platas de la banda. Los tres mencionaron que tenías un grave problema de bipolaridad: una de tus caras era ser un hombre muy culto y educado; la otra, una bestia incontrolable. Ahora te pregunto: ¿qué mierda quieres que piense? Todos te están señalando como el líder intelectual.

René guardaba silencio.

—¿Reconoces esa casa que está ahí? —dijo, indicando el hogar de la familia de René—. Tú ya has mencionado que hoy está de cumpleaños tu nieto y que no quieres cagarles la onda más de lo que ya les cagaste la vida. Te voy a decir cómo va a funcionar todo de ahora en adelante. Lo primero es que este compañero es el detective Ruz. Recuerdas que anteriormente te

conté que, si no colaborabas, iba a ir a interrogarte un compañero que, pese a los grandes intentos que hacía por controlar su ira, no lo lograba jamás. Bueno, es él. Su especialidad son los allanamientos a casas de los más grandes narcotraficantes del país. Lo segundo, luego de la valiosa información que nos diste, es que hay dos opciones para entrar a tu casa: hacerla por la buena o por la mala. Si eliges la buena, nos bajamos de la camioneta civilizadamente, tú tocas la puerta de tu casa, nos indicas dónde está la droga y el dinero, y nos retiramos. El cumpleaños de Rodriguito puede continuar sin ningún problema. La segunda opción es que Ruz y yo entremos de golpe en tu hogar, interroguemos a cada una de las personas que se encuentren en la casa, escarbemos hasta en el último rincón, dejemos la cagá y luego nos retiremos. ¿Cuál eliges, Tobar?

—Yo no tengo ningún problema psiquiátrico —dijo René enfurecido— y eso lo puede corroborar cualquier doctor en cualquier momento. ¿Acaso no te das cuenta de que todos quieren culparme para defender a Luz, que es la verdadera líder? Este era el plan B. Luz ya debe haber cruzado la frontera. Nunca más la van a volver a ver. Pero, claro, deben buscar a un culpable y, en este caso, comprendo que seré yo. Lo único que te puedo decir es que en mi casa no hay un solo gramo de droga. Lo único que tengo es una pistola junto con las dos centrífugas atrás de la casa. Nunca he deseado hacerle daño a mis seres queridos. Escojo la buena.

Le quitaron las esposas y ambos detectives bajaron al mismo tiempo de la camioneta escoltándolo hasta su puerta. Golpeó muchas veces, ya que la casa se encontraba al fondo del terreno. Como todas las construcciones antiguas del centro de Santiago, poseía un largo pasillo en la entrada para llegar a la

casa. Cuando René iba en el décimo intento y la paciencia de ambos detectives ya se estaba agotando, abrió la puerta la hija regalona de René, su Pame. No comprendiendo nada de lo que estaba sucediendo, los policías se presentaron ante Pamela, le dijeron que mantuviera la calma y entraron. Mientras tanto, uno de los detectives se quedó con ella para explicarle. Ruz continuó su camino junto a René por el largo pasillo hacia la casa. Era un pasillo lleno de vegetación y grandes repisas con maceteros. Tobar le mencionó a Ruz que el olor característico de su casa era el de las flores, y que esperaba que comprendiera que no estaba tratando con un narcotraficante. Su familia no tenía idea de nada. Le dijo que se dirigiera a la parte trasera de la casa, donde estaba el dinero en las centrífugas y la pistola. El detective lo miró con ojos de lobo feroz y le dijo:

—Una palabra más y los rajo a todos.

En la casa, el detective corrió rápidamente hacia la parte trasera, gritando que nadie se moviera.

—Iré a buscar la evidencia.

En el living solamente se encontraba Texia, realizando los preparativos para el cumpleaños de Rodrigo. Los niños no estaban, ya que estaban en el día de diversiones junto a su padre. Cuando Ruz corrió hacia el fondo de la casa, René quedó frente a Texia y solo alcanzó a decirle:

—Discúlpame.

A lo que ella respondió:

—Hasta la muerte estaré junto a ti; habrás tenido tus motivos.

Ruz, gritando, avisó que solo había una centrífuga con dinero y que en el patio quedaron dos más vacías. Su compañero y Pamela se acercaron al lugar debido a los gritos. Le preguntaron

a Texia y a Pamela si sabían algo respecto al dinero que guardaba René en esas centrífugas. Ambas contestaron que no tenían idea. Sin embargo, Texia mencionó que hace unos meses pasó un triciclo de los viejos de los cachureros, ofreciendo llevarse televisores, lavadoras, radios y centrífugas viejas. Ella confesó a los detectives que le pasó una centrífuga de esas que acumulaba René en la parte trasera de la casa. Afirmó que nunca vio el contenido de aquellas centrífugas; de lo contrario, de ninguna manera se la habría regalado a aquella persona.

Debido a las incongruencias entre las historias de René y Texia, los detectives decidieron realizar una búsqueda profunda en la casa. Revisaron el living, el baño y los dormitorios. No encontraron absolutamente nada. En la pieza estaba Cristian, el hijo de René, fumando marihuana. Tenía dentro de su velador un bacallo de al menos cinco gramos de hierba. Ruz lo esposó y lo subió a la camioneta.

Mientras pasaba todo esto, Texia, Pamela y René lloraban desconsoladamente. No intercambiaron palabra alguna; solo compartieron el gran dolor que significó para su familia esta situación. Por otro lado, los detectives cumplieron con su palabra y no destrozaron la casa en la búsqueda de evidencia.

Se fueron luego de treinta minutos con una centrífuga llena de dinero, cinco gramos de marihuana, el papá traficante y el hijo yonki. Dejaron en aquella casa a dos almas en pena sin comprender nada. Con el tiempo lograron digerir poco a poco la situación.

El evento familiar estaba próximo a empezar. Cuando el reloj marcaba las 17:30, sonó la puerta nuevamente. Eran Cristian Parraguez, Rodrigo y la pequeña Lya.

Cuando estaban en los juegos Dianas, la niña empezó con fiebre y vómitos en el trayecto de regreso a casa. Por su repentina llegada, el ánimo de Texia y de su hija Pamela bajó aún más. Aún no lograban reponerse del remezón que les había provocado saber que se habían llevado a su hijo Cristian y que, aparentemente, René estaba involucrado en una red de tráfico de drogas. El detective le había dicho que era muy probable que fuera acusado de ser el líder de la banda, pudiendo estar quince años en la cárcel.

Pese a todo lo que estaba enfrentando la familia, la única verdaderamente afectada por la situación era Pamela. Texia se encontraba increíblemente calmada. René nunca le dijo nada, pero ella sabía lo de las dos centrífugas con dinero.

Texia no dijo toda la verdad al detective. Un par de noches atrás, en una de sus visiones en sueños, vio una mesa blanca enorme que tenía encima mucho dinero repartido desordenadamente. Había grandes torres de monedas de cien y cincuenta. Las monedas de diez se encontraban repartidas alrededor de toda la mesa. También había un gran plato blanco con pequeños diseños azules con imágenes de unos cerdos rechonchos que crecían. Unos lechoncitos felices saltaban y luego, de adultos, comían. Algunos se veían satisfechos, pero seguían comiendo. Después, los cerdos aparecían bastante gordos y seguían comiendo desenfrenadamente como si nada lograra saciarlos. Luego, mientras comían, se apareaban sin importar el sexo del compañero de copulación. Había algunos que no podían pararse y solo se dedicaban a mirar. En la quinta imagen, se llevaban al matadero a todos los cerdos que no podían pararse y estaban rechonchos. Finalmente, veía que mataban a los cerdos restantes. Luego, el ciclo se repetía.

Repentinamente, en el plato comenzó a caer un polvillo blanco hasta formar una inmensa montaña, una montaña sagrada. De un momento a otro, todo se oscureció; solo se veía desde un plano lejano, en el fondo, dos tarros oxidados. Todo se volvió nebuloso; solo se apreciaba el patio trasero de la casa donde guardaban los cachureos.

Siempre que Texia tenía visiones, se tomaba un tiempo para anotar todo lo que recordaba para después poder encontrarles sentido. Era la primera vez que sentía tanta claridad, así que fue hacia el patio trasero y revisó todos los cachureos que tenían amontonados. Ahí encontró el contenido de las centrífugas y también vio un arma. No supo qué hacer en ese momento, pero un par de días después pasó un carrito que se llevaba la chatarra y ella hizo lo suyo. Le dijo que la esperara un poco. Vació todo el dinero de una de las centrífugas y la mitad del dinero de la otra en un bolso. Le dijo al hombre que sacara todo menos la centrífuga que aún tenía dinero hasta la mitad. El hombre se llevó todo lo demás sin titubeos. El bolso lo enterró en el patio.

CUARTA PARTE

CAMINO HACIA LA LIBERTAD (1994-1995)

Durante aquellos años, como determinación gubernamental en el proceso de reconciliación con la dictadura, se tomó la decisión de que los presos políticos de la Región Metropolitana serían encerrados en la cárcel de la calle Rondizzoni. La organización política de una de las manos armadas de la izquierda, el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, tenía atribuidas varias «operaciones»: el atentado a Jaime Guzmán, la captura de Agustín Edwards, el fallido atentado en el Cajón del Maipo, el secuestro de Carlos Carreño en 1987 y el asalto a la comisaría Los Queñes un año después.

En este contexto, René Tobar fue derivado a la calle 6, que consistía en seis piezas para dieciséis personas que compartían lugar común.

Cuando entró, todos tuvieron muy buena disposición; fueron a brindarle la bienvenida, ofreciéndole un matecito. Para sorpresa de René, algunos rostros le sonaban de la televisión en relación con los atentados de la dictadura. Mientras tomaban mate, René les mencionó que conocía algunos rostros de los compañeros que estaban ahí. Todos se mataron de la risa al escucharlo. Luego le preguntaron qué pensaba de eso. Tobar contestó sin pensarlo dos veces: dijo que para él eran héroes del proletariado. Les mencionó que jamás militó por ningún parti-

do político, pero se reconocía como una persona de izquierda, que la vida le había jugado una mala pasada y había caído ahí por la avaricia.

Luego le hicieron una especie de interrogatorio acerca de su postura política. Discutieron sobre la libertad, la opresión, la dictadura, los detenidos desaparecidos, entre otros temas. René sintió la conversación algo invasiva, pero pensó que se debía a una prueba de fe o confianza: le estaban haciendo analizar situaciones para ver si podían confiar en él. Los nombres de los nuevos compañeros eran Marcelo Osses, Miguel Montecinos, Luis González, Ricardo Palma Salamanca, Mauricio Hernández Norambuena, Pablo Muñoz Hoffman, Patricio Ortiz, Pedro Ortiz, José Martínez, Mauricio Gómez, Luis Moreno y Francisco Díaz.

Se puede decir que Tobar lo pasó bien durante ese primer día. Ricardo se encargó de hacerle un tour por la cárcel, mostrándole los lugares comunes: el comedor, las duchas y una supuesta biblioteca, que desde la inauguración nadie alguna vez había visto abierta. Esto llamó la atención de Tobar, por la falta de preocupación y abandono del conocimiento. También ese día, Palma Salamanca le mostró las diferentes actividades que se realizaban en el penal: jugar a la pelota en el óvalo y los talleres de manufactura para compañeros que tuvieran buen comportamiento. Le indicó cuáles eran los grupos que estaban presentes en las diferentes calles. Además, conversaron durante un largo tiempo sobre el pasado y las hazañas de Salamanca y la dictadura militar.

Tobar, desde un comienzo, supo que cada uno de los hombres con los cuales compartía la calle 6 tramaba algo. No eran casuales esas interrogaciones aleatorias sobre su pensamiento político. Lo confirmó cuando, en su primera noche, se percató

de que la distribución de las piezas era muy desigual: él tenía una pieza solo y todos los demás compartían habitación. Como excusa le dijeron que era para que estuviera cómodo, como una grata recepción de sus nuevos camaradas. Cuando hizo ingreso a su pieza, había seis camarotes vacíos. En el fondo había un enorme lienzo que decía: «TODA OBLIGACIÓN DE UN FRENTISTA ES PROCURAR LA LIBERTAD A TRAVÉS DE LA FUGA». Al otro día, para su sorpresa, el cartel ya no estaba.

Para Tobar, el lugar al que había llegado no representaba un problema. No era un secreto que iba a tener que compartir sin prejuicios con violadores o asesinos a mansalva. Sin embargo, no fue nada de eso lo que encontró, sino gente bastante civilizada y educada, bajo encierro debido a un pensamiento o ideal político. En esa época no se podía ir en contra del dogma político instaurado por el orden cívico-militar. Pensaba que el concepto de detenido político no debería existir y que la dictadura había dejado graves heridas en la sociedad chilena.

Con los días, siguió percibiendo que algo en el actuar de sus compañeros de celda no calzaba. Sentía que algo le ocultaban. Durante la primera semana, solo se dedicó a leer un libro que se encontraba en la pieza, titulado *Manifiesto Comunista*, de Karl Marx y Friedrich Engels. Se demoró tres días en leerlo y le pareció bastante interesante y controversial para la época.

René, pese a considerarse de izquierda, nunca había leído algo de Marx. Le daba lo mismo qué leer; solo quería poder pensar, analizar o imaginar algo que no fuera el haber abandonado a su familia. No podía creer que la avaricia, cuando siempre tuvo una vida de austeridad, lo hubiera invadido de tal manera, al punto de llegar al lugar más bajo de la sociedad. Sin embargo,

estaba rodeado de presos que eran bastante simpáticos y acogedores, a pesar de sus constantes preguntas.

La persona más cercana que tuvo durante esas primeras semanas fue Ricardo Palma. Hablaron bastante del *Manifiesto Comunista* y del fantasma que estaba acechando Europa en aquellos años. Todos los políticos lo temían, debido a que sus intereses con ese fantasma rojo se podían ver comprometidos de una u otra forma. Hablaron del rol del Frente Patriótico como la mano armada del proletariado, y de la lucha de clases contra la burguesía remontada desde la época industrial. También discutieron cómo el proletariado se veía explotado por las condiciones laborales de los burgueses de entonces y cómo probablemente seguiría ocurriendo en el futuro. Pero apuntaban a ser la organización de los proletarios que derrotaría a la burguesía.

Ricardo, de un momento a otro, le comentó a René que cuando le preguntaron sobre el Frente Patriótico y él contestó que eran los héroes del proletariado, su piel se puso de gallina; supo que con él podían tener una conexión importante pese a que no era parte de esa organización.

Cambiado el tema político, René le comentó que le gustaba leer bastante y que le llamaba demasiado la atención esa habitación que siempre estaba cerrada: la biblioteca. No entendía cómo, también, el saber estaba encerrado al igual que ellos, si era lo único que tenían para ser libres: la mente.

Pasaron varios días de esta conversación, cuando Palma le propuso que fueran a hablar a Gendarmería para ver la posibilidad de acceder a los libros, si es que había alguno en el interior de la biblioteca. A René esto le pareció maravilloso, ya que necesitaba una distracción y que los días transcurrieran mucho más rápido. La primera vez que fueron a hablar con Gendarmería se lo tomaron como broma; no creyeron que unos reos quisieran

leer literatura universal. Esa no sería la última vez que intentarían acceder a aquella interesante habitación.

El segundo libro que logró leer en el interior del penal fue uno que le trajo de regalo su amada esposa en la primera visita que realizó a la cárcel. Buscó literatura interesante que le llamara la atención, teniendo en cuenta que a René le encantaba la novela negra o policial, su género favorito. Le gustaba leer a Arthur Conan Doyle y Sherlock Holmes, *Muerte en el Nilo* de Agatha Christie y *Asesinato en el Orient Express*, entre otros títulos.

Su amada supo siempre que, pese a tener un origen humilde y haber estado involucrado en el narcotráfico, Tobar apreciaba de sobremanera el arte chileno. Celebraba, como en la final del mundial de fútbol, los premios Nobel de literatura. Celebró el de Pablo Neruda en 1971. No pudo hacerlo con el de Gabriela Mistral en 1945, porque solo tenía seis años, pero de igual forma sintió orgullo por ambos artistas chilenos. Debido a estas dos pasiones de René, Texia pensó en algún autor chileno que escribiera novelas policiales. Encontró a un autor del fin del mundo, del extremo sur chileno, llamado Ramón Díaz Etérovic. Cuando fue a comprar el libro a San Diego, le dijeron que este autor tenía tres novelas: *La ciudad está triste*, *Solo en la oscuridad* y *Nadie sabe más que los muertos*. No era un autor muy conocido, pero cuando René lo leyó sintió que repercutió profundamente en él. Heredia era un detective que le gustaba mucho. La historia dejaba notar una crítica social al orden imperante en el país, pasando de la dictadura militar chilena a la democracia. En todas las historias, el detective tiene que revelar alguna desaparición o asesinato, hurgando en el tejido más corrupto de la sociedad.

Había encontrado un pasatiempo que lo llenaba, además del amor de su amada. Texia había decidido ir a visitarlo para ver cómo estaba, brindarle apoyo y que no se sintiera solo en esta

situación tan complicada. El libro que le llevó finalmente fue *La ciudad está triste*.

Además del regalo, le entregó una carta de su hija Pamela. Tobar la guardó inmediatamente en su bolsillo y pensó en leerla más tranquilamente en su habitación.

Con Texia hablaron de la casa, del comentario de todos sus vecinos y de cómo estaban sus hijos. También de cómo seguía la relación de Pamela y Cristian. Texia le contó que, luego de todo lo ocurrido, estaban viendo la posibilidad de cambiarse de casa. Sin embargo, aún no estaba nada decidido. La situación económica estaba muy complicada para ellos, a tal nivel que Cristian debía tener dos trabajos.

Una vez acabado el tiempo de la visita, Tobar le dijo a su amada que iba a hacer todo lo posible para salir anticipadamente de ese lugar por buen comportamiento. La vida ahí iba demasiado lenta y él necesitaba más tiempo con ella. Se despidieron con un fuerte abrazo y buenos deseos. Cada uno siguió su camino hasta una próxima visita.

LA CARTA DE PAMELA

Cuando llegó a su pieza, aún seguía afectado por la visita de su esposa; tenía las emociones a flor de piel. No fue capaz de esperar ni un segundo para leer la carta de su amada hija Pamela, que decía:

Padre, no sabes lo difícil que para mí es esta situación. Ver cómo entraron a revisar la casa el día del cumpleaños de mi

hijo. Menos mal que ninguno de ellos estaba presente en ese gran bochorno familiar. Padre, no puedo evitar decirte que siento vergüenza por todo lo que estuviste haciendo; no puedo ocultártelo. No soy capaz de verte a la cara. Sé que mis hijos te aman, pero no puedo tolerar tal traición: que todos en la casa supieran que tú andabas en algo raro con el tío Rolando, excepto yo, que supuestamente soy tu hija regalona. Lo mínimo que esperaba era confianza. Además, jamás pensé que mi papito querido fuera capaz de cometer tal atrocidad, arriesgándonos a todos nosotros. Te quiero contar que con Cristian estamos viendo la posibilidad de cambiarnos de casa a la casa de la mamá de él; queda en Cerrillos. Creo que es lo mejor que podemos hacer. Sé que estás pensando que voy a dejar sola a mi madre, pero para eso está mi hermano menor. Ya soy una mujer adulta y debo pavimentar mi propio camino, tal como lo hiciste tú con tu vida. Te deseo lo mejor. Adiós.

René, apenas terminó la lectura, comenzó a gritar y a llorar desesperadamente, a tal nivel que llamó la atención de sus compañeros de calle. Ricardo y Mauricio Hernández se acercaron para ver si todo estaba en orden, ya que se escuchaban los gritos desde su pieza. La calle en general estaba muy preocupada por él.

Cuando llegaron, René se encontraba en el suelo, revolcándose como un niño desconsolado y golpeando el piso con sus puños. Se acercaron inmediatamente para preguntarle qué era lo que le había pasado y poder consolarlo. Les comentó que su hija había dejado de amarlo por lo que había hecho. Les dijo que nunca más la iba a ver y que, además, se iba a ir de la casa dejando a su madre sola.

Fueron a tomar unos mates a la calle con sus colegas. Lo tranquilizaron poco a poco y lograron desviar su atención.

De esta forma pasaron varios meses sin visitas para René. Pensaba que nunca más volvería a ver a ninguno de ellos, porque estaban muy dolidos. Era completamente entendible, ya que les había ocultado muchas cosas.

Para olvidar todo el dolor y dejar de pensar, leyó cinco veces *La ciudad está triste*. Le fascinaron las pistas con las cuales Heredia pudo, en plena dictadura militar, descubrir el asesinato de la estudiante de medicina Beatriz Rojas, que militaba para la oposición. Heredia se adentraba poco a poco en los misterios de ese asesinato. En el libro se creó una ley que defendía con muerte la corrupción policial y las clínicas de abortos clandestinas. En pocas palabras, era un libro que le encantaba porque le recordaba la historia reciente del país. Muchas personas, no solamente estudiantes, tomaron parte de la oposición, llegando hasta la clandestinidad.

La mayoría de los compañeros que tenía en ese momento estuvieron alrededor de él consolándolo. Pasaron los meses y el vínculo entre los integrantes de la calle 6 se hacía cada vez más fuerte.

Sin embargo, pese a toda esta hospitalidad, había algo que no le calzaba. Muchas de las actitudes de sus compañeros le llamaban profundamente la atención, hasta que un día confirmó sus sospechas.

Después del horario de almuerzo, se encontraba leyendo su libro favorito en el interior de su pieza, y desde afuera escuchaba algunos murmullos de Marcelo Osses a Miguel Montecinos. Decían que los hermanos Ortiz, Pedro y Patricio, no debían dejar absolutamente nada con tierra y debían lavar bien sus ropas para no levantar ninguna sospecha.

Hizo como si no hubiera escuchado nada, pero pensaba a diario en lo que habían dicho. ¿Tierra? En la cárcel no había ni

un ápice de tierra. Le resultaba muy extraño. Gracias a su intuición, relacionó el tema con el lienzo: «TODA OBLIGACIÓN DE UN FRENTISTA ES PROCURAR LA LIBERTAD A TRAVÉS DE LA FUGA».

Esperó que los ruidos terminaran en la calle y prosiguió a buscar a la persona en quien más confiaba: Ricardo, para preguntarle realmente qué era lo que estaba pasando. Sin embargo, no lo pudo encontrar, así que decidió salir a caminar al patio para ver si se lo podía topar o simplemente para pensar en todos los acontecimientos.

Cuando estaba cerca de la cancha, vio que salían de la biblioteca Ricardo y Mauricio. Se dirigió inmediatamente a ellos para increparlos, ya que se suponía que nunca nadie había ingresado a la biblioteca desde la inauguración de la cárcel. Estos se mostraron completamente sorprendidos cuando él los increpó. Ambos levantaron las manos al mismo tiempo, diciendo al unísono: «Nos pillaste, Tobar».

—Te teníamos una sorpresa y llevamos trabajando en ella más de dos meses. Estamos aburridos de verte leyendo y comentándonos *La ciudad está triste*, a estas alturas archiconocida para todos nosotros, de lo grande que es el detective Heredia, bla, bla, bla... Pero aún no la tenemos lista. La primera vez que pudimos entrar estaba todo hecho un desastre. Era una habitación que se utilizaba para guardar elementos de aseo y deporte. —Le dijeron que dentro de unos días todo iba a estar listo.

René no lo podía creer. Sus compañeros le estaban preparando una sorpresa, porque sabían que llevaba una gran pena en su corazón y, además, que estaba próximo su primer cumpleaños en el encierro.

JOSÉ NAVARRO Y NELSON IPINZA

Se encontraban cerca de las fiestas de final de año cuando llegaron dos nuevos internos a la calle 6: José Navarro y Nelson Ipinza. Eran dos profesores de Talagante que trabajaron juntos durante algunos años, pero que con el tiempo se dedicaron a la falsificación de cheques, delito de cuello y corbata, como lo llamaban. Eran dos personas muy cultas.

Navarro era profesor de Matemáticas del Pedagógico, e Ipinza era docente de Historia y Geografía de la Universidad de Chile. Ambos andaban bastante timoratos al comienzo, debido a que, como todos los recién llegados, no conocían absolutamente a nadie. Sin embargo, tal como a Tobar, todos los recibieron con un tono muy amistoso, compartiendo un mate. Ricardo les dio la bienvenida.

Contaron que vivían en Talagante, que ambos eran casados y tenían cada uno dos hijos. Tenían toda una comunidad educativa menospreciándolos por su actuar y una condena de diez años. En medio de la conversación, de un momento a otro, Tobar se despidió de todos y se fue a su pieza, ya que no andaba con mucho ánimo. Los finales de año lo ponían un tanto sentimental, mucho más si su cumpleaños estaba cerca.

Cuando estaba recostado sobre su cama, sintió que unas voces se acercaban a él poco a poco. De repente, apareció Ricardo en su pieza. Traía consigo a los nuevos. Esa sería su pieza de ahora en adelante. Cuando llegaron, interpeló a Tobar, dicién-

dole que ya no iba a ser el regalón y que la soledad lo abandonaría.

Esa primera noche hubo silencio absoluto, hasta que René escuchó una conversación entre los dos amigos sobre la bienvenida que les habían dado. Dijeron que era como una especie de interrogatorio político, sobre marxismo, leninismo y sus ideales revolucionarios. En ese momento, Tobar recordó que él tuvo esa misma sensación cuando llegó. Sintió empatía con los nuevos y, con algo de desconfianza, decidió acercarse a ellos. Les dijo que sentía lo mismo y que todos ellos eran militantes del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Además, comentó que, en su mayoría, los prisioneros eran políticos por determinación del gobierno de Eduardo Frei Ruiz-Tagle. También les dijo que las personas que estaban allí tenían el propósito, al parecer, de terminar con el encierro, pero que no sabía cómo, ni dónde, ni cuándo.

Entrando en confianza, decidió contarles que una vez escuchó a algunos compañeros decir entre ellos que debían limpiarse y no dejar ni un poco de tierra. Le resultaba muy sospechoso, dado que no había ni un ápice de tierra en toda la cárcel. Les contó del lienzo con el que lo recibieron cuando llegó. El conjunto de cosas le hacía pensar que estaban tratando de hacer algo, pero no tenía idea de qué.

Ambos quedaron sorprendidos ante las deducciones de Tobar. Esa noche debatieron sobre la libertad y el amor del revolucionario. Dejar el encierro para vivir en la clandestinidad era una movida muy arriesgada. Sin embargo, ellos no tenían nada que perder. En su gran mayoría, todos tenían más de 30 años de pena por cumplir. Probablemente muchos iban a fallecer dentro de la cárcel. Por eso empatizaron con los frentistas, sobre todo porque perdieron su libertad por luchar por ella. Reconocían

bien que las personas que estaban allí tenían directa relación con asesinatos, secuestros y ataques explosivos; sin embargo, esa organización nació en respuesta a años de violencia organizada y estatal que quitó la democracia de golpe a todos los chilenos. En varias partes de Latinoamérica estaba ocurriendo lo mismo. Los consideraban valientes y comprometidos con sus ideales.

PRIMER CUMPLEAÑOS EN EL ENCIERRO

Para el primer cumpleaños de René, un primero de enero, las sorpresas fueron un golpe de emociones. Ricardo, Mauricio, José y Nelson prepararon la inauguración de la biblioteca de la cárcel. Vinieron autoridades de Santiago para la ocasión. Todo fue perfecto aquel día, salvo que la administración penitenciaria se llevó todos los honores, cuando en realidad la iniciativa había surgido de la población penal. Pese a ello, nada podía opacar el regocijo de René, que ya era muy querido por sus compañeros de la calle 6. A partir de ese día, los reos tendrían un lugar —aunque pequeño— donde dejar volar su imaginación y despejar su mente del encierro tedioso.

Hubo una pequeña ceremonia en el patio que culminó con la entrega de un libro como obsequio a Tobar. Para su sorpresa, era el segundo tomo de la saga de su detective favorito.

Cuando terminó la ceremonia, todos los de la calle 6 se quedaron en la biblioteca y compartieron un mate con torta. La colección inicial contaba con mil ejemplares y sería administrada por Gendarmería. Los internos podían ir en sus momentos

libres y pedir libros con una restricción de catorce días de préstamo.

Ese primero de enero comenzaron los cimientos de lo que en el futuro sería uno de los proyectos más revolucionarios de la educación en Chile.

René revisó cada libro. Había una infinidad de historias, no solo de ficción. Como la colección provenía de un expurgo de bibliotecas escolares de Santiago, había textos de Literatura, Ciencia, Historia y Matemáticas. Aunque estaban apenas ordenados en las estanterías, eso no importaba: con que estuvieran ahí ya era una gran iniciativa.

Cuando todos estaban reunidos, Tobar se acercó a Ricardo con la duda que lo embargaba. Le comentó que sospechaba de lo que podrían estar haciendo y que, en el corto tiempo juntos, ya les había tomado mucho cariño. Le aseguró que jamás los traicionaría, que no sabía cuál era su objetivo, pero que tenía la certeza de que apuntaba a la libertad y la justicia. Tobar se consideraba compañero no solo de encierro, sino también de ideología. Ricardo, sorprendido por sus deducciones, le dijo:

—Compañero mío, fugarse para un combatiente no solo es un derecho, es un deber. Ya lo leíste cuando te recibimos. Confiamos plenamente en usted y esperamos lo mismo de sus compañeros de pieza. El preso, además de sus cadenas, no tiene otra cosa que perder. Desde que llegamos, trabajamos en esta fuga, camarada. Nosotros también te hemos tomado cariño, especialmente Mauricio y yo. Sabes que no somos blancas palomas, pero para obtener justicia en una justicia corrupta hay que ajusticiar, compañero. Nos ofreces tu amistad desinteresada, pero tú decides; si quieres irte, solo debes cumplir con el pacto de silencio.

Ambos se abrazaron con la convicción de que lo lograrían.

LA FUGA DEL FUEGO

El plan consistía en construir un túnel que iniciaba en las piezas traseras de las calles 5 y 6 y terminaba en la calle Centenario. Allí estaría esperando una micro. El Frente Patriótico coordinaba todo desde afuera. Los nombres de los internos que participaban activamente eran:

- Marcelo Andrés Casanova Pérez
- Boris Patricio Bahamondes Saud
- Rodrigo Alberto Donoso Díaz
- Luis Alberto Parraguez Paillao
- Erick Michael Mora Quintana
- Luciano Giovanni Valdés Araneda
- Miguel Jesús Opazo Suárez
- Héctor Marcelo Vega Vega
- Emmanuel Labra González
- José Antonio Barrientos Mansilla
- Alejandro Evert Gálvez Burgos
- Carlos Marcel Vilches Abarca
- Bastián Camilo Arriagada Arriagada
- José Francisco González Bustamante
- Roberto Manuel Pino Yáñez
- Alan Andrés Ñanco Soto
- Julián Andrés Valdebenito Martínez

- Héctor Antonio Muñoz Ibáñez
- Jonathan Alexis Farías Quiñones
- Javier Andrés Cáceres Núñez
- Germán Edinzon Cabrera Tapia
- José Vicente Aravena Lincofil
- Cristián Alejandro Reitter Rebolledo
- Germaín Antonio Troncoso Bascuñán
- Luis Bernardo Rojas Herrera
- Patricio Antonio Contreras Cuevas
- Cristián Rodrigo Badilla Jara
- José Raúl Vidal López
- Alfredo Álvaro Torres Araya
- Francisco Javier Beltrán Molina
- Iván Marcelo Andrade Delgado
- Arturo Alexis Zamorano Barra
- William Andrés Bastias Herrera
- Andrés Antonio Mallea Bretis
- Alexander Antonio Arce Contreras
- Fernando Andrés González González
- Francisco Felipe Valdebenito Torres
- Abraham Abel Espinoza González
- Eugenio Antonio González Araya
- Carlos Alberto Sancy Toro
- Jonathan Alejandro Mena Espinoza
- Marco Antonio Bozzo Véliz
- Sergio Alexis Plaza Lucero
- Sandro Esteban Hernández Pérez
- Leonardo Alexis Muñoz Cortés
- Juan Francisco Zapata Sagredo

- Felipe Gonzalo Maturana Meneses
- Bryan Antonio Martin Olivares
- Jorge Antonio Manríquez Pizarro
- Manuel Alejandro Loyola González
- Guillermo Armando Portugués Miranda
- Juan Pablo Escanilla Leiva
- Ricardo Nicolás López Ramírez

Todos coordinados por quienes organizaban el plan: Marcelo Osses, Miguel Montecinos, Luis González, Ricardo Palma Salamanca, Mauricio Hernández Norambuena, Pablo Muñoz Hoffman, Patricio Ortiz, Pedro Ortiz, José Martínez, Mauricio Gómez, Luis Moreno y Francisco Díaz.

Manténían sus rutinas diarias: jugaban a la pelota, trabajaban en sus talleres durante el día y cavaban durante la noche o en los tiempos muertos. René y sus compañeros vinieron a conocer el túnel en septiembre del 95, cuando ya estaba casi terminado; tenía ventilación e iluminación. Los internos cavaban con cucharas, patas de sillas, palos de sus catres y cualquier otro elemento a la mano. Se dividían el trabajo entre todos. Tenían planificado fugarse el día 30 de diciembre, aprovechando los festejos de fin de año. Y así fue. Cumplieron su palabra. Los frentistas se fugaron ese día y encontraron la libertad que tanto anhelaban.

René, José y Nelson nunca dijeron nada a nadie. Fue un pacto secreto. El derecho de fugarse de un compañero no es solo un derecho, sino un deber.

CAMBIOS (1996-2000)

La fuga causó grandes repercusiones en el penal, y la determinación de Frei por mantener a todos los prisioneros políticos en una sola cárcel fue reevaluada. Los presos fueron derivados a diferentes penales a lo largo de Chile para evitar fugas posteriores.

La organización de la cárcel había variado considerablemente, ya que se logró, de una vez por todas, la construcción del penal de alta seguridad de Santiago, junto con la inauguración del módulo 4. Para entonces, eso significaba estar «a lo gringo» en la cárcel, por las grandes tecnologías con las que contaba. Además, el recinto contaba con un grupo de personas encargadas de servir almuerzo y cena, algo soñado por muchos.

A partir de ese momento, René y sus dos amigos serían trasladados, junto a otro grupo de internos, a este moderno centro penitenciario, conformado por dos edificios: el «A» y el «B». Cada edificio tenía tres pisos. En el primer piso estaban el comedor, los baños —con tres grandes calefones, seis duchas e igual cantidad de W. C.—, la lavandería y una salida al patio. En el segundo y tercer piso se encontraban las celdas.

Cada módulo tenía cuatro camas, a las cuales se les cambiaban los colchones una vez al año, además de una televisión, lavamanos, mesa y un baño. Todo se disponía con separaciones. Los almuerzos eran abundantes y, al igual que todas las comidas, llegaban preparados desde afuera; en el interior solo los calentaban y servían, dejando todo impecable. Los menús

tenían como base carne de pollo, proteína favorita de la administración. Comer solo pollo cansaba a René, quien, pasados los tres años, dejó de comerlo, al igual que muchos internos. Sin embargo, en ocasiones les llevaban cazuela y porotos granados, sobre todo en septiembre. El plato más exclusivo era salmón a la plancha con mantequilla, favorito de René.

El módulo 4 estaba dividido en A, B y C. En la sección A se encontraban todos los violadores, o «violetas» como se les decía dentro de la población; en la B, los que habían cometido delitos blancos: corruptos. Allí quedaron los amigos de René: Ipinza y Navarro. En la C estaban los narcotraficantes, y allí estaba René. Cada sección contaba con seis habitaciones.

Los compañeros de René en el módulo 4 eran menos que en la calle 6. Entre ellos se encontraba Danilo, hijo de Daniel Vilches y la señora Mercedes, del norte del país. Habían llegado a Santiago para emprender con una cadena de restaurantes de comida china, pero Danilo nunca siguió el camino del bien. Su madre siempre le decía: «Plata limpia, conciencia tranquila», pero él jamás escuchó. Viviendo bajo la sombra de su padre, decidió incursionar en negocios turbulentos y, al igual que René, sus socios se descartaron, quedando él como líder de la banda.

El segundo era «Lucho», un cubano aficionado al dinero fácil. Movía todo lo que le pasaran. Lo más sorprendente era que Lucho conocía el amor incluso tras las rejas. Tuvo un flechazo a primera vista con una chascona de apellido raro, Sukni, practicante de Leyes que estuvo durante un par de meses en el penal.

Por último estaba «Perilla»: Manuel Fuentes Cancino, seguramente el delincuente con más prontuario que Tobar había conocido en el encierro. Estaba preso desde 1993. Pasó por toda la ampliación de la expenitenciaría hasta ser reubicado en este módulo, junto con Luis, Daniel y René.

Manuel Fuentes era muy escurridizo para la justicia chilena. Vivió toda su vida en la comuna de San Joaquín, específicamente en la población La Legua. Siempre se supo que fue líder del narcotráfico en la comuna y gran parte de Santiago, desde donde dirigió clandestinamente la distribución de mercancía en locales nocturnos y hacia la población, desde la dictadura militar.

Tras una larga persecución por parte de la policía de investigaciones en 1993, lo descubrieron con un cargamento casi irrisorio: cerca de 1000 kilos de clorhidrato de cocaína destinados a los medios de comunicación. Su poder dentro y fuera del penal era tal que, a los dos años de su detención, ya ejercía como líder dentro de la cárcel. Fue trasladado al módulo 4, donde personas con su prontuario no eran realmente bienvenidas. Allí tenían muchas comodidades: televisores y personal para atender el almuerzo y la cena. Esta situación era muy mal vista por los internos de las calles, ya que para estar allí había que tener al menos un comportamiento intachable dentro de la cárcel.

EL PROYECTO DE TOBAR, NAVARRO E IPINZA

Con el tiempo, los lazos de estos individuos comenzaron a acrecentarse, formando amistad y organizándose incluso con el tema de la comida y los lavados de ropa, entre otras cosas.

Las visitas se mantuvieron siempre los mismos días: martes y jueves, de 9:00 a 11:00 y de 13:00 a 15:00 horas. Sus familias les traían diferentes comidas para enfrentar la mala alimenta-

ción que, según ellas, recibían sus familiares. Sin embargo, no era tal.

René, después de 1998, nunca más comió pollo; regalaba la proteína. La mayoría de los internos tenían familias preocupadas que enviaban muchas provisiones. Poco a poco comenzaron a compartir e intercambiar lo que recibían.

Con el pasar del tiempo, la organización fue mejorando. Daniel era el encargado de los almuerzos. Como su familia tenía restaurantes de comida china, les llevaba todos los ingredientes para que él los preparara. Los demás se encargaban de cubrir el desayuno y la onces, con cosas para el pan, té y café, junto con un hervidor y un pequeño horno. La carne mongoliana, el queso y el jamón jamás faltaron.

A este círculo se unieron los amigos de Tobar: Ipinza y Navarro. La experiencia de ambos profesores influyó, sin lugar a dudas, en el proyecto que estaba a punto de consolidarse. No tenía como eje principal la reivindicación personal, sino ofrecer oportunidades a otros compañeros que quisieran aprovecharlas. Lo que hicieron desde entonces lo lograron a través de la educación y la cultura. Fueron acumulando, durante esos años, días de aprendizaje y compañerismo. Para la organización y puesta en escena del ambicioso proyecto, utilizaron el módulo C.

Lo primero que hicieron fue realizar diligencias con la administración y Gendarmería. Querían generar un espacio donde primara el respeto y el compañerismo, como en sus años anteriores. Su petición era poder gestionar la biblioteca, con la finalidad de no generar repulsión en los internos por la presencia de Gendarmería. Además, como Ipinza y Navarro tenían títulos de docentes, presentaron esto como un argumento clave para que fueran considerados idóneos para el cargo. Con ellos, la biblio-

teca podía funcionar como un centro de apoyo para los internos, no solo de contención, sino como salida a través del saber y la literatura. Tobar, por su experiencia, se encargaba de las estanterías para guiar los intereses de quienes quisieran comenzar a leer.

Para sorpresa de todos, la respuesta fue positiva. Solo pusieron una condición: Gendarmería debía permanecer como punto fijo fuera de la puerta cuando la biblioteca estuviera abierta, para evitar posibles confabulaciones y organizaciones subversivas. Nadie se opuso.

Lo que comenzó como una idea, finalmente se consolidó. Apenas tuvieron la administración de la biblioteca, y debido a la buena recepción por parte de los internos, sus horizontes comenzaron a ampliarse. Con el tiempo, no solo fue una biblioteca, sino la primera Escuela Penitenciaria de Chile.

Las gestiones se concretaron a mitad del año 1997. Se organizaron tutorías de lectura con el profesor René Tobar, cálculo con el profesor José Navarro e historia de Chile y educación cívica con el profesor Nelson Ipinza.

Al principio, cada clase tenía dos o tres estudiantes. Había mucha vergüenza por el «qué dirán», demostrar ignorancia en un lugar donde primaba la ley del más fuerte. Sin embargo, poco a poco esto dejó de ser un condicionante para que la escuela creciera en matrículas. Las clases tenían horarios y los estudiantes los conocían. Con el tiempo, comenzó a correr la voz sobre la escuela dentro del encierro, y los estudiantes fueron llenando la sala de clases uno a uno. Allí descubrían que no existía el prejuicio: si estabas, merecías el respeto de profesores y compañeros.

René, en sus clases, llegó a tener hasta treinta estudiantes. La sala se hacía cada vez más pequeña, pero eso lo hacía feliz,

porque los prejuicios sobre educarse en un entorno carcelario comenzaban a quedar atrás.

En las clases de lectura, la principal falencia a trabajar era el analfabetismo de muchos compañeros. En los primeros cuatro años, René enseñó a leer a más de cincuenta internos. Lo importante era que la educación no era asimétrica, como en el sistema educativo de afuera, donde estas personas habían fallado. Allí era distinto: docentes y estudiantes no tenían diferencia de edad, no había adultos haciendo obedecer a niños. Se iba a aprender por cuenta propia. Por eso, el enfoque de los profesores era distinto; en esa sala todos eran iguales y se trataban con empatía y aprecio, deseando lo mejor para el otro. Este contexto educativo cayó muy bien en la población penal, y los docentes poco a poco se ganaron el respeto de sus estudiantes. La administración y Gendarmería también los valoró.

Fue un camino paulatino de aprendizaje constante, pero muy gratificante. Lo más importante era que los participantes aceptaran que: no importa dónde te eduques; el aprendizaje está en todos lados. Solo se necesita querer aprender y reconocer que siempre hay más por aprender.

Estas fueron las bases de esa pequeña pero honesta escuela. Allí existía verdadera vocación: dentro de la cárcel, el trabajo era totalmente gratuito, por amor al arte. Sus organizadores sabían que esta instancia era por y para los internos.

No podían percibir un sueldo como docentes, debido al encierro, pero eso nunca les importó. Sentían que era lo que debían hacer. Se habían equivocado antes; ahora era tiempo de corregir errores, crecer personalmente y avanzar en la organización de masas con las herramientas disponibles.

René se destacaba como docente por su labor activa frente al analfabetismo. Los elevados índices de analfabetismo en la

cárcel no importaban al Estado chileno; si jamás les importó la brecha de la pobreza, mucho menos la reinserción social de los internos. Sin embargo, gracias a estos tres docentes ejemplares, se empezaron a considerar datos que podrían cambiar la vida de los reos.

Los internos se dieron cuenta poco a poco de que el simple hecho de poder escribir y leer bien modificaba su visión del mundo. Se relacionaban mejor entre pares y, dentro de lo posible, la violencia se redujo.

En cálculo, José Navarro resultaba fundamental para los jóvenes y adultos que participaban de sus clases, ya que comprender operaciones básicas y resolver problemas matemáticos les permitía trasladar este conocimiento a la vida diaria, como dar vueltos o resolver problemas cotidianos. Navarro se caracterizaba por ser cercano y respetuoso con sus alumnos, enseñando de manera didáctica y conociendo sus problemas y los de sus familias. Les hablaba de los que estaban afuera, motivándolos a pensar en salir y superarse.

Ipinza, docente de historia de Chile y educación cívica, trabajaba los derechos y deberes en contexto de encierro y libertad. Usaba ejemplos cotidianos para provocar catarsis y reflexión, mostrando que se podían revertir errores y obtener una buena reinserción social.

La historia de Chile la enfocaba en los vencidos, no en los vencedores. Fomentaba el cuestionamiento crítico para generar opiniones y observar el comportamiento de los predecesores, evitando repetir errores.

Si algo tenían claro estos docentes era que la educación era un derecho fundamental, no solo en libertad, sino también en encierro. Ofrecer oportunidades educativas a adultos, para que

luego fueran puestos en libertad, aumentaba sus posibilidades de reintegración. Para ellos, las cárceles eran un exponente visible de los fracasos de la libertad y, paradójicamente, también una forma de resolverlos. La educación era un derecho también para los reclusos.

DULCE Y AGRAZ

Fueron estos principios los que hicieron llegar —en primera instancia a la administración del penal y luego a don Guillermo Altamirano Díaz— algunas inquietudes, que siempre fueron bien recibidas por él.

El director tenía 58 años y estaba casado con doña Elizabeth; tenían tres hijos adultos: Claudia, María y Guillermo. Su familia, bien acomodada, vivía en San José de Maipo. Tenían un par de hectáreas trabajadas por algunos inquilinos. Aunque ahora vivían cómodamente, su vida no siempre fue fácil. Don Guillermo tuvo que luchar hasta el último aliento para tener lo suyo; eran pintaninos de corazón. Fue un hombre de mucha cultura desde su infancia: sus padres eran docentes normalistas, lo que hizo que le tomara mucho cariño a esa profesión. Sus padres eran muy dedicados a sus estudiantes.

Todos los días los vio revisando evaluaciones y creando material para sus queridos niños. Cuando murieron en un confuso accidente, tuvo su primer gran golpe emocional con tan solo 16 años.

Desde ahí en adelante, tuvo que avanzar solo, con ayuda de algunas hermanas de sus padres. Se educó en criminología y

trabajó en la Policía de Investigaciones durante un par de años, para luego postular al cargo de director de la Cárcel de Alta Seguridad de Santiago.

Mucho antes de sus estudios, conoció a la que ahora es su mujer. Fue amor a primera vista. Ella se dedicaba a la manufactura de vestidos de novia. Era costurera y diseñadora —una de las mejores de Santiago— y trabajó en varias fábricas de vestuario hasta que pulió su técnica e inició su propio negocio.

Cuando los niños eran pequeños, tuvieron un golpe de suerte que les cambió la vida: Elizabeth recibió una herencia de dinero por una tía abuela de Frutillar. No lo podían creer; la resiliencia tuvo sus frutos.

La docencia estuvo relacionada con él desde muy joven. Las ideas de esos tres reos eran visionarias para la época, por lo que siempre tenía buena disposición para cualquiera de los docentes.

Sin embargo, donde hay un buen líder, siempre se encuentra alguien malintencionado que se encarga de opacar su trabajo. Uno de sus capitanes buscaba llevarse el mayor crédito del trabajo del director —lamentablemente, para los internos y Altamirano— mediante prácticas cuestionables. Era conocido en todo el penal como «el Alma Negra» y entre sus colegas como capitán Cavieres. Todos sabían cómo era su *modus operandi*. Cuando le tocaba turno, los traficantes temblaban, o mejor dicho, sus billeteras temblaban. Debían entregarle una cuota a este mequetrefe. Alma Negra tenía contacto solo con un reo al que le llevaba la plata y amenazaba: el famoso Perilla.

Era 1998 y para Tobar no fue un año bueno; más bien dulce y amargo. Fue el año más triste desde que estaba en el encierro. Su alma no estaba tranquila, con solo visitas de su amada

y nula comunicación con ambos hijos. Evidentemente, había un vacío en su interior. Los extrañaba demasiado. Para él, la distancia tomada por Pamela era comprensible, ya que sintió traicionada su confianza. Además, su comportamiento era contradictorio frente a su familia: llevaba una doble vida como padre de familia y narcotraficante. Por otro lado, estaba la situación con su hijo Cristian, que había sido detenido junto a él. Sin embargo, Cristian fue liberado el mismo día, al determinar que la marihuana que tenía era solo para su consumo y no tenía relación con la red de Tobar.

Con Cristian siempre fue más difícil. Nunca lo entendió: ni su forma de vivir ni su orientación sexual. Siempre fueron incompatibles. Esta era la situación que más le dolía, la que le dio vueltas día tras día, hasta el 2 de agosto, cuando recibió una carta de Texia que decía:

Amado mío:

Hoy el dolor inunda mi ser, el sufrimiento rasga mis entrañas. La vida jamás volverá a ser la misma. La verdad es que hasta ahora no entiendo nada, estoy en shock, no puedo creer lo que mis ojos vieron ese día. El 31 de julio resuena en mi interior una y mil veces, destruyendo mi corazón. Busco y busco la culpa de mi querubín, y ahora esto, pero ahora es mucho más, porque el despojo no fue parte del destino, sino autoorquestado.

No lo puedo creer, René, amado mío. Aún no lo puedo creer y te pido mil disculpas, porque no estoy en condiciones de verte, ni de ver a nadie. Creo que somos culpables de esto y, lamentablemente, tú más que yo.

Era mi regalón, René. Era mi todo desde chiquitito, desde que lo tuve en mi vientre. ¿Y para ti? Nada. Desprecio, invalidación y nula comprensión. Y es poco para todo el daño que le

hiciste: todos los silencios, la indiferencia. La verdad es que le hiciste mucho daño, René. Nunca pensé que iba a pasar esto, pero pasó y no queda nada, nada, pura soledad en la casa, un vacío y sufrimiento de culpa en mi interior, no por no hacer nada con mi hijo, sino por no haber hecho algo contigo y tu forma de tratarlo. Eso es lo que me hace sentir culpable.

Lamentablemente, yo lo vi. Yo lo encontré en su pieza. ¿Cómo crees que lo hizo? Solo yo lo vi y esa imagen jamás se borrará de mi mente. Lo encontré colgado en su pieza con la música a todo volumen, ese cassette de Silvio que le encantaba: «Al final de este viaje». Su alma desapareció y su presencia terrenal también. Perdón, René, por ser tan sincera, pero el dolor que tengo no me deja filtrar nada. Solo quiero que sepas que ambos debemos cargar con nuestros dolores hasta sanarlos. Te amo y nada va a cambiar eso, pero el dolor en este momento supera el amor que te tengo...

Textia Pizarro

El dolor que acababa de sentir Tobar con cada palabra jamás lo abandonaría; estaría con él hasta el final. Cuando terminó de leer la carta, el mundo se le vino abajo. Se sentía completamente culpable de la muerte de su hijo, casi como si él lo hubiera inducido.

Desde que había entrado a la cárcel, se había comprometido consigo mismo a cambiar la relación de desprecio que tenía con su hijo, pero ya nada de eso sería posible. Solo quedaba la culpa y una soledad inconmensurable.

A partir de entonces, su vida y proyectos siempre giraron en torno a la reivindicación de su ser. Se enfocó en ello motivado por una culpabilidad tremenda. Lloró durante meses, no comió

en una semana, hasta que la gendarmería lo sacó obligadamente del módulo 4 porque no quería salir de la pieza. Le sirvió mucho la contención de sus compañeros.

Pasaron un par de meses y Texia volvió a visitarlo. Cuando esto sucedió, le volvió el alma al cuerpo, ya que las verdades que le dijo su amada le dolieron bastante y necesitaba confirmar que ella aún lo seguía amando. La reunión fue de contención, reafirmación de amores y compromisos de pareja. Al despedirse, se abrazaron y besaron largamente. Tobar estaba listo para seguir.

En octubre de ese año, tuvieron una reunión para dejar atrás el tema de la «escuelita» y comenzar a fomentar las bases para presentar un proyecto formal, inicialmente dirigido al municipio de Santiago y al gobierno de turno. Para avanzar lo antes posible, pedían que el proyecto educativo en la cárcel fuera una extensión de la educación para adultos, dada la alta tasa de analfabetismo.

Nelson Ipinza se ofreció para redactar el proyecto. Para darle formalidad, el señor Altamirano le ofreció su computador. Acordaron realizar un borrador en un cuaderno para después transcribirlo y enviarlo formalmente.

Los tres docentes suspendieron las clases durante dos semanas, explicando a sus compañeros que era por un bien mayor. Durante este tiempo avanzaron metodológicamente en cada punto del proyecto.

Obtuvieron una respuesta positiva y esperanzadora del señor Altamirano y algunos gendarmes. Con ello lograrían expandirse, formalizar y concretar este proyecto que estaba en sus inicios.

René, no siendo docente pero sintiendo gran vocación, junto con dos profesores —corruptos y estafadores, pero que veían la pedagogía como una herramienta transformadora— se estaban convirtiendo en pioneros en contextos de encierro.

En este contexto, René siempre traía a colación el caso de Jorge del Carmen Valenzuela Torres, un campesino chileno con muy poca educación, que en 1960 cometió un asesinato masivo en Coihueco. La noche del 16 de julio, se quedó a dormir en casa de Rosa Elena Rivas Acuña y sus seis hijos: Olivia de la Cruz, 17 años; Alicia, 10; Jovina, 8; Judith, 6; Rosina, 4; y Armando, 6 meses. Valenzuela era conocido por su alcoholismo y violencia. Por un arrebato, tras una discusión, mató a la señora Rivas y a todos sus hijos.

Al ser capturado, inicialmente recibió una condena de 33 años y 19 días, pero más tarde fue agravada a pena de muerte, que se cumplió luego de 32 meses en prisión.

Lo que a Tobar más le llamaba la atención de este caso era la controversia que generó en la sociedad chilena la rehabilitación del conocido «Chacal de Nahueltoro». Durante su encierro, lo enseñaron a leer y escribir, y lo acercaron a la religión católica para que conociera el arrepentimiento.

Lo que más perturbaba a René era que la educación logró una evolución en Valenzuela, pero todo fue en vano porque su condena no cambió; la pena de muerte se efectuó igualmente.

De una u otra forma, Tobar y sus colegas veían en la educación en contexto de encierro la posibilidad de redimir y reinserir a quienes lo necesitaran.

El proyecto apuntaba de manera ambiciosa y exigía redes de apoyo por parte del municipio de Santiago. Se proyectaba una escuela de adultos con talleres en la prisión. La malla curricular constaba de Religión, Matemáticas, Lenguaje, Historia y Geografía, Biología, Física y Química. El proyecto carecía de cuerpo docente, además de director o coordinador académico.

Guillermo estaba gratamente sorprendido por la presentación de este sólido proyecto, pero opinaba que quizá era muy ambicioso, considerando que Ipinza y Navarro, cumpliendo

condena, no podrían dar clases fuera del encierro; era imposible trabajar para un municipio. Por otro lado, René Tobar no tenía título de docente, por lo que no podía ser profesor de lenguaje fuera del encierro.

Sin embargo, veía posibilidad por ser una idea innovadora y pionera. Les ofreció proponerse como director y coordinador académico, para llevarlo a cabo desde lo administrativo. No había nadie que conociera mejor cómo debía funcionar. Lo ejecutarían eficientemente porque lo hacían de corazón, por sus compañeros.

Fueron largos desvelos para consolidar el gran proyecto. Golpearon muchas puertas. El que la sigue, la consigue, dicen por ahí. Sin el apoyo de Altamirano nada de esto habría sido posible. Este golpeó una y mil puertas hasta que alguien aceptó. Fue en septiembre de 1999 cuando una asistente social, Mariana López, que trabajaba con René desde hacía dos meses, logró contactar al ministro de Educación. Mariana, viendo el comportamiento de Tobar y su activismo cultural, gestionó reducción de condena y algunos permisos que poco a poco comenzaron a llegar.

MATERIALIZANDO IDEAS

Cuando el ministro de la República de Eduardo Frei Ruiz-Tagle, Sergio Molina, fue a visitar y conocer la Cárcel de Alta Seguridad de Santiago y a reunirse con Guillermo Altamirano y los propulsores del proyecto —Navarro, Ipinza y Tobar— quedó gratamente sorprendido por la alta seguridad y el manejo del proyecto, junto con la expresión de los tres profe-

sores. Le encantó la propuesta por ser rupturista. Cuando conversaron, Molina comentó que intentarían aprobar el proyecto, teniendo en consideración que el gobierno de Ruiz-Tagle llegaba a su fin en marzo del año 2000, sumándose además la urgencia de la extradición del tirano Augusto Pinochet desde Inglaterra. Estos acontecimientos serían la guinda de la torta.

Fue en diciembre del año 1999, justo antes del cambio de milenio, cuando la administración de la cárcel recibió un escrito por parte del Ministerio de Educación que aseguraba la aprobación del proyecto. No solo eso: brindaban apoyo y capacitación para las personas que estaban levantando el proyecto. Debido a esta situación y a la premura de que iniciara el proyecto, los invitaban a redactar el proyecto educativo e iniciar la captación de diferentes docentes. La Escuela de la Cárcel de Alta Seguridad de Santiago se inauguró con la asistencia del ministro de Educación y el alcalde de Santiago, Jaime Ravinet de la Fuente, el 1 de marzo del año 2000.

NUEVAS OPORTUNIDADES

Fue a partir del año 2000 que el trabajo con Mariana —asistente social que comenzó a trabajar con él desde que se inició el proyecto educativo— comenzó a dar frutos: la condena de René fue reducida cinco años y, a partir del primero de marzo de ese año, durante los fines de semana, lo comenzaron a dejar salir desde las 7 a. m. hasta las 9 p. m. Posteriormente, le permitieron tener salidas por todo el fin de semana.

Era época de visitas y, desde hacía unas semanas, Texia no iba a ver a René ni había enviado cartas. Esta vez llegó con la pe-

queña Lya y Rodrigo. Cuando René los vio, sus ojos se llenaron de lágrimas; muchas emociones lo inundaron. Al verlos, se acercó inmediatamente para abrazarlos efusivamente. Era la primera visita que René tenía de sus nietos desde que ingresó al encierro. La visita tenía una clara intención por parte de Texia: contarle que Pamela y Cristian, junto con sus hijos, se habían mudado de Santiago Centro a la periferia, a la comuna de Talagante.

Cuando René supo la noticia, una gran alegría invadió su corazón. Si le estaban dando esa noticia, significaba que se abría una puerta para reconciliarse con su hija. Supo que, cuando tuviera autorización de salir, debía ir a verla. No quería que le sucediera nuevamente lo ocurrido con Cristian, su otro hijo. Se despidieron con un fuerte abrazo y René le dijo a sus nietos que le contarán a su madre que próximamente los visitaría.

Lamentablemente, si bien ese año fue la consolidación de un proyecto por el cual René luchó durante años, no fue del todo bueno: durante las clases sufrió un fuerte dolor estomacal, muy anormal. Nunca había sentido ese tipo de molestias. Fue tal el dolor que lo hizo quedarse tirado en el suelo, pidiendo a sus estudiantes que fueran rápidamente a avisar a enfermería.

En la enfermería lo atendieron, pero se dieron cuenta de que era algo que no podían tratar al interior de las instalaciones, por lo que lo derivaron inmediatamente a la Posta Central para ser atendido por especialistas con los instrumentos necesarios. Podía necesitar una operación o intervención mayor. Apenas ingresó al hospital, se encontró con su señora que trabajaba de enfermera en Urgencias.

René lo único que le dijo antes de desmayarse por el dolor fue que lo salvara. El diagnóstico final fue pancreatitis y posterior operación. Su recuperación duró un mes; luego lo derivaron a la enfermería de la cárcel, donde pasó otro mes en reposo.

Todos los días que estuvo en el hospital, Texia no se despegó ni un centímetro de él. Conversaron mucho sobre sus hijos. René le dijo que nunca era tarde para cambiar; sin errores no hay aprendizaje, tenía que reivindicarse con Pamela. Cada vez quedaba menos para salir, y lo bueno era que no estaba perdiendo el tiempo en el encierro.

RECUPERANDO EL TIEMPO PERDIDO

Fue en una de las salidas obtenidas por la asistente social en 2001 cuando se atrevió a visitar a su hija Pamela, quien vivía con Cristian Parraguez y sus nietos en Talagante, a las afueras de Santiago. Sentía remordimientos y le faltaba el perdón de su hija.

Desde que salió de la expenitenciaría iba muy nervioso. Su señora, en una de sus visitas, le dio la dirección y las indicaciones de cómo llegar a la casa. Le preguntó si quería que ella lo acompañara; él se negó rotundamente. Sentía que debía enfrentar solo lo que lo había atormentado durante años.

Cuando llegó al terminal San Borja, en la Estación Central, se dirigió a comprar unos regalitos para sus nietos y algunas cosas para comer durante su estadía. Nunca le gustó llegar a un lugar con las manos vacías.

El viaje en la micro Talagante-El Monte duraba cincuenta minutos. Se le hicieron eternos. Sentía cierta inseguridad respecto a la respuesta de su hija; sin embargo, consideraba que tenía razón: le había ocultado algo que merecía saber. Pensó en

ello durante todo el viaje hasta que llegó al semáforo cerca de La Montina.

Se bajó con muchos bultos y se predispuso a caminar hacia la casa de su hija. Cuando llegó, gritó fuerte desde afuera: «¡Pamela!», pero nadie respondió. Dentro, su hija se quedó pasmada al reconocer la voz de su padre.

—¡Pamela!

En el segundo intento, la dueña de casa abrió la puerta. Vio a un flaco y notoriamente envejecido padre, con camisa y pantalón de tela blanco, cinturón, zapatos negros y gafas oscuras, lleno de bolsas en las manos. Traía también consigo la esperanza de la redención. Todos tienen derecho a redimirse con sus seres queridos. René ya había perdido a Cristian y no estaba dispuesto a perder a su hija amada.

Cuando Pamela lo vio, su rostro se entumeció. Casi no recordaba la sensación de enojo hacia su padre, aunque comprendía el motivo. Tenerlo tan cerca estremecía su ser. Lo saludó, diciéndole que esperaba su visita, y abrió el portón para ayudarlo con el montón de bolsas que traía. Entraron y se sentaron en el living. Tuvieron una larga charla. René le contaba lo arrepentido que estaba por haber perdido su libertad, pero que había puesto gran ahínco en revertir la situación. Le comentó que conoció a los 65 que se fugaron de la cárcel y que compartieron la misma calle. Lo más importante que le había sucedido durante sus años de encierro fue que le redujeran la condena a diez años y le dieran el beneficio de poder salir durante los fines de semana durante el día. Aunque tenía que volver antes de las 9 p. m., esperaba poder compartir durante el día con todos, porque los extrañaba mucho. Le contó que dentro de la «Escuela Penitenciaria» era vicerrector e impartía el taller de lectoescritura para quienes no sabían leer ni escribir.

Pamela reaccionó de forma muy efusiva. Abrazó a su padre sin emitir palabra, demostrando su orgullo. Ambos lloraron, hasta que fueron interrumpidos por el llanto de la pequeña Daniela en el segundo piso.

Apenas subieron, al lado del baño, estaba la pieza de la pequeña, que tenía apenas un año y no conocía a su abuelo. Andrea tampoco lo conocía, pero él sí sabía de su existencia. Esa era una de las razones por las que tenía que hablar con su hija.

La realidad para Tobar desde la pérdida de su hijo menor era que no estaba dispuesto a perder a nadie más. Necesitaba tenerlos a todos cerca. Apenas vio a Daniela, la tomó en brazos para tranquilizarla. Mientras su madre le presentaba al abuelo, se sentaron en la cama de la pequeña y reflexionaron sobre el tiempo transcurrido.

René le mencionó que le gustaba cómo era su casa. Conversaron sobre Cristian, su hermano, y cómo lo habían afrontado, sobre la culpa que cargaba. Fue una conversación muy emotiva: ambos aún tenían heridas abiertas en relación a Cristian.

En medio de la conversación, oyeron gritar a Lya, que ya tenía 10 años. La niña, eufórica, pasó por encima de Andrea, que dormía profundamente. Lya corrió hacia la pieza desde donde había escuchado la voz de su abuelo. Recordaba cada facción; aunque era niña, tenía buena memoria. Cuando vio a su abuelo, comenzó a gritar: «¡Sabía! ¡Sabía! ¡Sabía!». Le dijo a René que se alegraba de que estuviera bien, con buena salud, y que lo había extrañado mucho. Lo tomó de la mano y lo llevó a conocer su pieza y a su otra hermana.

Apenas entraron, Lya, llena de emoción, corrió nuevamente a la cama para mover a Andrea y que conociera a su abuelo, pero la niña ya no quería despertar a su hermana. Le mostró

su mueble lleno de piedras y libros de diferentes tipos. Había heredado la pasión por los libros de su abuelo. Era muy curiosa.

Le preguntó a su abuelo dónde se había metido. René no dudó en decirle que estaba preso y que enseñaba a leer y escribir a sus compañeros. Lya no podía entender cómo personas adultas no sabían leer, si para ella era tan fácil.

La conversación fue interrumpida por Pamela, quien los invitó a tomar desayuno. René había traído muchas cosas ricas y regalos. Cuando bajaron, la mesa estaba preparada: jamón, queso, palta y dulces de la panadería San Camilo, especialmente sus galletas características.

Estaban todos dispuestos a compartir, pero faltaba alguien: Rodrigo, su señorito querido, de 17 años, cursando tercero medio en el liceo 120 de Talagante, especialidad Técnico en Electricidad. No era brillante, pero mostraba potencial en lo práctico. Desde que Cristian le regaló su primera patineta continuó entrenándose con amigos en un skate park improvisado en la calle Talacanta. Le encantaba la cocina y pensaba estudiar algo relacionado.

Ese día, Rodrigo dormía en su pieza trasera. René dijo que no podía comenzar a comer sin él. Pamela le explicó que la noche anterior se había acostado tarde, pero eso no importó a René; fue a verlo y logró despertarlo. Apenas lo vio, Rodrigo se regocijó de alegría, se levantó y fue a desayunar con su abuelo.

Todos comieron felices. René les contó dónde había estado todos esos años, ya que su madre no les mintió, pero omitió detalles. Cuando se fueron de la casa de sus padres, Pamela estaba dolida por el mismo motivo que estaba resentida con René.

El tiempo cura las heridas. Pamela comprendió ese día la falta que le hacía y le había hecho su padre. Durante el desayu-

no compartieron anécdotas. René les habló de sus dos mejores amigos en el encierro y de cómo José y Nelson lo impulsaron a no rendirse, enfocándose en la Escuela Penitenciaria. Cambió su forma de ver el mundo y quería hacer lo mismo con su familia. Le faltaba poco para salir y tenía el beneficio de los fines de semana. Les pidió que observaran sus errores para no equivocarse como él. Dijo que la resiliencia se hizo parte de su ser con la muerte de su hijo menor y que nunca era tarde para cambiar.

Compartieron un día maravilloso. Fueron a los pies del cerro a pasar la tarde, en los humedales del río Mapocho. Hicieron un picnic para que el abuelo pudiera disfrutar del aire y la naturaleza. El día se pasó volando hasta que tuvo que retornar a lo suyo.

Fueron varias las visitas que René realizó antes de salir en libertad; sin embargo, esta fue una de las más recordadas por lo sorpresivo del encuentro.

EL MOTÍN

El año 2002 fue bastante convulsivo dentro de la Cárcel de Alta Seguridad de Santiago, ya que mientras René y sus compañeros se encontraban educando y gestionando la escuela, existían varios conflictos en el interior, sobre todo rencillas entre las calles. El mayor conflicto se generaba por las diferencias de privilegios entre los del módulo 4 y el resto de los internos.

Muchos no entendían por qué los «violines» tenían atenciones especiales y protección. Esta situación alteraba de una u

otra forma los ánimos dentro de la cárcel. Con el pasar de los años, la población penal había aumentado considerablemente, rondando los 1340 prisioneros. Esto provocaba hacinamiento en varias calles.

Uno de los conflictos comenzó cuando Alex Valdés, de la calle 5, asesinó a sangre fría a Pablo en el óvalo. Por este crimen, su condena pasó de diez años a diecisiete, junto con un mes de encierro solitario, para que reflexionara.

Muchos pensaban que los problemas eran por drogas dentro de la cárcel o disputas por quién la «llevaba» en el interior. En ambas calles había reos homicidas y violadores. El motivo principal del malestar entre estas bandas era el hacinamiento. Las condiciones eran realmente paupérrimas, lo que generaba cada vez más cólera en los presos.

En el óvalo había construidas unas especies de ranchas donde vivían los presos que ya no cabían en las calles. En el caso de Tobar, tenía el privilegio de estar en el módulo 4, junto a Daniel, José y el Perilla, con habitación individual.

El problema de Alex era que Pablo tenía diez amigos íntimos dentro de la calle 5, todos con ganas de vengar la muerte de su compañero. Lo que no sabían es que Alex tampoco estaba solo. Con todo, incluidas las paupérrimas condiciones, se podía presagiar un final trágico. Hubo una tensa calma hasta la salida del encierro de Alex. Apenas salió, a plena luz del día, fue atacado por los hermanos de Pablo. Fue una pelea sangrienta. El clímax del conflicto se alcanzó cuando intervinieron los gendarmes que estaban mediando la situación, evitando lo que a viva voz resonaba en los pasillos de la cárcel.

La rebelión comenzó en la calle 5. Tres hordas organizadas abordaron a los tres gendarmes como rehenes, despojándolos de sus armas y elementos de seguridad.

Altamirano determinó clausurar la calle debido al peligro que podía correr la población penal con la obtención de las armas. Se cerró hasta nuevo aviso. Sin embargo, no hubo peor decisión que esa. Estuvieron tres días cerrados. Para Altamirano se hicieron eternos. Durante ese periodo se desencadenó la tragedia.

La Cárcel de Alta Seguridad de Santiago poseía dentro de su perímetro seis torres de vigilancia, donde durante el día y la noche los gendarmes vigilaban los patios. Estaban armados con fusiles de largo alcance, por si era necesario disparar por advertencia o, en el peor de los casos, a quemarropa.

Durante aquella trifulca en la calle 5, los centinelas no pudieron hacer mucho. La calle se encontraba clausurada con todos los prisioneros dentro. Todos debían estar alerta; sin embargo, poco podían hacer ante la catástrofe.

La cultura penitenciaria se aprende mediante la práctica, y, tal como los presos, lo hacen los gendarmes. Algunos tienen la posibilidad de redimirse, como lo hacían aquellos tres docentes que levantaron el proyecto educativo carcelario, pero otros no, como les sucedió a los tres gendarmes capturados.

Fernando Orrego era moreno y alto, de sonrisa fácil y conversador. Tenía 25 años y venía de la región de la Araucanía. Vivía con su hija de dos años y su pareja, Laura Añasco, de la misma edad.

Marcos Fernández tenía 35 años y llevaba más de ocho en Gendarmería. No tenía familia y estudiaba criminalística para ascender en su carrera. Desde pequeño perteneció a la comuna de Pedro Aguirre Cerda y siempre le atrajeron las fuerzas armadas.

El último gendarme se llamaba Óscar Castro, de la comuna de Til-Til. Trabajaba hace cinco años en Gendarmería

y siempre se caracterizó por el buen trato hacia los prisioneros. Nunca se aprovechó de sus facultades; dignificaba la prisión.

Víctor Cereceda era uno de los líderes del motín y captura de los tres gendarmes. Tenía en el pecho la palabra «PIRIHUA». Era un hombre muy violento. Ordenó dejar a los tres hombres en la pieza del fondo. Mientras fueron desarmados y maniataados, él se quedó con un arma. Los otros reos se repartieron ropas y armas.

Cuando les quitaron las ropas, Cereceda les ordenó tirarlas al patio central. Esto llegó a los oídos de Altamirano, quien se preparó para atacar y recuperar a sus hombres. No tuvieron contacto con Gendarmería hasta el segundo día, cuando Cereceda liberó a Óscar Castro para que entregara información y poder negociar. Óscar mencionó que los ánimos estaban muy alterados por el hacinamiento y que exigían que se abriera la celda o se atuvieran a las consecuencias.

En este momento, Altamirano preparó su ofensiva. Un grupo destinado a operaciones policiales especiales pretendía ingresar donde se encontraban los revoltosos. Prepararon el ingreso para el tercer día a las 10 a. m. No obstante, esto no sucedió. A las 7 a. m., con una bomba casera, lograron abrir una pared que daba al patio central.

Los centinelas estaban en el cambio de turno. Era una jugada estratégica para enfrentar a la calle 3 con los que tenían asuntos pendientes.

Cuando se abrieron paso al pasillo central, liberaron a los otros dos gendarmes, sin uniformes ni armas. La gran mayoría se dirigió hacia la calle 3. Algunos permanecieron en su calle.

Cereceda recordó el malestar de él y de sus compañeros y —en un arrebato de ira, frente a todos— disparó contra Orre-

go y Fernández. Como no llevaban uniformes, no los pudieron identificar.

Cuando estaban afuera de la calle 3, con acelerante y bombas molotov, provocaron un incendio. Gendarmería respondió y se produjo un intercambio de disparos. Incendiaron algunas oficinas de Gendarmería. El saldo fue de 150 prisioneros muertos, más los gendarmes Fernando Orrego y Marcos Fernández.

EL ÚLTIMO AÑO

En su último año, René se apegó a lo que más amaba: la educación, junto con la gestión educativa y sus clases de lectoescritura. Nada de esto habría sido posible sin su equipo de trabajo. La idea planteada por Ipinza, Navarro y Tobar fue liderada por ellos hasta que obtuvieron su libertad.

La escuela estaba compuesta por los tres directivos. El área de Unidad Técnico-Pedagógica estaba a cargo de Rosita González, y el área de Inspectoría General, de Juan Carlos Guajardo.

La escuela tenía tres niveles de enseñanza básica. El primer nivel estaba a cargo de Víctor Valenzuela y René Tobar. El segundo nivel, de la profesora Dafne Torres, y el tercer nivel, del profesor Juan Flores.

La enseñanza media tenía dos niveles, como un dos por uno. El cuerpo docente estaba compuesto por Francisca González, profesora de Lenguaje; Ninoska Muriel Madrid, profesora de Historia; Nancy Fuenzalida, de Inglés; Mauricio Mack, de Ciencias y taller de musicoterapia; y Carlos Ríos, de Matemáticas.

Era un equipo muy cohesionado y comprometido. Tenían gran vocación y ganas de formar parte de este proyecto pionero. Las motivaciones eran variadas: Ninoska y Francisca, de comunas populares, creían que podían aportar mejor allí; Nancy buscaba desafíos; Carlos, porque tuvo un hermano privado de libertad y sabía lo difícil de la reinserción; Mauricio, por su formación artística y científica, quería aportar también.

Los docentes realizaban actividades como en una escuela común: celebraban el Día del Libro por niveles, armaban escenografías con portadas de libros y organizaban eventos coloridos. La escuela contaba con tres salas, biblioteca y espacios comunes. La jornada era de 6 p. m. a 10 p. m., solo para prisioneros con buen comportamiento y postulación aprobada por Gendarmería.

Durante este año, René, junto con Mariana López, buscó un indulto presidencial. Debido a su comportamiento y cambio destacado, el indulto fue entregado por el presidente Ricardo Lagos Escobar el 13 de julio del año 2004.

QUINTA PARTE

13 DE JULIO DEL 2004

Hoy se cumplen diez años desde que cometí uno de los errores más grandes de toda mi vida. Nunca creí que sería posible sobrevivir en un ambiente tan hostil. Pero no soy el único que cumple años: hoy mi Rorrito está de cumpleaños. A esta altura, debe ser todo un hombre de 20 años.

Lamentablemente, pude verlo solo una vez: cuando vino con Texia y Lya, y en algunas de mis salidas. Entonces, solo por el hecho de venir, los revisaban por completo. Odiaba ver que, debido a la situación que yo estaba viviendo, mi familia amada debía pasar por todo eso. El simple hecho de que yo estuviera privado de libertad ya era un mal suficiente para todos mis cercanos, pero que los trataran como familiares de un delincuente me dolía profundamente. Aunque era una realidad: yo, un delincuente, y ellos, mis familiares que venían a visitarme.

Hoy a las 6 de la tarde se cumple el plazo final de mi condena: 10 años inculpado como líder de una banda de narcotráfico. Hoy a las 6 de la tarde se acaba esta pesadilla, pero viene otra junto a esta: la famosa reinserción social. Tengo 64 años. Se me fue gran parte de mi vida en este maldito encierro. La vida nos pone pruebas y debemos enfrentarlas. Yo lo logré, no sé cómo. Ya quedó todo atrás.

Tengo un nudo en la garganta por las personas que dejé hace 10 años y los lazos que creé en la cárcel. Allí primaba la ley de la selva: el más fuerte sobrevivía, y sobreviví.

Enfrentar los lazos rotos de hace años es lo que más me provoca amargura. Texia, mi amada bruja, fue la persona que estuvo fielmente conmigo. Nunca dejó de venir. Sin su apoyo, nada de esto sería posible.

Siempre le pregunté cómo podían mantener la casa sin mí. Cada vez que le preguntaba, me respondía que Dios estaba de su lado, aunque yo no lo creyera del todo. En los momentos más difíciles es cuando debe aflorar nuestra espiritualidad hacia Cristo, Buda, Jehová, la Naturaleza o la divinidad que sea. Siempre confié en mi amada. Nunca llegó con preocupaciones para mí; sus comentarios y anécdotas siempre fueron tranquilizadores.

Me traía cartas de todos, menos de mi hijo Cristian, que ya no estaba. Cuando vivía, tuvimos siempre una relación algo tirante. Sus pensamientos modernos nunca los pude entender. Quizás siempre se sintió incomprendido por mí, principalmente porque con mi esposa se llevaba del todo bien. Ella lo dejaba ser y no cuestionaba sus tendencias de vida bohemia, entre muchos otros hábitos.

Recuerdo que era un fanático de la fotografía y tenía muchos rollos sin revelar en cajas de zapatos en su pieza. Un día, para su cumpleaños, Texia y Pamela quisieron organizarle una sorpresa: tomaron una caja de sus rollos y fueron a revelarlos todos, para poder hacerle una especie de muestra en el pasillo de la casa. Fue una gran sorpresa descubrir las fotos que tomaba. Se encontraron con muchas fotografías de personas en condición de calle, perros y gatos callejeros. Sus ojos se llenaron de lágrimas al descubrir el nivel de empatía y emotividad de la obra. Fue un cumpleaños hermoso y emotivo. Al mismo tiempo, se

reflexionó sobre lo solitario e incomprendido que se sentía al ir a buscar rostros de desconocidos en una ciudad tan grande como Santiago.

El tema es que quizás no solamente eran desconocidos. Cristian, muchas noches e incluso semanas, no llegaba a casa. Ese día compartió muchas anécdotas de sus amigos, como los llamaba.

Sé que lo que pasó fue mi culpa. Hay veces que uno, como padre, cree tener siempre la razón por sobre sus hijos, ya que hemos vivido más tiempo que ellos y tenemos más experiencia. Ahora siento que no siempre es así. Me equivoqué con mi hijo. Actuar razonablemente no es algo que te entregue la paternidad. El simple hecho de vivir más no te hace más culto o sabio; solo te da experiencia, y esta dependerá de lo que hayas hecho con tu vida. Serás más sabio si te dedicas a ser contemplativo, empático y crítico. Si ocupas tu aprendizaje en cosas mundanas y materialistas, jamás lograrás ser una persona experimentada ni sabia.

Sé que, como padre, le fallé feo a Cristian. Lo juzgué y jamás lo comprendí, ni me di el tiempo de entender sus razones. Jamás pude contemplar su lado más sensible. Le encantaba relatar historias con sus fotografías sin nada de texto. Lo lograba de forma espectacular. Es triste escribir tu historia estando en el ocaso de la vida.

Cuando se lo llevaron, no fue más que un susto; si en realidad, al único que siempre quisieron fue a mí. Estuvo esa noche detenido y luego lo mandaron a casa. Ojalá me hubiera pasado a mí, pero bueno, cada quien tiene lo que se merece; todo se paga en la vida. El karma es real.

Lo que más me duele es que mi hijo, Cristian, en el 98, en una tarde lluviosa, un 31 de julio, dio fin a su vida, y cargaré con eso hasta la muerte.

Me duele recordar los detalles de su muerte. Su vida, desde que caí preso, fue en decadencia. Se volvió alcohólico, abusaba de drogas y prácticamente vivía en la calle. Texia tenía que ir a buscarlo. Dormía en la plaza Yungay, lugar de alta concurrencia de personas en situación de calle. Gozaban de los vicios mundanos. La vida los había golpeado de una u otra forma, tal como a mi hijo.

Lo siento tanto, Cristian. Con mi indiferencia y frialdad, poco a poco, te empujé al abismo y no pude darme cuenta a tiempo. No me gustaba cómo vestías, no me gustaban tus amigos, ridiculizaba la fotografía, que era lo que realmente amabas, criticaba tu vida bohemia, me molestaba que escucharas a Silvio Rodríguez. Para mí, tanto la izquierda como la derecha son ideologías totalitarias. Hablo desde la realidad de Chile en dictadura, como la de Cuba. El poder corrompe venga de donde venga y arrastra a las masas. Esa es una ley infalible. Tú preferías el anarquismo. Creías en la abolición del Estado y en la fraternidad y el amor como principal impulsor de una sociedad colectiva. A pesar de eso, sé que ese idealismo lo heredaste de mí, hijo querido.

Pero hay más: tengo un dolor en mi corazón que me reuerce el alma desde aquel trágico día que partiste. Nací en una época completamente machista: el hombre provee, la mujer sirve. La familia está compuesta por un hombre y una mujer.

Tenías 15 años cuando me dijiste que tenías que conversar conmigo. Me predispose a una conversación machista de padre a hijo adolescente. Cuando me confesaste que eras homosexual, mi reacción fue fatal. Te traté como trastornado y desviado sexual. Cuando te dije que un depravado no podía vivir bajo mi

techo, te salvó la Texia y no te fuiste. Quizás por eso pasabas varios días fuera de casa, viviendo en la bohemia santiaguina. Odiaba verte tan descuidado. Luego, tu vida sexual fue un tema para nosotros. Siento que lo que hice fue suficiente para darte cuenta lo estúpido y cerrado que era. Tuve largas conversaciones con tu mamá sobre esto. No mencioné nada. Estoy tan arrepentido, porque realmente sabía que estaba mal. El tiempo me puso en su lugar.

Me habría encantado tenerte de frente para decirte lo equivocado que estaba. Lo siento tanto, hijo mío. Ahora volveré a mi realidad, pero nunca volverá a ser lo mismo, ya que tú no estarás. Debes saber que ahora vivirás más que nunca en mi ser, en mi vida. ¡Qué dolor!

Estos eran los pensamientos que tenía Tobar el día que salió de la cárcel, después de diez años antes de ser liberado.

EL LEGADO

Tobar, como lo llamaban todos, era un hombre muy cauteloso y tranquilo dentro de la penitenciaría. Hoy se cumplen diez años desde que ingresó. Les dijo a todos sus cercanos que sería un día de reflexión e introspección. Necesitaba estar solo para dejar atrás la larga y compleja vida como reo.

Estaba pronto a jubilar, así que su ingreso a un trabajo apatronado sería muy complejo. En las visitas conyugales, cuando iba su Texia, en varias ocasiones conversaron sobre ello. El

retorno a la normalidad después de diez años pasa a ser anormal. El encierro ya había pasado a formar parte de la cotidianeidad; la libertad se había vuelto algo lejano.

René siempre fue un rupturista instigador de la cultura. Este error en su vida no podía cambiar lo que siempre fue, lo que representaba y proyectaba. La gula y la avaricia no triunfaron. Mantuvo su esencia. Primó en él construir por sobre destruir.

El rol de pedagogo que asumió dentro de la cárcel fue fundamental para mantener su ser. No fue de un día para otro; fue difícil volver, pero el proceso de enseñanza y aprendizaje fue un feedback de crecimiento personal, espiritual y cognitivo.

Texia siempre lo apoyó en este sentido. Ella, en realidad, nunca pudo comprender del todo la verdad sobre la decisión de su amado; sin embargo, siempre lo impulsó para que volviera a ser esa persona que fue antes de sus errores, antes del ego. Quería que volviera a su fundamento principal, al origen. No abandonarlo a su destino, acompañarlo, apoyarlo e incluso no cuestionarlo fueron pasos clave para que Tobar abandonara los vicios y pudiera crecer.

Siempre le conversaba sobre el pasado de sus hijos, su infancia, los viajes de verano en tren, su vida cuando jóvenes, intentando recordarle por qué se habían llegado a amar tanto. Le hablaba de sus nietos, de las travesuras que hacían, de cómo llenaban de vida el espacio vacío que había dejado su ausencia en casa. Siempre intentó distraerlo, sacar su cabeza y corazón del encierro, de la envidia y de las malas intenciones que había en ese lugar. Reían juntos, lloraban y se consolaban. Le daba fuerzas en el desconsuelo de la distancia infinita que representaba la libertad en ese momento.

Lo venidero no sería fácil. La culpa aún era muy grande, pero partiría pidiendo perdón. Ese era un paso que sin duda tendría que realizar frente a su familia. La ausencia eterna de su hijo menor lo atormentaba constantemente.

Por otro lado, Texia no le había contado a nadie lo que había pasado con el contenido de la secadora, ni siquiera a su amado. Ese era otro de los temas que rondaban en su cabeza durante su estadía privada de libertad. Ella tenía sus motivos; no podía decírselo, dado que todas las conversaciones en la penitenciaría eran de público conocimiento. Su silencio fue un pacto que confesó al salir René. Con ello alivió su sentir durante el letargo.

En su último día reflexionó mucho sobre la libertad y el valor que esta tenía para los hombres. Pudo darse cuenta de que la libertad era capaz de cambiar al hombre en 180 grados. Lo pudo visualizar en él mismo: la persona que había ingresado hace diez años era completamente diferente. No hubiera existido forma alguna, salvo esa, para lograr vencer el gran ego que lo acompañó a lo largo de su vida. Se visualizaba como un ser insignificante y débil frente a una vorágine sin piedad ni empatía. Estableció un símil entre él y la sociedad actual. En verdad no eran tan diferentes; solamente algunos tenían más opciones para elegir.

Pese a esta situación, Tobar no fue capaz, en libertad, de elegir. Eso le dolía, ya que se consideraba una persona inteligente y sabia. Si lo fuera realmente, jamás se habría dejado dominar por la gula y el vil dinero, ni mucho menos caer en la cárcel acusado de líder de una banda delictual. Fue un golpe fuerte a su egocentrismo. Creía que nadie podía acercarse a su intelecto, ni mucho menos a su espiritualidad. Qué gran error dejarse vencer por su alter ego, impulsado por una familia que nunca fue

muy íntegra, principalmente por su hermano Rolando, ya que todos los demás eran honestos. La consecuencia fue la ausencia de libertad y un tiempo que, después del encierro, nunca volvió a ser el mismo.

Pensó también mucho sobre Rolando, que solo estuvo preso cinco años. Esa situación, en un comienzo, lo encolerizó por un tema lógico: sentía con justa razón que esa era la condena que él mismo habría debido cumplir.

Siempre pensó que ambos, con la Luz, lo tenían todo planeado desde un principio. A ella jamás la encontraron. Probablemente se fue a Bolivia apenas supo que toda su red se desmoronó. Los lugares donde se creía que podía estar eran: Copacabana—sector bañado por el lago Titicaca—, Cochabamba u Oruro, pero jamás se supo de ella.

Nunca pudo entender cómo Rolando, siendo reincidente en drogas, obtuvo la libertad en tan solo cinco años. Más allá de la cantidad de años o del puesto que ocupó cada uno en el proceso de sus detenciones, el tema es que Rolando y René eran hermanos. Fue una traición predestinada junto con su amiga, amante y socia, Luz. No entendía cómo fue capaz de perjudicar a su propia sangre por encima de una relación comercial.

En realidad, René jamás podría entender lo que pasaba en la cabeza de su hermano, aunque desde pequeños siempre se había resaltado su avaricia y envidia. En su adolescencia, todos los hermanos y Tobar jugaban en el mismo club como tradición. Siempre todos los hombres de la familia demostraron grandes dotes como futbolistas, jugando en diferentes categorías según su edad, pero siempre fue uno el que destacó sobre los demás: el hermano menor, El Pollo.

REFLEXIONES FAMILIARES

René recordó cuando estaban en uno de esos típicos campeonatos de verano, donde se enfrentan clubes de distintas partes de Santiago y se asiste con todas las divisiones infantiles y adultas, para finalizar en un asado de camaradería y lazos de amistad entre ambas instituciones.

Durante ese partido se enfrentaban Deportivo San Pablo, el club de la familia Tobar, versus La Pincoya. Era un día soleado, maravilloso para hacer deporte. El partido se jugaría en la cancha del San Pablo. La espera de los rivales se hizo bastante larga. Se había llegado al acuerdo de iniciar el enfrentamiento de la tercera infantil a eso de las 10 de la mañana. Siendo las once, se supo que el equipo rival no asistiría. Se realizó una pequeña asamblea para decidir los pasos a seguir. Se había comprado carne para un asado y estaban todas las categorías en la cancha. Llegaron a la conclusión de realizar un cuadrangular mixto entre las series adultas y la primera infantil. Allí estaba la figura del club, que tenía todas las condiciones para ser un jugador profesional.

El Pollo tenía todas las cualidades para ser un crack, pero le faltaban ganas y profesionalismo para alcanzar el éxito. Sin embargo, con eso le alcanzaba de sobra para ser el jugador más prominente del club de los hermanos Tobar.

Los dos equipos que llegaron a la final del cuadrangular dividieron a los hermanos para probar sus habilidades y ver cuál era el mejor equipo del club. En el equipo rojo estaban René,

Rubén, Raúl y Ricardo, la joya de la familia. En el equipo negro estaban Rolando, Roberto y Rigoberto.

Durante el primer tiempo, Ricardo, El Pollo, demostró sus grandes cualidades futbolísticas: regates, tiros de distancia, potencia y velocidad. Marcaba la diferencia entre las diferentes categorías del club, sin importar la edad. Tenía 16 años y ni siquiera los de primera adulta fueron capaces de detenerlo. No sabían por dónde iba a salir; se desmarcaba con una calidad pocas veces vista. El resultado del primer tiempo fue un categórico 5 a 1 a favor del equipo rojo, con tres goles y una asistencia del endiablado Pollo.

Rolando no podía creer que Ricardo tuviera tanta calidad y se robara todas las miradas del público presente. En el club todos lo conocían como el Pollito, pero desde aquel día lo comenzaron a llamar Barrilete Cósmico, ya que era bajo y entradito en carne, pero con una calidad solo vista en los barrios de Argentinos Juniors con un tal Diego Armando.

La envidia comenzó a afectar de sobremanera al hermano mayor del Pollo. En el segundo tiempo, cuando este iba evadiendo rivales desde la mitad de la cancha, Rolando inició una carrera infernal para detenerlo. Con muy malas intenciones, atravesó toda la cancha para cortar la carrera de velocidad y le dio un planchazo criminal en la rodilla derecha, fracturándolo al instante. El estruendo fue gigante y el grito de desesperación aún más.

Afuera de la cancha había varios amigos de Ricardo que, sin pensarlo dos veces, se metieron directo a golpear a Rolando por lo malintencionado. Se armó una gran batahola entre ambos equipos. Se mezcló la barra y la familia. Fueron momentos de mucha tensión, hasta que un grupo de amigos de Rolando sacó

una escopeta y disparó al aire en señal de advertencia, diciendo que si no se detenían, correría sangre.

Todo el público, incluso los que estaban con la adrenalina a tope, dejó de hacer lo que estaba haciendo y se lanzó al suelo. Estos mismos tipos fueron a buscar al Pollito, que gritaba y lloraba de dolor, y a Rolando. Los subieron a su camioneta. Con el correr de los días, se supo que llevaron al joven al hospital para solucionar el problema. Luego del incidente, nadie se quedó en la cancha; todos tomaron sus cosas, avergonzados por la actitud tomada durante esa tarde. Fue un lamentable espectáculo para los niños presentes: fractura entre hermanos, peleas entre compañeros y sus familias, y remate de la jornada con escopetazos para calmar el tumulto: vergonzoso.

Rolando siempre se fijó en los demás. Si alguien adquiría algo, él iba y se compraba algo mejor para opacarlo. En 1985, Rigoberto se compró un auto. Pese a la crisis económica, le estaba yendo bien, porque trabajaba como medio informativo que apoyaba al régimen militar. Tenía beneficios. En toque de queda, iba a bares del barrio alto de Santiago a tomar con los militares. Rolando no lo toleraba.

El prestigio de su hermano y los beneficios que este recibía por parte de los militares le hacían hervir la sangre. Se compró el mismo auto que su hermano a las semanas y comenzó a salir a la vida bohemia durante el toque de queda. Vendió su ideología política solo por aparentar y mantenerse en el jet set de la dictadura criolla. Todos siempre se dieron cuenta de su actuar.

Lo que hizo a Rigoberto, a Ricardo y a René, sumado a muchas actitudes similares con sus hermanos y padres, dio como conclusión que realmente era una persona envidiosa y soberbia. Sumado a esto, se juntaba con personas mal portadas, con costumbres pandilleras y malintencionadas.

Aun así, y con todos estos antecedentes, René confió en Rolando para dar el golpe junto a su banda delictual. Las consecuencias fueron catastróficas. Confiar en alguien movido solo por el dinero y no por sus relaciones sanguíneas fue la peor decisión. Todo acabó con dos hermanos detenidos y una familia dividida por su comportamiento irracional. Finalmente, cada uno tiene lo que se merece.

Rolando, con este último gran problema, fue abandonado completamente por su familia. Sus hermanos nunca más lo tomaron en cuenta por lo malintencionado e individualista que podía ser. Por otro lado, René, si bien no era una blanca paloma, su familia veía esta situación como un hecho aislado y, al igual que su familia cercana, no justificaban el delito, pero sentían que, cumpliendo una larga condena, René volvería a ser el mismo que antes de este evento, rompiendo las barreras del ego y la negación.

LA DESPEDIDA

Eran las 10 de la mañana cuando René se dispuso a salir de su celda. Al ser su último día en la cárcel, los gendarmes lo dejaron más tranquilo para que viviera en calma el «luto», como lo llamaban, que más que nada era el paso a volver a la normalidad antes de autosabotear su libertad.

Con la ampliación de la penitenciaría, ya que el penal no estaba dando abasto, el último año René había tenido una habitación en solitario. Cuando iba saliendo de su pieza, pudo con-

templar que no había ni un alma, ni en los módulos ni en las galerías; quería ver a sus amigos y camaradas, pero no encontró a nadie. Antes de ir al casino por su porción, fue al lugar que durante varios años lo había acompañado: la biblioteca penitenciaria. Cuántos recuerdos había en ese lugar.

Partamos por la premisa de que, si René no hubiera encontrado su vocación de enseñanza y fomento lector dentro de este lugar, jamás se habría reducido su condena. Su comportamiento fue intachable y fomentó las buenas prácticas dentro de la penitenciaría. En ese instante sintió que merecía un pequeño tiempo para sí mismo durante su último día allí.

Esa biblioteca estaba llena de simbolismos para René. En primera instancia, significó libertad. La lectura le recordó la libertad mental de su imaginación que logró sacarlo de esas cuatro paredes. Al principio se encerraba casi todo el día a leer. Los demás lo veían como un loco, un incomprendido, que no se preocupaba del presente ni del futuro, solo de los sueños que despertaba la lectura.

No eran muchos libros dentro de la biblioteca, aunque eso nunca fue un problema para nadie, mucho menos para René. Con el pasar del tiempo, comenzaron a acercarse poco a poco los primeros lectores.

Lograr hacer u organizar algo en un contexto de encierro es bastante difícil, pero siempre que pones todo de ti es posible conseguir cosas importantes. René y su equipo superaron la complejidad de motivar y organizar a personas regidas por normas muy rigurosas debido a sus condenas.

En la cárcel existía un sistema de vigilancia y castigo. Había reos que eran beneficiados por buenas conductas y podían participar en los talleres de reinserción laboral, trabajando con

cuero, madera o fierros, pero eso era lo habitual; no había posibilidad de crear un nuevo taller, ni mucho menos de permitir que uno de esos reos pudiera enseñar a sus compañeros. Por eso fue un gran logro para René que, a partir de su iniciativa, consolidada en el año 2000 y cuando se iba del encierro, se conformara la primera escuela en la historia de la penitenciaría. Un logro de lucha y resiliencia por parte de su propulsor. Sin ser docente, solo con sus ganas, pudo forjar los cimientos de la educación carcelaria en la comuna de Santiago.

René y sus compañeros docentes siempre pensaron que entregar educación en contextos de encierro era el doble de meritatorio que en una sala de clases y cinco veces más que en la universidad. Para que un docente llegue a enseñar en la universidad, debe estar altamente calificado con estudios de pregrado y posgrado. René creía que el caso de los docentes de enseñanza media no era muy distinto; también debían cumplir con el requisito de un título profesional. Sabiendo todo esto, René pensaba que lo que había logrado era un alto mérito, dado que no tenía bajo ningún punto de vista la formación académica requerida para ser docente.

Sus fundamentos se remitían a lo más básico del hombre: enseñanza padre e hijo, una vocación que nace a través del amor, del cariño de ver prosperar al prójimo, sacarlo de su zona de confort e impulsarlo a la mejora intelectual e incluso moral. No tenía preparación académica que lo avalara, solo la sabiduría de su vida y la cultura que lo acompañaba. No se formó en una sala.

Sin embargo, sentía una vocación de servicio que lo llevaba a aumentar sus límites; en la cárcel la llevó al siguiente nivel: culturizar al pueblo penal. Nadie tenía fe en ese viejo que fomentó la lectura durante tantos años. Luego de unos años en

la biblioteca, gestionó el permiso enviando cartas al alcaide de la cárcel, entre otras gestiones, consiguiendo el apoyo de la Municipalidad de Santiago para consolidar el proyecto.

Cuando salió de su pieza, no había nadie en el módulo 4 ni en ninguna de las piezas. Le pareció extraño, ya que, pese a que nunca lo mencionó ni jamás lo aceptaría, estaba esperando una retribución por todo lo entregado. Prosiguió su camino hacia el casino; el óvalo estaba lleno de gente, pero no encontró a nadie de su módulo. Su última opción era mirar en el comedor.

Cuando llegó, encontró la sorpresa. Todos sus compañeros estaban reunidos para tomar desayuno juntos y, con una torta, hacerle la despedida. René comenzó a llorar solo por la satisfacción en su corazón. En sus años de cárcel, varios compañeros salieron libres de la calle 6, pero hubo pocas despedidas. Sintió que el sacrificio había dejado huellas en sus colegas y que se perpetuaría en la historia de la penitenciaría. Antes de que llegara a la mesa, todos los que estaban en el comedor se pusieron de pie y dijeron al unísono: ¡Buenos días, profesor René!

Con los ojos vidriosos y voz quebrada, les pidió que tomaran asiento y se predispuso a decir unas pequeñas palabras. Se posó sobre un banco y dijo:

—Queridos compañeros de enseñanza, camaradas de calle, queridísima y respetada población penal, gendarmes... Todos, de una u otra forma, contribuyeron en mi fugaz acontecer dentro de este penal. Por cual y tal motivo, que a nadie le importa, yo cometí un error grave, pero me juzgaron injustamente, como a muchos de ustedes. Si no hubiera sido por ese injusto juicio hacia mí, mi estadía aquí habría sido mucho más breve. Es verdad cuando digo, queridos míos, menos mal que estuve diez

años aquí. Espero quedar en cada una de las personas que entraron a esa sala de clases y abrieron un abanico de posibilidades en su futuro. Cuanto más cuesta, más se disfruta.

En el comedor reinaba el silencio.

—Yo no esperaba nada; solo quería estar tranquilo en mi pieza hasta que llegara el momento, pero de verdad les agradezco enormemente esa hermosa despedida, ya que nunca más me llamarán profesor o tío, como algunos lo hacían. Me parece que fue ayer cuando vi la biblioteca: estaba a mal traer, sucia, desordenada, con pocos libros; y ahora, ¡vieron lo linda que está! Y la sala de clases. Todo esto ha sido muy lindo para mí y, aunque suene populista decirlo, nada de esto habría sido posible sin el apoyo de ustedes, sumado a la gestión y la disposición de querer ser más en un contexto sumamente adverso. Disfrutaba enseñarles a leer o escribir, a que se contagiaran de la lectura. Muchas veces, la lectura y nuestra imaginación nos llevan a lugares inimaginables, ¿o no? Aquellos que ya saben leer lo saben. Ya pueden expresar su sentir; para mí, en este momento, no hay nada más reconfortante. José Navarro, Nelson Ipinza, esto también es de ustedes. Todos podemos cometer errores y reivindicarnos al salir de aquí. Un aplauso para ellos, por favor. Por último, quiero recordar a los valientes que formaron parte de mi galería 6 y ya no están porque volaron a la libertad.

En ese momento resonó una ovación.

—De verdad, muchas gracias. Disfrutemos nuestro desayuno.

EL DISCURSO DE TOBAR

En ese momento, todos se pusieron de pie y aplaudieron a René, José y Nelson. En la mesa donde estaba René se encontraban sus dos colegas de enseñanza: José Navarro y Nelson Ipinza Berríos. Ambos se conocieron en la Escuela número 1 Talacanta de Talagante. Desde entonces formaron una gran amistad, incluso entre sus familias e hijos.

A Nelson lo expulsaron del colegio por unos conflictos con la directora en ese momento, justo cuando la situación económica comenzaba a complicarse en su casa; faltaba el pan. Fue entonces cuando recordó una conversación que tuvo con José en la sala de profesores. José le mencionaba la posibilidad de hacer una estafa mediante cheques falsos. Con ellos comprarían lo que necesitaran, dado que los cheques tenían un periodo de vigencia y serían aprobados al principio por el banco. La ventaja era la ventana de tiempo con la que contaban para usar los cheques antes de que se descubriera que eran falsos.

Esta idea dio vueltas muchas veces en su cabeza hasta que se decidió y fue a conversar con su excolega y amigo Navarro. Cuando llegó al colegio intentó ubicarlo y, efectivamente, aún trabajaba allí; pero, por órdenes expresas de la directora, no permitieron el ingreso del docente al colegio. Solo contactaron a su amigo para que fuera a portería.

Cuando se vieron en portería, un amistoso abrazo unió nuevamente a los amigos. Lo primero que comentaron fue la

arrogante actitud de la directora, pero después se rieron, deseando con todas sus ganas que se pudriera en su odiosidad.

Cuando Nelson reveló el verdadero motivo por el que necesitaba hablar con urgencia, José se mostró sorprendido en un instante, pero al mismo tiempo motivado con el tema. Cuando ambos cayeron presos debido a sus estafas, la policía fue a buscar a José al mismo colegio. Entre colegas y jefes se escuchaban murmullos; decían que todo esto le había ocurrido a un buen profesor por ser muy influenciable y tener malos amigos. Tiempo después, cuando corroboraron que ambos habían caído presos, confirmaron su sospecha.

En la cárcel, todos seguían tomando desayuno cuando René nuevamente tomó la palabra:

—Queridos, me honra de verdad estar aquí sentado con ustedes. Todos aquí me han enseñado algo, pero es importante recordar que en esta galería hubo 65 presos que se fugaron haciendo un túnel, alcanzando su libertad. Esos hombres me enseñaron que uno puede luchar hasta las últimas consecuencias. La valentía de aquellos hombres del Frente Patriótico Manuel Rodríguez y del Partido Comunista fue impulsada por el deseo de humillar la seguridad de un estado que los había capturado por motivos políticos. Siete de ellos estaban condenados a muerte por el atentado en El Cajón del Maipo a Pinochet. Gracias a los derechos humanos, su condena no se ejecutó. Con el paso a la democracia, les dieron cadena perpetua. Encabezaron una rebelión para fugarse y obtuvieron la libertad; sin embargo, con el paso de los años, encontraron a catorce de ellos y los volvieron a encarcelar. Compañeros, nadie puede arrebatarnos su espíritu; luchen por ellos hasta el final. La vida para todos es una lucha, y para alguien que estuvo condenado, es doblemente difícil. Siento nostalgia y melancolía porque, cuando regrese a

la realidad de afuera, nadie me llamará profesor. No creo serlo, pero siento cariño por ese título. Agradezco de todo corazón la oportunidad que me han dado aquí. Si no tuviera familia afuera esperándome...

René en ese momento rompió en llanto. Mientras tanto, algunos compañeros de celda tomaron la palabra. Hablaron del gran trabajo que realizó durante su estadía en ese lugar. Muchos de los presentes se consideraban afortunados de haber compartido algún momento de sus vidas juntos, aunque fuera en un contexto altamente vulnerable y complejo para desarrollar relaciones humanas. Muchos le dieron muestras de afecto y agradecimiento por todo lo entregado.

Para René fue uno de los desayunos más hermosos. Quedó satisfecho tanto por la comida como por las muestras de cariño entregadas por cada uno de sus compañeros y amigos de vida. Compartieron una torta y risas, recordando los momentos memorables de los diez años que compartieron encerrados en esa cárcel de la comuna de Estación Central.

LA REDENCIÓN

Cuando terminó el desayuno, todos se dirigieron al óvalo central para esparcir la mente durante la mañana. René era un mar de emociones y necesitaba estar solo para dimensionar todo y mantenerse estoico para la despedida.

En su cabeza no había nadie más que Texia, su amada esposa. Cuántos años de ausencia. Se preguntaba si lo seguiría amando, pero una voz interior lo calmaba, diciéndole que, si no

fuera así, jamás habría seguido acompañándolo durante tantos años en esta tortura de encierro. Decidió recostarse por un momento para tranquilizar su ansiedad. Dejar atrás lo que tanto le había costado construir y volver a lo que le había costado tanto dejar era extraño para él. Sobre todo esta nueva oportunidad con su amada. Se recostó en la cama para tomarse un momento, dejar su mente en blanco y conectarse consigo mismo.

Este momento de relajación fue tal que pudo dormir durante tres horas. Para René no era habitual tener recuerdos de sus sueños, pero el que tuvo esa vez nunca se iría de su memoria. Todo estaba muy oscuro; iban y venían destellos de luz fugazmente. Todo era abstracto hasta que pudo ver a su madre frente a frente. Su aura brillaba incandescentemente. René no la podía ver por la gran luz que proyectaba. Cuando sus ojos comenzaron a tolerar la cantidad de luz, pudo visualizar a Berta Pérez Lemus, su madre. Todo era muy extraño para él, ya que nunca, desde su muerte, había vuelto a verla. Dudando, le preguntó si era Berta. No contestó. Su sonrisa era muy similar a la de su madre. Le hizo rememorar momentos únicos de su infancia, cuando ella lo cobijaba y contenía por sus pataletas de bebé o niño. En ese sueño, René pudo incluso sentir el olor y la presencia de su madre; estuvo seguro de que durante esa tarde su madre lo visitó.

Cuando ya podía verla con claridad, le pidió que lo acompañara. Había algo que quería mostrarle. Mientras caminaban, René percibía olores y sensaciones de la Vital de Apoquindo. El camino que cruzaban se parecía mucho a los paisajes que frecuentaba en su primera infancia: todo estaba lleno de vegetación, rodeado de naturaleza y árboles nativos. Lo rodeaban los olores de una aventura de la infancia en un campamento con sus hermanos y padres: fogatas y canciones de guitarra en

armonía con la naturaleza, risas e historias de terror, recolectar madera, cocinar, lavar loza. Actividades donde participaban todos y todas. Con ello apreciaban el valor y sacrificio de ir de campamento. Les encantaban esas actividades de supervivencia y autosuficiencia.

Cuando siguieron caminando, la flora empezó a cambiar rotundamente. Se adentraron en un sector de preselva. Caminaron durante largo tiempo y, mientras más avanzaban, más abundante era la vegetación y más difícil desplazarse. De un momento a otro, la selva comenzó a abrirse y pudieron visualizar grandes construcciones con formas de pirámides aztecas o mayas. «Estamos cerca», dijo Berta con voz misteriosa. Le preguntó si alguna vez, en alguno de sus sueños, había ido a este lugar. René contestó que no recordaba haber estado allí. Cuando llegaron a la pirámide, le dijo que estuviera tranquilo. Lo que venía podía ser muy importante para él si estaba atento a los simbolismos y a la experiencia de catarsis. La epifanía de la salvación requería que olvidara todo lo que sabía hasta ese momento y lo abandonara.

Cuando entraron a la pirámide, estaba totalmente oscuro. Berta le dijo que iban a ver a la reina chamán Ulda del Carmen y que caminara en paz, que no necesitaban una antorcha porque todos los caminos los conducirían a ella. Al empezar a caminar, se escuchaban serpientes e insectos; sus zumbidos pasaban cerca de sus rostros. Continuaron sin titubear hasta que pudieron divisar una luz muy lejana. Se apresuraron. Cuando comenzaron a trotar, sintieron que algo los seguía desde atrás. Se detuvieron repentinamente para escuchar qué estaba pasando. De repente, escucharon pasos acercarse lentamente. Berta le pidió que continuaran su camino, ya que lo que estaban presenciando eran

pruebas. Pese a sentirse acechados por un depredador desconocido, debían continuar hacia la luz al final del camino.

El temor pasó a segundo plano cuando vieron pasar su vida en un segundo. René veía solo las etapas de su vida donde existía una disyuntiva, donde debía elegir entre dos caminos: bien o mal, razón o corazón, sabiduría o ignorancia, pasado o presente. Cada una se representaba en diferentes partes de su vida y otras vidas que nunca vivió. Le resultaba difícil de digerir. No podía comprender cómo podía verse viviendo otras vidas en lugares que jamás había visitado, ni con personas jamás vistas.

La imagen que más lo sorprendió fue en la que aparecía casado con una mujer semejante a su amada Textia. Se distanciaba de ella en su esencia. La mujer trabajaba en un bufete de abogados. René se veía en una caja de cartón muy pequeña, encerrado en sí mismo, en sus propios pensamientos y ego. No podía soportar ciertas situaciones, por lo que se encontraba preso en sí mismo. La abogada intentaba liberarlo de la bestia que lo encerraba, pero, desatado en su ego, no pudo acceder a la liberación: él mismo no se permitía ser liberado. No era un encarcelamiento físico, sino mental y emocional.

Le preguntó a Berta cómo podía ser posible, que eso no correspondía, no era la realidad. Berta soltó una carcajada y le dijo que prestara atención. Su mente rememoró la imagen de la abogada y la caja con él en su interior. Esta vez René se dejó ayudar sin prejuicios. Le costaba porque siempre creía tener la razón, no aceptaba ayuda y ni siquiera le importaba de dónde viniera. Desde pequeño fue así; no le gustaba aceptar nada de nadie, se conformaba con encontrar sus propias respuestas. Esa cuota de soberbia y ego lo condujo a tener conflictos con otros y consigo mismo. Sin embargo, él nunca se dio cuenta de aquello. Creía que el éxito se lograba solo siendo constante y resiliente.

De repente, todo se volvió nebuloso. Se encontraba en la cárcel. Se veía feliz, acompañado de sus colegas y amigos José Navarro y Nelson Ipinza, dando forma y aplicando el proyecto que tantos años de lucha y colectividad les había costado. Se vio enseñándoles a leer a varios jóvenes y adultos en contexto de encierro. Vio su biblioteca amada y a él siendo el gestor cultural de la penitenciaría. Todos se veían muy alegres. De un momento a otro, la niebla se apoderó de las imágenes que aparecían en su cabeza. Todo se tornó blanquecino, hasta que comenzó a ver que tres personas conversaban. No pudo identificarlos. De un momento a otro, escuchó que murmuraban. No podía distinguir qué decían. Le comentó a Berta lo que veía. Ella le respondió con palabras bruscas: que se destapara los oídos y descubriera los ojos, ya que estando así era difícil entender los simbolismos de la visualización.

René no entendía, pero cuando Berta dijo esas palabras, comenzó a oír perfectamente, incluso pudo reconocer algunas voces. La conversación giraba en torno a un plan maestro para evadir impuestos y conseguir más dinero. Se hablaba de una organización y logística, se definían los roles. Uno se exaltó mucho porque no le parecía correcto. De un momento a otro pudo ver a quienes conversaban: eran Luz, Rolando y él. Al que no le parecieron los acuerdos y jerarquías fue a él. Tomó sus cosas y se fue raudamente del lugar. En ese instante sintió que una mano gigante se acercaba hacia su cabeza y, del temor, despertó del letargo y miró a Berta. Le preguntó qué había visto. Ella contestó que eran imágenes de su inconsciente y que alguien desconocido quería que las viera y reflexionara sobre ellas.

René detuvo su andar y comenzó a llorar con tanta angustia que Berta sintió lástima por él. Le dijo que todo en su vida

lo había hecho mal. Había elegido la individualidad sobre lo colectivo, el ego sobre la familia, el materialismo sobre la espiritualidad. Sin embargo, sabía que en el encierro había roto todas las barreras que su propio ego le interponía cuando realmente era libre.

En ese momento, René hizo una apología hacia la libertad. Comenzaron a dirigirse a una velocidad impresionante hacia la luz, que dentro de toda la oscuridad representaba una mínima parte. Fue un viaje fugaz, pero contenía un vacío eterno al mismo tiempo. Sentían que el desplazamiento era por la nada.

Cuando llegaron finalmente a la luz, René no podía ver bien por haber estado tanto tiempo en la oscuridad. La luz le generaba la misma duda que la oscuridad, la misma ceguera, que se reducía conforme transcurría el tiempo. En la oscuridad, sus sentidos se incrementaban. A medida que aumentaba la luz, los demás sentidos volvían a la normalidad.

La contraposición de sensaciones lo confundía y desorientaba. La sensación se fue disipando mientras volvía su visión. La incertidumbre desaparecía lentamente y comenzaba a florecer una sensación de tranquilidad aun mayor que la que le generaba Berta.

Cuando intentaba apuntar su vista a esa luz, que proyectaba una tranquilidad impresionante, pudo ver a una mujer cálida, con un olor dulce y voz armoniosa, capaz de tranquilizar a las masas. Cuando este ser casi divino proyectó su voz, todo atisbo de oscuridad dentro del sueño desapareció; el temor y la inseguridad de Tobar ya no existían, solo tranquilidad y amor. «Hija mía», dijo Ulda del Carmen. Berta asintió mientras sus ojos se llenaban de lágrimas por una emoción incontenible: volver a ver a su madre después de muchos años.

René, al verla, sintió que debía consolarla. Pero, para sorpresa suya, cuando se acercó e intentó tocar su hombro para abrazarla, su mano no pudo alcanzarla, pese a la sensación de realismo. Ella le dijo: «Querido hijo, no somos carne, solo alma o espíritu. Volvemos una y mil veces. Si decidimos volver a esta tierra, lo hacemos para aprender de ella y de las personas que nos rodean. El conocimiento está en todo y no se obtiene en soledad».

Ulda interrumpió la conversación: «Queridos hijos míos, ambos son seres de luz desde su concepción. Lo noto al verlos y sentir lo que proyectan. Esta vida nos pone pruebas que debemos superar. Al inicio, el temor los invadía, pero ustedes no lo permitieron. Así deben alejarse de emociones, sentimientos o acciones que los desvíen de su camino. La puerta no se abre sola ni por casualidad. Los cambios deben ser movidos por ustedes mismos. Cada uno es impulsor de cambio para sí mismo y para todos los que lo rodean».

Cuando se dirigió a René, este sintió escalofríos. Le dijo:

«René, deja de atormentarte por el dolor y el miedo. Eres un hombre resiliente. Estos diez años no fueron en vano. Tu disposición y compañerismo hacia los demás han evolucionado. Antes de entrar aquí, no habrías pensado en un proyecto para ayudar a otros ni realizarlo con otras personas. Tu crecimiento personal ha sido maravilloso. Creaste lazos con seres que nunca pensaste conocer. Al salir de tu comodidad, formaste vínculos. Sobrevivir en un contexto tan hostil es complejo, pero te enraizaste, creciste y floreciste ante tus compañeros, y no solo tú, todo lo que realizaste repercutió positivamente en ellos. Sé que ahora tienes miedos e inseguridades por lazos rotos, pero no has roto ninguno. Las personas que te esperan afuera te siguen

amando, te extrañan y necesitan. Texia te ha amado cada día de tu condena. Cuando esta se redujo, su interior se regocijó en alegría porque la vida aún continuaba. La vida les entregaba una nueva oportunidad para encontrarse y seguir amándose como hasta ahora».

Estas palabras cobraban sentido en la angustia de René. Tanto tiempo de separación lo hacía pensar que todo había acabado; no podía verlo como una nueva oportunidad.

Aun así, había un profundo dolor en su interior por su hijo menor, Cristian. Se dirigió a ella y le preguntó por su situación. La respuesta fue contundente: ningún lazo estaba roto. Su hijo aún lo amaba y lo había perdonado, porque su arrepentimiento era real. Una fuerte luz apareció a un lado de ella; había un hombre en su interior. Antes de que se revelara su rostro, una voz se dirigió a René y le dijo:

«Padre, soy tu hijo, que por un arrebato perdió la vida. Que no te hagan pensar que es tu culpa. Nuestra relación personal fue controversial, pero las consecuencias de mi deceso no pasaron por ninguno de ustedes. Mi estado psicológico nunca fue el mejor; la compañía del alcohol y algunas drogas perjudicó mis decisiones. Después de que caíste preso, desorienté el camino, pero fue culpa mía. Teniendo a mi madre conteniéndome y apoyándome debía ser suficiente. Ella jamás me juzgó, pero no fue suficiente. Igual tomé decisiones en caliente. Padre, aunque para ti sea tarde tu arrepentimiento, no dudes que lo siento de corazón. Acepta la vida que decidí vivir. Mi elección sexual alegra mi ser. Sea tarde o temprano, lo importante es sentirlo de corazón, y así es para mí. Espero que para ti también lo sea y dejes atrás el sufrimiento que está en tu interior. ¡Vive, vive, vive! Aprovecha lo que te queda de vida junto a mi querida madre. Hazle ver que me siento arrepentido de no haber aprovechado

su contención en mis momentos difíciles. Papá, yo viví mi vida a concho, tal como quise vivirla, no me arrepiento de nada y espero que tú tampoco. Recuerda que no muere quien vive en nuestros recuerdos. Te amo».

EL COSTO DE EDUCAR, EL PAGO DE CHILE

René despertó de su largo sueño llorando por la montaña de emociones vividas; parecía tan real. Aún seguía en su cabeza haber soñado con su hijo, su madre y su abuela. En su interior tenía una tranquilidad gigantesca. Luego de la conversación que tuvo con su hijo, su alma estaba en paz. Muchas de sus inseguridades comenzaban a quedar atrás. El letargo emocional empezaba a desaparecer; estaba empezando a ver la luz que en su momento lo había encandilado. Lentamente se levantó, se lavó la cara y se preparó para ir a compartir con sus colegas de la calle. Todo estaba bastante silencioso, así que decidió salir de su pieza, reflexionando sobre lo que había pasado hace un momento. Para su sorpresa, había muy pocos compañeros dentro de sus piezas; en ese momento ya estaban volviendo del «rancho». Le habló a Leandro, uno de sus compañeros, preguntándole si había visto a sus amigos Nelson y José. Este le respondió que hacía mucho rato que no los veía. Necesitaba hablar con alguien sobre el raro sueño que había tenido.

Cuando estaba en el patio central, pudo contemplar que la población penal se encontraba bastante exaltada. Al parecer, hubo un conflicto entre calles. A lo lejos se podían oír insultos. René decidió acercarse un poco al foco del conflicto para saber

realmente qué había pasado. Estando más cerca, se percató de que había una pelea en medio del óvalo. Los reos que estaban en disputa se enfrentaban con fierros con puntas hechas artesanalmente. Mientras observaba, se le acercó Nelson, quien le contó que hubo un problema entre dos estudiantes de la escuela penitenciaria. La disputa había ocurrido una semana atrás en la biblioteca, durante una clase de Matemáticas de José Navarro. En la clase había diez estudiantes, y la actividad consistía en desarrollar algunos ejercicios individualmente y luego en la pizarra. Para el profesor Navarro, había sido una clase completamente normal.

Los estudiantes que tenían derecho a asistir a la biblioteca eran reos con conducta ejemplar y con interés en aprender. La jefatura de la cárcel permitía a los docentes proponer nombres para que participaran en los talleres educativos. Se podían matricular luego de una revisión de antecedentes. Bajo esta normativa, se agregaron muchos nuevos estudiantes durante las últimas semanas.

La clase funcionaba con normalidad. Al inicio, el docente repasó los contenidos; la evaluación del nivel de cada uno era individual. Explicaba cómo desarrollar los ejercicios y les entregaba una breve guía. Cuando les entregó la guía, la situación se complicó.

Christian era uno de los estudiantes que se le permitió acceder al taller por sugerencia de los profesores. Sin embargo, siempre se mostró muy disruptivo; no respetaba a los docentes ni a sus pares. Ese día, se encontraba con una pésima actitud. Utilizaba la escuela no para superarse, sino para buscar una oportunidad de huir de la población penal y sus conflictos. Los días que había asistido, se quedaba dormido, contestaba altaneramente a

sus docentes y trataba mal a sus compañeros. Ese día, cuando recibió la guía por parte de Navarro, la dejó sobre la mesa y se posó sobre ella para dormir. Esta situación, aunque chocaba al docente, la dejó pasar por la adaptación del joven al taller.

Mientras ocurría la actividad, cada uno realizó preguntas al docente sobre el contenido y participó activamente, hasta que llegó el turno de salir a la pizarra. Todos salieron sin problemas hasta que le tocó a Christian, quien estaba durmiendo. El docente se dirigió a él pidiéndole que se levantara y saliera a realizar el ejercicio para evaluar su manejo del contenido. Christian ni se inmutó. En un segundo intento, Navarro le tocó el hombro suavemente; el joven reaccionó violentamente, manoteó el brazo del docente y le gritó que no se atreviera a tocarlo jamás. A él nadie lo tocaba. En ese momento, los otros reos que estaban en la sala se ofuscaron y comenzaron a gritarle a Christian que el profesor no merecía ese trato, porque gracias a él todos tenían la posibilidad de aprender.

José no se exaltó. Tras recibir el golpe en el brazo, le habló con parsimonia para tranquilizarlo: «Christian, ¿qué pasó? ¿Hay algo que no te gusta? ¿Alguien te trató mal? ¿Por qué reaccionas así? Es verdad lo que dicen tus compañeros, aquí están los que quieren venir, nadie está obligado. Si no quieres aprender, puedes retomar la normalidad en la penitenciaría y seguimos tan amigos como siempre».

Estas palabras parecieron alterarlo aún más; sin pensarlo, se abalanzó hacia José, lanzándolo al suelo. Estando sobre él, listo para golpearlo, Alejandro —uno de los primeros estudiantes en ingresar al taller, que soñaba con dar la Prueba de Aptitud Académica e iniciar Psicología— se levantó y le dio un golpe seco en el rostro. José se levantó rápidamente, pidiendo a ambos

que se trataran con respeto y empatía. Hubo un silencio incómodo que culminó con amenazas de muerte entre los compañeros.

Nelson y René se encontraban junto a muchas personas más viendo el espectáculo entre Alejandro y Christian. Los gendarmes veían todo como un circo y no intervenían hasta que alguien resultara herido; sin embargo, esta vez habría alguien que no toleraría la violencia. José Navarro, movido por la urgencia, se interpuso dentro del círculo para intentar detenerlos y les suplicó que dejaran atrás lo ocurrido anteriormente en clase. Les pidió que el rencor no los movilizara, pero los gladiadores continuaban desenfrenados. Christian le lanzó un par de puntazos a Navarro; si no se alejaba, sería el más perjudicado. Mientras intentaban agredirlo, Tobar e Ipinza ingresaron al círculo para sacar a José antes de que la trifulca tuviera un final trágico. Había cinco personas en el conflicto; los profesores se encontraban en la orilla. Christian y Alejandro estaban en el centro, enfrentándose como si fuera una contienda a muerte.

Afuera del círculo, era un caos. Muchas personas gritaban apoyando a uno y a otro; otros pedían que no atacaran a los profesores. Los gendarmes, atentos, esperaban el momento para intervenir. Christian logró herir en una pierna a su rival, inmovilizándolo. Los gendarmes no detenían la pelea. Apenas vio a su rival en el suelo, se dirigió directamente a José blandiendo el fierro hacia su pecho. Se escuchó un grito desgarrador de sus colegas. En ese momento, los gendarmes ingresaron con armas, palos y gas pimienta, disipando a los revoltosos. Tomaron a Alejandro, Christian y José. Llevaron a los heridos a enfermería. Posteriormente, José fue trasladado al hospital debido a la gravedad de su herida; se encontraba en riesgo vital con un pulmón y un ventrículo comprometido. Debían actuar rápido; un pulmón

perforado podía llenarse de sangre y provocar la muerte inmediata.

Ambos colegas, desesperados, intentaron averiguar el estado de salud de José; fue difícil. Hasta que a René se le ocurrió un plan. Nelson Ipinza tenía diabetes; debía inyectarse insulina en su estómago dos veces al día. A veces, había tenido crisis y era llevado de urgencia a enfermería. René le pidió que simulase una crisis para acceder a enfermería y obtener información; este accedió. Al centro del óvalo, los colegas caminaron parsimoniosamente hasta que Ipinza dio inicio a su actuación. Se lanzó al suelo. Tobar hizo gestos desproporcionados para captar la atención de los gendarmes. Cuando estos se acercaron, le preguntaron a René qué pasaba; él respondió que se trataba de una crisis y que necesitaba insulina. Rápidamente lo llevaron a enfermería.

El plan funcionó a la perfección. Cuando Ipinza estaba adentro, pronto descubrieron que la crisis era simulada. Le midieron el azúcar y todo estaba bien. Al darse cuenta, Nelson le explicó a la enfermera que José había recibido un ataque en el pecho y que estaban desesperados porque nadie quería entregar información. La enfermera, conocedora de la escuela penitenciaria, sintió empatía y le informó que José había sido trasladado al Hospital Félix Bulnes, en una disputa entre la vida y la muerte. Nelson rompió en llanto y se fue con los gendarmes de la enfermería.

Apenas fue liberado, se dirigió a la pieza de René para contarle la información que pudo rescatar. Le comentó que José estaba en riesgo vital debido a un pulmón perforado en el Félix Bulnes.

Pese a sus problemas económicos y legales, José Navarro era un gran maestro, demostrado incluso en los contextos más

difíciles. Siempre trabajó por y para el pueblo, sin dogmatizar a sus estudiantes con política, manteniendo un perfil de izquierda revolucionaria. Con los años, su ideología se fue apagando por la rutina de trabajo. Siempre privilegió a sus estudiantes, a veces por sobre su familia, lo que le generó conflictos con su esposa, María Estefanía Gárate. Llevaba material a casa, revisaba, evaluaba y conversaba sobre políticas educacionales con su familia. Le encantaba ser profesor y siempre impulsó a sus estudiantes a superarse, a ser ambiciosos y a luchar por sus creencias. Trabajó en comunas vulnerables y colegios municipales, entregando y recibiendo amor donde estuvo. Lamentablemente, la profesión que tanto amó estaba a punto de costarle algo máspreciado que la libertad: la vida.

JOSÉ NAVARRO

Quiero... vi... vivir. ¿Dónde estoy? No veo nada desde aquí. ¿La vida se me fue? ¿Christian? ¿René? ¿Nelson? ¿Qué pasó? Recapitulemos: lo último que recuerdo es intentar frenar la pelea. Sentía culpa por haber provocado esa discusión en mi sala de clases. Bajo ningún punto de vista permitiría un conflicto a golpes entre mis estudiantes, ni mucho menos ser yo el detonante de este. ¡Christian! ¡Me atacó en el pecho! Ahora lo recuerdo. Palpó lentamente la zona donde había recibido el golpe. Para sorpresa suya, no tenía nada.

¿Cómo puede ser que no tenga nada en el pecho después de recibir ese ataque? ¿Mortal? ¿Estoy muerto? Siempre dicen que hay que seguir el camino que guía hacia la luz para salvarse,

pero ¿cuál será mi salvación? ¿Acaso, por fin, podré encontrar la tan ansiada muerte? ¿O no tendré salvación por mis pecados en la tierra? No me considero una persona tan maligna como para arder junto a Lucifer. ¿Habrà alguna posibilidad de que la luz sea vivir? Sea cual sea el resultado, tengo que ir a la luz. Mi destino solo se sabrà cuando la cruce.

José Navarro alzò la mirada en busca de su salvación o castigo. Desde lejos vio que todo el plano comenzaba a iluminarse, revelando un bosque frondoso. La luz se encontraba en una montaña muy lejana. Esta aventura iba a ser la última. Sentía que la vida se le escapaba lentamente. Sin embargo, se impulsó con fe y esperanza, creyendo que esa luz era una nueva oportunidad, y tomó rumbo hacia ella.

Al principio, cuando se detuvo a contemplar el bosque, no se veían huellas ni caminos hacia su destino. Se encontraba en un bosque endémico chileno, en medio de una selva con lianas, musgos, hongos de todo tipo, boldos gigantes, peumos, natres, canelos, maquis y la esplendorosa araucaria, litre. Veía vegas de poleo y llantén, nalcas enormes. Era un bosque con un río de aguas cristalinas, habitado por pejerreyes, pochas, cangrejos y otros animales. Se apreciaba claramente que estaba muy alejado de las temidas forestales y sus monocultivos de pino y eucalipto.

Debido al espesor del bosque, lo más recomendable era ir hacia el río. Aunque podía oír el gran caudal de agua, no logró encontrarlo al principio. Se guió por el oído. La caminata duró una hora hasta que dio con el río. Tuvo que atravesar un espeso bosque: una roblería hermosa poblada de digüeñes. A estos pequeños árboles los acompañaban robles frondosos. Al avanzar por una pendiente pronunciada y tras un largo trayecto, final-

mente encontró un bosque de pellín. Cada árbol era centenario. José divisó alrededor de una centena; al pasar, se encontró en medio de ellos. Sintió un escalofrío por la inmensidad del lugar. Estaba agradecido. Su imponente energía y experiencia le permitieron, al fin, encontrar el caudal del río. Para su sorpresa, había una barrera natural que tendría que enfrentar para llegar a su objetivo. Sin embargo, decidió que no era el momento: debía conocer el lugar antes de actuar. No era capaz de intervenirlo. A esa altura, no sabía cuántos siglos tenían esos abuelos del bosque. Le transmitían un sentido de inmensidad. Este bosque tenía pequeños brotes de hualles; los viejos árboles daban paso a nuevas generaciones.

Tras absorber la sabiduría del lugar, llenó sus pulmones de aire y continuó su camino por la orilla del río, siguiendo una pequeña huella de sendero. El trayecto duró cuatro horas hasta su próxima parada, con una pendiente suave que avanzó hasta el atardecer. Durante el camino, recolectó digüeñes, un trozo de nalca y, debido al agotamiento, comió frutos de boldos hasta saciar hambre y sed. Bebió agua del río, dulce y diferente al agua clorada de la ciudad.

Al atardecer, se alejó un poco del río para evitar la humedad de la mañana. La flora era heterogénea y no le costó encontrar un lugar para hacer refugio y encender fuego. José siempre amó la naturaleza. De niño, pasaba campamentos con amigos y su padre, quien le enseñó a vivir sin las comodidades de casa. No fue ningún desafío esta experiencia. Por la noche, antes de dormir, comió y bebió agua nuevamente. Cada vez estaba más cerca de la luz. Proyectaba llegar a ella en cuatro horas. Se encontraba en las faldas del cerro, a orillas del río. Debía pensar cómo cruzar esa desafiante barrera natural: un río con fuerte corriente y gran profundidad, de más de sesenta metros de ancho.

Sin tiempo para reflexionar, se quedó rendido por el esfuerzo físico y poco a poco se durmió.

Al día siguiente, temprano, se preparó para continuar. La luz, que representaba su salvación en este purgatorio antes de ser juzgado, estaba a un par de kilómetros, en una subida muy pronunciada y pedregosa, dentro de una especie de cueva a mitad de la montaña. Durante todo el día intentó cruzar el río: construyó una barca e intentó impulsarse amarrado a lianas; sin embargo, la corriente era insuperable, imposible de nadar o cruzar. Subió por el río buscando algún puente, pero se notaba que la mano humana no había llegado a ese lugar. Él era el primero.

Volvió a su campamento, hambriento y sediento, completamente frustrado porque no podía concluir su viaje debido a la barrera natural. Sin alimento ni frutos, se sentó frente a la fogata contemplando la luz durante horas, desesperado y con la sensación de que su estadía se alargaba. Cuando miraba la luz, percibió un leve movimiento, casi imperceptible, que le generó gran inseguridad: esa podría no ser la salida. Sin embargo, siguió observando. De repente, creyó ver que la luz se movía rauda, como una motocicleta bajando la montaña.

Navarro no podía creer lo que veía. La luz avanzaba por la montaña a velocidad constante hacia la base. Sintió escalofríos. Cuando llegó a la base, lo único que los separaba era el río. La luz se mantuvo allí unos segundos y luego volvió al lugar inicial. José tenía muchas preguntas y nadie que lo ayudara a confirmarlas o reflexionar. Aun así, siguió mirando. La luz subió por la montaña hasta la cima y luego pasó varios metros por encima, elevándose. José observaba pasmado y se sorprendió aún más cuando la luz descendió desde el cielo hasta posarse sobre él. Era increíble. Cuando estuvo sobre él, permaneció un minuto, lo iluminó todo incandescentemente y ambos desaparecieron.

EL FIN DEL ENCIERRO

Fue una tarde horrible para Ipinza y Tobar. José se había ido hace dos horas y él, dentro de una hora, cumpliría por fin su condena. Sentía que no iba a poder despedirse. Solo sabía que estaba en el Hospital Félix Bulnes, disputándose entre la vida y la muerte. Sentía una profunda tristeza. Tantas aventuras vividas y ahora no podría despedirse. De hecho, quizás su amigo ni siquiera viviría. Sentía que se había sacrificado injustamente y había sido soberbio. El ideal educativo que su amigo practicaba era demasiado tajante. Cómo romantizaba su labor de profesor hasta las últimas consecuencias, incluso en el contexto de prisión.

Definitivamente, si su deceso era confirmado, se convertiría en un mártir de la educación. Eso entristecía aún más a ambos colegas que lo acompañaron durante años.

La mayor parte de la tarde estuvieron sentados en el suelo de la pieza, esperando la liberación de Tobar, hasta que llegaron todos los estudiantes. Sintieron empatía y los acompañaron. Realizaron una velatón y una cadena de oración por el querido profesor José Navarro. La oración se extendió desde la pieza de Tobar hasta gran parte de la cárcel.

Durante estos tristes momentos recordaron algunas anécdotas. Los estudiantes le comentaban lo agradecidos que estaban por todo el apoyo y contención recibida. También hubo palabras de agradecimiento para Tobar por ser su mentor. Le desearon un buen retorno a la libertad y un hermoso reencuentro con su gen-

te amada. René, muy agradecido con todos, comenzó a preparar sus cosas porque ya era tiempo de partir.

El día se le había pasado volando. Estuvo lleno de emociones y desgracias, y todavía quedaba lo último: la tan anhelada libertad. Le dolía ser libre y dejar atrás a los que también la merecían, aunque anhelaba reinsertarse en la sociedad. Se iba conforme con el proyecto. Sabía que había sembrado semillas de superación y progreso en algunos compañeros. La vida le había dado una nueva oportunidad y la tomó. Ya estaba listo; necesitaba ver a la gente que lo esperaba afuera.

Cuando llegó la hora, toda la calle lo acompañó para despedirse de él. René, muy emocionado, no tenía palabras. Las huellas que quedaron en su ser jamás podrían borrarse. El aprendizaje y autoconocimiento lo redefinieron como persona. Sus errores del pasado fueron subsanados. Solo le quedaba continuar y no mirar atrás. Fue un camino largo. Frente al portón de la cárcel dejó años de lucha y progreso. Se dio vuelta y contempló por última vez la sensación de encierro, y dijo en voz alta: «Gracias por todo». Inmediatamente se abrieron las puertas a la libertad y su nueva vida.

Afuera estaba toda su familia. Habían ido a buscarlo en el taxi de Cristian Parraguez. Estaba su amada esposa Texia, su hija Pamela y sus cuatro hijos: Rodrigo, Lya, Andrea y la más pequeña, Daniela. Cuando René los divisó, comenzó a llorar. La tormenta de emociones lo agotaba. Se acercaron y se dieron un sinnfín de abrazos, besos y disculpas. René se sentía muy culpable por haberlos dejado solos durante tanto tiempo. Pasado este momento, les contó sus aventuras y peripecias: la historia de los frentistas que se escaparon en 1995, quienes compartieron celdas e ideales; tuvo la oportunidad de escapar con ellos, pero si el

encierro lo agobiaba de sobremanera, no imaginaba cómo sería estar prófugo; les explicó que por ese motivo los últimos dos años tuvo una habitación para él solo; les contó que los primeros años fueron los más difíciles por el proceso de adaptación y la instancia de generar vínculos. Siendo honesto, tenía bastantes prejuicios; les comentó que, como en todos lados, hay todo tipo de personas, buenas y malas, que se reúnen de acuerdo a sus fines e intereses. Si él venía con un camino encorvado desde afuera por el error cometido, dentro no iba a continuar igual; les contó que hizo todo lo posible por revertir la situación en la que estaba, que dentro todos lo conocían como el «profe» porque, en conjunto con otros reos llamados Nelson y José, formaron la escolita penitenciaria; además, les contó todo lo que vivió ese día. Lleno de emociones, todos lo escuchaban atentamente, con la misma admiración que siempre le tuvieron.

Luego se acercó a su amada esposa, la abrazó y besó repetidas veces. Le pidió perdón por haberla dejado abandonada todo este tiempo. Se arrodilló llorando, pidiéndole explicaciones sobre cómo pudieron sobrevivir estos diez años sin él, sin su aporte familiar. Su esposa respondió con un abrazo enorme y prosiguió preguntándole si recordaba aquellas centrífugas que se encontraban en el patio de la casa. «Fuiste tú, René, quien nos protegió de tu ausencia. Tuve uno de esos sueños y acudí a ellas antes de que llegaras con la policía. Guardé el contenido de una, previendo una posible tragedia que ocurrió días después. Quedó algo para un par de años. Vivimos en austeridad, sin grandes lujos, como siempre debimos hacerlo». René, entre llantos y conmocionado por la noticia, comentó que ese tema lo atormentó durante muchos años en el encierro, pero que entendía la omisión de esa información en las visitas. Ambos se abra-

zaron, envolviendo en amor el ambiente, susurrándose cuánto se extrañaron y necesitaron durante todos esos años.

René, luego del abrazo, les mencionó a todos que, pese a todo lo aprendido dentro de la cárcel, aún tenía temas pendientes relacionados con ella. Se trataba de un colega y amigo que en esos momentos luchaba entre la vida y la muerte en el Hospital Félix Bulnes. Sentía que debía ir cuanto antes. Les pidió acompañamiento y, de un momento a otro, todos se encontraban dentro del taxi a máxima velocidad en busca del amigo del abuelo, esposo y padre René Tobar.

UNA DOLOROSA DESPEDIDA

Al ingresar a «Informaciones» y consultar por el paciente, René, con gran desesperación, llegó a la habitación, la cual se encontraba custodiada por Gendarmería y Carabineros. Les contó lo que sucedía. Cuando pidió la autorización para poder entrar, recibió un no por respuesta. Todos, en conjunto, rogaron por el ingreso de René para ver a su amigo. En medio de la disputa, un gendarme que se encontraba dentro de la habitación reconoció a René Tobar e intercedió ante Carabineros para que permitieran el ingreso de la familia. Todos se alegraron, salvo René que tenía un mal presentimiento. El gendarme Cavieres le comentó que estaba muy complicado de salud, pero estable y consciente. Luego de haber despertado de un coma inducido hace dos horas atrás, creía que la visita de Tobar le animaría.

Cuando José vio a René y a su familia ingresar a la habitación, sus ojos se llenaron de lágrimas. Su amigo, igual de

emocionado, le mencionó que no se podía ir de la penitenciaría sin despedirse como correspondía. De su bolsillo sacó un escrito y prosiguió a leerlo:

Querido amigo, colega y compañero de mil batallas, José Navarro, el devenir que alguna vez unió nuestros caminos, en este preciso momento lo vuelve a separar. Todo principio tiene su final, y aunque sea efímero, nuestra vida continuará sin el otro. Siempre estaré para ti tanto como tú para mí, querido colega. Me hice docente gracias a ti y a Nelson. Jugaron y jugarán un rol muy importante en mi vida. Espero repercutir de la misma forma en la tuya. Es la conexión entre nosotros la que guiará nuestro avanzar marcando nuestro camino. Reconocer lo que somos nos ayudará a ser siempre mejores, con aciertos y desaciertos. Te agradezco este tedioso y empedrado camino de la enseñanza. Pese a que este es un final para mí, nunca dejaré de lado la docencia. Se puede enseñar todo lo que sabes. Para ser un buen profesor, debes tener muchas cosas que enseñar, así serás el mejor. Grandes enseñanzas me dejaste, amigo mío. Luchar por nuestros sueños fue lo principal. Lo que hicimos quedará por el resto de mi vida en mi mente. Lo que más deseo en este momento es estar con y para mi familia. Con todo lo aprendido, sané todas las heridas de mis errores y resentimientos por esta sociedad. Estoy agradecido por mi familia. Ahora soy un hombre nuevo.

La existencia nos prepara pruebas. Nuestra misión es superarlas para lograr nuestra mejor versión. En el proceso, quitamos todas las ideas inmorales. Sin ti, amigo mío, nada de esto habría sido posible.

Te agradezco cada consejo, cada palabra, cada momento, cada enseñanza. Evidentemente, no sería la persona que soy hoy si no te hubieras cruzado en mi camino. La servidumbre mo-

derna nos deja atrás y nos resistimos, luchando como siempre, como proletarios que somos. Como seres sensibles, abarcamos un sinfín de posibilidades, solo depende de nosotros tomarlas. Así fue como nos convertimos en docentes de personas que erraron su camino. Aunque el contexto sea el más inhóspito e indómito, se es capaz de adaptarse. Transformamos ese lugar y lo volvimos un ambiente donde prima el crecimiento personal y colectivo.

No sería docente si no me hubieras inspirado, amigo mío. Yo era una persona con una gran memoria y cultura general. Desde pequeño, me atrajo el conocimiento como arma transformadora; capaz de sacar las mentes del encierro a una revolución libertaria. Eso fue lo que hicimos: transformamos un espacio, insípido y oscuro, en un templo del saber. Cada hombre que entró al aula sabía que así era y lo respetaba.

Me niego a aceptar esto que te pasó. ¡Quedándote tan poco para alcanzar la libertad! Una angustia inunda mi ser. No te mereces esto. Dentro de mí, siento que estarás de vuelta pronto. Sé que te estarán esperando con los brazos abiertos. Te quiero mucho, amigo mío.

En ese momento, cuando René terminó de leer, José, soltó un llanto. Sentía respeto por él. Ambos amigos tomaron sus manos y, con una mirada cómplice, supieron que era mutuo.

De un momento a otro, Navarro se desplomó. Cayeron sus signos vitales de manera irremediable. René, llorando, se aferró a la camilla para que no lo pudieran sacar de la habitación, pero los enfermeros y gendarmes lograron hacerlo luego de un largo forcejeo.

La vida permitió a Tobar reinsertarse en la sociedad de buena forma junto a la compañía de su amada esposa, pero las

fatalidades lo seguirían. Tendría que seguir despidiéndose de varios seres queridos.

Con su esposa, vivieron a concho el tiempo que les quedaba. Disfrutaron de largas caminatas por el Parque Forestal y La Quinta Normal. Se les hizo costumbre ir todos los días a desayunar y almorzar al Mercado Central y terminar los días viendo películas. Lo disfrutó realmente, pero no fue eterno.

Texia falleció a la edad de 61 años por un cáncer en el estómago. Fue un año de lucha. René quedó absolutamente solo. Ya sin su hijo, ni su amigo José Navarro, se juntaba algunas tardes a tomar un café o una cervecita con Nelson Ipinza, que salió un par de meses después que Tobar; o con algunos de sus hermanos. En las reuniones, rememoraban historias en la casa de sus padres o las de la revolución que instauraron en esa década —dentro de las cuatro paredes de la cárcel— cuando abrieron una luz de esperanza para la búsqueda de la tan ansiada libertad.

**NOTAS FINALES: CUANDO LA FICCIÓN Y LA REALIDAD
SE ENTREMEZCLAN**

CÉDULA DE IDENTIDAD REPÚBLICA DE CHILE
 DISTRITO DE REGISTRO CIVIL E IDENTIFICACIÓN

APPELLIDO
TOBAR PÉREZ

NOMBRE
HÉCTOR RENE

NACIONALIDAD
CHILENA

SEXO
M

FECHA DE NACIMIENTO
01 FEB 1939

FECHA DE EMISIÓN
03 FEB 2014

FECHA DE VENCIMIENTO
01 FEB 2020

FECHA DEL TÍTULO AN

RUN **3.972.633-5**








CÉDULA NACIONAL DE IDENTIDAD

RUN **4.238.587-5**

NOMBRE
TEXIA GREGORIA PIZARRO ROMERO

Texia Pizarro

CHILE



INSCRIPCIÓN **RECTOR**

DOMINIO **TOBAR PÉREZ**

FECHA **HECTOR 3.972.633-5**

CÉDULA DE IDENTIDAD **NACIONAL**

ESTA INSCRIPCIÓN EN LA COMUNA DE **SANTIAGO**

CIRCONSCRIPCIÓN **Parque Agrícola**

ELECTORAL DE **43**

REGISTRO **26/04/88**

FECHA

AGNO 132

PARQUE AGRÍCOLA

CHILE

Texia Gregoria Pizarro Romero fue una mujer profundamente conectada con el tiempo y la memoria. Su método era sencillo: conservar recuerdos de sus antepasados y seres queridos. Para ella, no moría quien no se olvidaba. Era apasionada por las joyas, los envases de perfumes, los juguetes antiguos de sus nietos, e incluso por los santitos de bautizos y primeras comuniones. Su vida se basaba en rememorar, coleccionando los elementos que marcaron su existencia, la cual, sin duda, dejó huella. Desde ese lugar simbólico, sigue cuidando a seres queridos.

Héctor René Tobar Pérez, por su parte, fue un hombre de profunda conciencia cívica. Siempre mantuvo al día su carnet del servicio electoral y participó activamente en los procesos democráticos. El 5 de octubre de 1988, asistió a votar con convicciones firmes, decidido a contribuir al fin de la dictadura que marcó a Chile con dolor y represión.



Alguno de los registros fotográficos más emotivos que se conservan es el de la casa ubicada en la calle San Pablo 2069, tomado por Texia en 1995 y entregado a su amado como gesto de memoria, para que no olvidara de dónde venía y supiera que ella lo estaría esperando: con tristeza por su ausencia, pero con profundo anhelo de reencontrarse cuando terminara la pesadilla del encierro de Tobar.

El Tarot de Texia Gregoria la acompañó durante toda su vida. Decía que no podía tener las cartas cerca de la pieza donde dormía, porque no la dejaban dormir. Aseguraba que le hablaban a través de sus recuerdos. Por eso las mantenía junto a su radio, siempre ubicada en el comedor. Texia era de esas personas a quienes el silencio les atormentaba en las noches, así que dejaba la Radio Cooperativa encendida hasta el amanecer. Decía que esa era la única forma de conciliar profundamente el sueño.

René Tobar trabajó para Ferrocarriles del Estado, y tuvo la dicha de compartir viajes con reconocidos futbolistas de la época. Como reconocimiento a quienes participaron en esa labor durante el Mundial de Fútbol realizado en Chile en 1962, a cada trabajador de EFE se le entregó una medalla conmemorativa.



Cristian, el hijo menor de René, nunca se sintió plenamente reconocido ni amado por su padre. Desde pequeño, mantuvo una distancia que se fue acentuando con los años. Fue Texia quien lo cobijó en sus brazos, convirtiéndose en su regalón. A lo largo de su vida, recibió cartas de amigos desde el extranjero, incluso en sus momentos más oscuros. En su etapa final, cayó en una profunda depresión que lo llevó a tomar la trágica decisión de quitarse la vida.

Una de sus últimas fotografías registradas corresponde a una visita realizada a su padre durante su encierro, en el año 1997.


Yhola tatita yo le queria decir que lo quiero
mucho y lo echo mucho de menos y algun
dia lo podre ir a ver y esperarlo tanto tiempo
para que me saquen un carnet para ir
a verlo, tambien le quiero decir gracias por
todo lo que me a mandado, todo es muy
bonito lo que me has mandado yo quiero
decirte un secreto de que estoy aprendiendo
a tocar biolin pero no le digas nada a
la mami xixia porque cuando haga un
acto la voy a invitar y si usted ya sale
de la carcel tambien podra ir a verme.
Por favor guarda bien este secreto y no
le digas nada a la mami, a estan muy
bonitos los STICKERS y los pickachus
quedan muy bonitos en mi piezo, todos
los icaritos que me los mandado me sirven
de mucho y los papas fritas son muy
entretenidas me gustan mucho
solo todo los diferentes te quiero decir
que la Daniela esta muy bonita y se parece
mucho a mi mami ya la bautisaron y
con el vestido se veia muy bonito ya como
quise que estuviera ya yo cuando voy a
misar redw por usted se despide con amor

Liza tu nieta

Lya Castillo Tobar, nieta de René, nació en mayo de 1991. Siempre mantuvo una relación firme y duradera —marcada por el afecto y el apego— con sus abuelos, a quienes siempre valoró con amor por todo lo recibido.

Durante el tiempo que René estuvo encarcelado, Lya le envió varias cartas y mantuvo siempre el contacto con él. En algunas ocasiones, incluso lo visitó junto a su Mami Texia. Sin embargo, a René no le agradaba que sus mujeres amadas fueran a verlo, ya que en Gendarmería eran sometidas a revisiones exhaustivas. Saber que Lya debía pasar por ese procedimiento le provocaba una profunda culpa.

CERTIFICADO


ENLACE

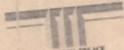
Se extiende el presente certificado a:

HECTOR TOBAR PEREZ

por su participación en el "Seminario
Técnicas de Comunicación
Interaccional".

Julio 25 y 26 del 2001


Osvaldo Gaele Rojas
Expositor
Enlace / Target


FUNDACION ENLACE

GENDARMERIA DE CHILE
HOSPITAL PENITENCIARIO
SANTIAGO

Nombre: Hector Tobar Perez

Servicio: _____

Cama N°: _____

Rp: _____

Medicamento: _____ Cantidad: _____


H. URG

lente todovis lysis:

OD: -7.00 sf

OI: -8.00 sf 67

Fecha: 22-8-2000


Firma Médico

Durante su encierro, René participó en un breve curso de habilidades comunicacionales ofrecido dentro de la cárcel. Además, debió realizar diversos trámites en el hospital penitenciario, como la renovación de sus lentes, debido a su elevada miopía.



Amor

En este día tan importante
en nuestras vidas y que
estamos separados por el
destino, yo estoy contigo en
mis pensamientos y en mi
oración en las 24 horas del
día como era todo en estos
31 años de unión.

Mi amor estará presente
hasta que en un quete el
último soplo de vida y aun
te seguiré amando en la
muerte.

En estos momentos que estam
prezando, nuestro amor debe seguir
profundizando, este es lo que yo
pienso y siento.

29 noviembre 1994

**NUESTRO
AMOR DE SIEMPRE**

Fue esposa que te espera
con paciencia y grandes espe-
ranzas para nuestros próximos años
de amor contigo mi Edda



Mientras permanecía recluido, René recibió varias cartas de Texia, entre ellas una fechada el 29 de noviembre de 1994, escrita en los primeros meses. En sus palabras se revela la profunda conexión entre ambos: el amor, el respeto y la esperanza de celebrar juntos, más adelante, su aniversario número 31. También le escribió con motivo de su primer cumpleaños en reclusión, el 1 de enero de 1995, entregándole palabras de afecto y aliento en medio de los momentos difíciles.

El tiempo que René y Texia compartieron fuera del encierro no fue mucho, pero cada instante lo vivieron con intensidad. Solían salir a comer al Mercado Central, pasear por la Pérgola de las Flores acompañados de familiares o amigos, o simplemente caminar solos, disfrutando de lo cotidiano y recuperando el tiempo perdido. Aunque estuvieron separados físicamente durante años, sus corazones nunca dejaron de estar unidos, incluso después de la partida de Texia. René conservó con devoción cada tela de sus vestidos, sus joyas, perfumes vacíos y lentes. Nunca la ha apartado de sus recuerdos.

EPÍLOGO

El proceso creativo de esta novela fue extenso. Se inició en el año 2017 y culminó en el año 2025. El propósito era escribir para perpetuar.

En conjunto con Lya, mi compañera de vida, buscamos algo interesante y a la vez emotivo. Fue entonces cuando comprendí que la genealogía familiar entregaba una respuesta. Su abuelo querido tenía algo que contar. Siempre fue un viejo choro y duro, pero que amaba fuerte. Cuando conocí su historia, comenzó nuestra conexión. Lo entrevistamos en varias oportunidades paseando por su Santiago querido. De esta manera, fuimos armando la trama. Sin embargo, pensamos que faltaba algo: intertextualidad y multiplicidad de narradores, y además, un relato que tuviera tintes históricos. Por este motivo, incluimos más de una voz y una historia; monólogos extensos y capítulos dedicados completamente a algunos personajes fundamentales.

Para mí, René Tobar es una novela que, sin lugar a dudas, tiene relevancia histórica. Entre sus pasajes se encuentran hechos políticos y sociales de Chile, tradiciones y aspectos culturales, como por ejemplo, el mundial del año 1962, la dictadura militar o la transición a la democracia. A su vez, da cuenta de temáticas del contexto carcelario: el hacinamiento, los motines, la fuga, la reinserción, entre otras.

AGRADECIMIENTOS

A Lya Castillo Tobar, por compartir conmigo la belleza de su historia. Y a toda su familia, gracias por seguir apoyando hasta el día de hoy al obrero, carnicero, escritor y profesor: René Tobar. Este es su regalo, y también el nuestro: la perpetuidad de su memoria.

ÍNDICE

7	Prólogo
9	Nota del autor
11	Primera parte
13	Antes de un comienzo
31	Segunda parte
33	Tobar-Pizarro
35	El cumpleaños (13 de julio de 1994)
41	Tercera parte
43	Los sueños de Texia
50	Luz Mamani y la banda
62	La caída de René Tobar
71	Cuarta parte
73	Camino hacia la libertad (1994-1995)
78	La carta de Pamela
82	José Navarro y Nelson Ipinza
84	Primer cumpleaños en el encierro
86	La fuga del fuego
89	Cambios (1996-2000)
91	El proyecto de Tobar, Navarro e Ipinza
96	Dulce y agraz
102	Materializando ideas
103	Nuevas oportunidades

105	Recuperando el tiempo perdido
109	El motín
113	El último año
115	Quinta parte
117	13 de julio del 2004
121	El legado
125	Reflexiones familiares
128	La despedida
133	El discurso de Tobar
135	La redención
143	El costo de educar, el pago de Chile
148	José Navarro
152	El fin del encierro
155	Una dolorosa despedida
159	Notas finales: cuando la ficción y la realidad se entremezclan
173	Epílogo

EN
ESTE LIBRO
COLABORARON BELÉN
RAMÍREZ EN EDICIÓN Y ROBERTO
MORALES EN DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN.
FUE ELABORADO UTILIZANDO UNA
TIPOGRAFÍA SERIF E IMPRESO SOBRE PAPEL
BOND AHUESADO DE 80 GRAMOS. SU
ÚLTIMA CORRECCIÓN TUVO LUGAR
DURANTE LA ÚLTIMA SEMANA DE
NOVIEMBRE DE 2025.